

JON ARRETXE

se

PIEL DE TOPO



La Pequeña África de San Francisco vuelve a ser el escenario de las andanzas de nuestro detective-vidente. De vuelta a Bilbao, Touré recuperará sus relaciones anteriores (Sa Kené, Osmán, Aliou, Xihab) con la finalidad de recomponer su maltrecha existencia. Una dura realidad, la de los sin papeles en el Paraíso soñado, que obliga a una vida clandestina en un mísero y asfixiante escenario controlado por las autoridades. No hay posibilidad de escape, a la xenofobia y a la escasez de medios para asegurar su sustento se suma la coacción, la exigencia a colaborar con el adversario, la policía, delatando a sus cercanos, a aquellos que se encuentran en su misma situación. Touré y sus compañeros tratarán por todos los medios de liberarse de esta red de chantaje y extorsión en la que están atrapados. La descripción detallada del submundo de la emigración, del monótono día a día de los "inexistentes", de su realidad, es en lo que Arretxe persevera con un lenguaje dinámico y descarnado.



Jon Arretxe Pérez

Piel de topo

Detective Touré - 5

ePub r1.0

Titivillus 22.10.2017

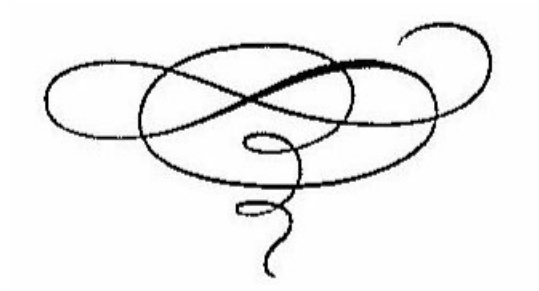
Título original: *Sator lokatzak*
Jon Arretxe Pérez, 2016
Traducción: Cristina Fernández Blanco
Diseño de cubierta: Cristina Fernández Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A Mahamoud Touré y a Aliou Koiaté,
amigos que se fueron mientras escribía esta novela*

I
EL ENCARGO



Arrastrado por la rutina, te dejas caer sobre la misma silla de todos los días y fijas tu mirada en los monitores alineados en la estancia. Las cámaras capturan para ti fragmentos de realidad que empiezas a engullir junto con el café de la mañana. El menú parece variado, aunque, en el fondo, es más de lo mismo: gitanos, negros, moros, sudacas, putas, yonquis... Observas sus idas y venidas, su hacinamiento en las calles y plazoletas, sus encuentros a la puerta de locutorios, tiendas, teterías... Hoy, en el barrio, la vida transcurre en un estado de aparente normalidad, de momento todo se mantiene en calma, y piensas que con un poco de suerte no te darán excesivos quebraderos de cabeza.

Pasan las horas, la mañana se va consumiendo lentamente, sin sobresaltos, y por fin, a mediodía, decides orientar una de las cámaras hacia la farmacia *Arteta*. En cuanto obtienes el encuadre deseado, te fijas en el reloj digital que aparece en un ángulo de la escena. Ya falta poco, pero no te impacientes, aún tienes que aguantar unos minutos más. Para entretenerte, vuelves la vista hacia otra de las pantallas, la que muestra la calle de las Cortes, la de las putas. Ahí están las muy guarras, pululando alrededor de esos clubs asquerosos, cutres donde los haya, mientras esperan aburridas la visita de algún cliente, algún hombre atraído por el olor de la carne a precio de saldo. Las tarifas han bajado mucho, es cierto; sobre todo desde que llegaron las últimas nigerianas intentando hacerse un hueco en el mercado. Has oído que ahora se puede echar un polvo por quince euros. Te parece una cantidad ridícula, aunque, a la vista del género, poco más se puede pedir. Lo cierto es que el catálogo es un auténtico horror: dentro de la oferta nacional, fulanas viejas y yonquis esqueléticas; y, para gustos más exóticos, ahí están esas sudacas amorfas o esas mugrientas africanas. Da lo mismo, cualquier opción hace que se te revuelvan las tripas, ni borracho meterías la polla en uno de esos agujeros. Lo único que clavarías a esas zorras sería la punta de tu pistola, eso sí que lo harías a gusto... Encañonándolas bien, hasta el fondo, y entonces... ¡Pum! Te estremeces de placer sólo con pensarlo.

De repente, algo llama tu atención, algo sucede en las cercanías del *Marilyn*. Unas cuantas prostitutas echan a correr sobresaltadas, al principio no entiendes lo que pasa, pero enseguida captas la escena: un moro las persigue con un palo en la mano. No tardas en ponerle cara, se trata del *Boxeador*, ese argelino que siempre viste pantalón militar. Por ahí se dice que si no hubiera tropezado con las drogas, hoy sería un gran campeón del *ring*; pero para ti solo es un idiota. Lo habéis detenido infinidad de veces y no espabila, al contrario, cada vez está peor. Los efluvios del pegamento y el alcohol le han debido de secar la sesera, ya no le queda ni siquiera un poco de sentido común para esperar a que oscurezca para cometer sus fechorías. Míralo, ahí va el muy imbécil, corriendo detrás de las putas a plena luz del día.

Como en los documentales sobre animales salvajes, el depredador siempre va a por el miembro más débil de la manada, en este caso una gorda sudamericana que ha quedado rezagada de sus compañeras. Tiene las piernas cortas y le pesa demasiado el culo, está claro que no podrá escapar. De hecho no tarda en ser cazada, una zancadilla y la mujer estampa sus narices contra el pavimento. El

argelino ya tiene a su presa y, sin darle opción a levantarse, comienza a descargar golpes contra ella. Luego le arranca el bolso, lo abre, extrae un móvil y sigue rebuscando hasta dar con algún billete perdido en el fondo. Su cabreo es notable cuando se dirige a la fulana para reprocharle no llevar más dinero encima. Al final levanta la vista buscando a las otras putas, pero las que aún no se han refugiado en el interior de algún club ya están muy lejos y parece que al tipo no le quedan excesivas ganas de seguir corriendo, ¿o quizás sí? El episodio no termina ahí, ahora el moro va tras dos mujeres negras. Un buen poli avisaría a la patrulla, pero qué hostias, tú no eres un buen poli. Te limitas a mirar de nuevo el reloj, esas zorras te importan una mierda y no vas a joder a tus colegas en el último minuto de su turno. Además, tienes otras cosas en mente.

Ya casi es la hora, cinco minutos para que cierre la farmacia. Mientras te incorporas de la silla, el *Boxeador* atiza un buen leñazo en la cabeza a una de las negras. Ves la escena en uno de los monitores: el golpe hace que la peluca de la furcia caiga al suelo. Que les den por saco. Coges tu cazadora y abandonas la central de vigilancia desde donde se controla todo lo que ocurre en la Pequeña África. Antes de pisar la acera ya tienes un pitillo entre los labios, aspiras con fruición mientras se te llenan de humo los pulmones.

Llegas a la calle que da nombre al barrio, San Francisco, y continúas hacia arriba. Como de costumbre, hay un montón de hombres desempleados sin otra cosa que hacer, aparte de matar el tiempo formando corrillos a la puerta de los comercios. Algunos no te reconocen sin el uniforme, otros sí, aunque traten de disimularlo haciéndose los despistados cuando pasas junto a ellos. Percibes una tensa quietud, no puedes evitar sonreír satisfecho, la vida de toda esta escoria está bajo tu control gracias a la información privilegiada que, minuto a minuto, te proporcionan las cámaras. Nada puede complacerte más que esa sensación de poder.

Adviertes la presencia de un colega de Touré, su compañero de piso, el maliense Osmán, un desgraciado más. Se encuentra a la puerta del locutorio de su primo, donde supuestamente trabaja, con un vaso de té en la mano. Él también te ha visto, sabe que te aproximas, pero esquiva tu mirada y hace como si no oyera cuando le saludas: “Hasta luego, Osmán”. Te alejas sonriendo cínicamente.

Continúas caminando hasta la tienda de los chinos donde sueles proveerte de *whisky*. Es uno de los comercios que más frecuentas, siempre envuelto en el halo de omnipotencia que te da tu estatus. Según el día que tengas, pagas por la botella o simplemente la coges y te la llevas, sin más. Seguro que la joven pareja que atiende el negocio se habrá sentido aliviada al ver que hoy pasas de largo. Que no se hagan ilusiones, ahora es otro tu destino y no quieres perder el tiempo, pero ya encontrarás el momento de volver.

Accedes a la farmacia *Arteta* a falta de dos minutos para el cierre. Te entretienes mirando los productos de las estanterías mientras la farmacéutica pelirroja se despide de la última clienta, una vieja pesada. Tan pronto como ésta sale a la calle, la chica echa el cierre y, sin decir nada, se dirige a la trastienda. Tú la sigues en silencio.

—Hoy estás muy guapa, Cristina —le dices, mientras se va despojando de sus ropas—. ¿O prefieres que te llame *Sa Kené*, como tus amigos africanos?

Ella te mira y en sus ojos puedes ver claramente el odio que te profesa. Eso termina de ponerte a tono, sientes cómo se te pone dura y sin más preámbulos te desabrochas el pantalón. La chica saca un condón que tú rechazas.

—Chúpamela —le dices tirando la goma al suelo—. Esa era tu especialidad, ¿no?

Le dedicas una sonrisa burlona, sabes cuánto le jode que le recuerden cuál era su oficio antes de

entrar a trabajar en la farmacia. Aún así, ella no dice nada, seguro que está deseando escupirte a la cara, pero tendrá que tragarse la bilis en silencio. La rabia y el asco hacen que se contraiga el gesto de sus labios, los mismos labios que en cuestión de segundos rodearán tu pene con una suave caricia. Tu imaginación se anticipa a ese momento produciéndote un estremecimiento.

—Es la última vez —dice ella, rompiendo su silencio.

—Sabes que no —respondes mientras haces que se arrodille.

—Cualquier día te la arranco de un mordisco.

—No te atreverás, ya sabes qué pasaría si lo haces.

Tras esa conversación de breve recorrido, la farmacéutica se dispone a pagar un plazo más de la deuda infinita a la que está condenada; pero apenas ha empezado cuando se oye una musiquilla proveniente de uno de los bolsillos de tu cazadora. Vaya fastidio, te preguntas quién será el inoportuno. Tras un instante de duda, sacas el teléfono y echas un vistazo a la pantalla. La expresión de tu rostro pasa de la contrariedad al sarcasmo en cuestión de segundos. “¡Qué casualidad!”, piensas al reconocer el número. Se trata de Touré, el mismo que tantas veces habrá ocupado el lugar donde estás tú precisamente ahora. Tienes la tentación de responder a la llamada del africano para contarle dónde te encuentras y que pueda escuchar en directo lo bien que te lo estás pasando con su complaciente amante. Pero al final decides dejarlo y vuelves a guardar el móvil, ya hablarás más tarde con ese pringado.

La chica continúa de rodillas, dándote placer. Tus dedos se hunden en su cabellera de fuego, hasta que la muy puta aparta tus manos, no quiere que la toques. Aún así, tú insistes, intentas acariciar su pelo, pero en cuanto siente el más leve roce, ella vuelve a rechazarte, entrando en un juego que te excita todavía más. Su actitud rebelde y desafiante te pone a cien, tienes que hacer un ejercicio de autocontrol para no correrte demasiado rápido, deseas prolongar este momento tanto como sea posible, saborear cada segundo ralentizándolo. No todo el mundo tiene a su disposición semejante hembra; pero tú sí, tú tienes barra libre siempre que quieras y para lo que quieras. De todos modos, ándate con cuidado porque esta zorra ya ha demostrado en muchas ocasiones lo inteligente que es; nunca te fíes de ella.

Una vez más, pones tus manos sobre su cabeza; una vez más, ella se las quita de encima. La fiesta continúa.

2

Levanté la vista del diario que tenía entre las manos. Tuve la sensación de que las paredes de la biblioteca se balanceaban, las sacudidas también se sentían en el piso e incluso en el mobiliario, y todo porque en la sala contigua estaban montando un número flamenco de grado siete en la escala Richter. Sin embargo, a nadie le molestaba el ruido, al menos a ninguno de los personajes que yo alcanzaba a ver desde el lugar en el que me encontraba.

En un rincón, detrás de la estantería de los cómics, una gitana gorda y fea intentaba camelarse a un chaval negro bastante guapillo. Mejor que la familia de ella no supiera de aquellos devaneos, porque, de enterarse, la iban a meter en vereda con una paliza histórica. Pero aquel no era mi problema, así que dejé de prestarles atención. Un poco más al fondo, donde estaban los ordenadores para conectarse a Internet, había un sudamericano mirando páginas porno con toda naturalidad. No parecía incómodo rodeado de otros usuarios que podían observarle; de hecho, no hacía nada por disimular su pasatiempo, sino más bien todo lo contrario, sólo le faltaba empezar a pelársela allí mismo. Esto último tampoco me hubiera extrañado mucho, ya que en la biblioteca de San Francisco todo el mundo hacía lo que se le ponía en la punta de las narices. No había más que fijarse en la tipa sentada a continuación del aficionado al porno, una mujer blanca, posiblemente originaria de Bilbao, hablando a voces por teléfono mientras repasaba las ofertas de trabajo que aparecían en la pantalla de su ordenador. Todos oíamos su conversación, pero la tía no se cortaba ni un pelo, y si era consciente de que podía molestar, eso le daba igual. De cualquier forma, ni el sudamericano ni aquella mujer eran de mi incumbencia, ni tampoco el senegalés que se estaba partiendo de risa delante de otro monitor, un negrazo a quien parecían hacerle mucha gracia una serie de *sketchs* africanos de lo más chorra: una joven en minifalda contoneaba sus caderas al caminar para atraer la mirada de los hombres y provocar accidentes ridículos; así, un tipo caía de bruces, otro chocaba contra una farola, un tercero era engullido por un enorme agujero abierto en el suelo... Ajeno a todas esas escenas supuestamente cómicas, había otro navegante tan peculiar como los anteriores. Se trataba de Manuel, un yonqui barbudo al que conocía de vista. Solía encontrármelo a menudo, siempre cargando un mochilón, siempre cubierto con un gorro y una bufanda raídos, hiciera frío o calor. Le encantaba ver vídeos de flamenco, la mayoría de un tal Camarón, y, como tantas veces, allí estaba, conectado a YouTube, dando palmas y canturreando, imitando a los artistas que iban desfilando por la pantalla. Éste al menos se había puesto los cascos... Pero eso tampoco era asunto mío.

El motivo por el que yo estaba en la biblioteca aquella mañana se encontraba en el último rincón de la sala, junto al gran ventanal que daba al exterior. Se trataba de un magrebí pequeñajo que parecía estar tan pendiente de su monitor como de la gente que le rodeaba, comportándose de un modo un tanto extraño, nervioso..., como si le preocupara que alguien más pudiera ver las páginas por las que navegaba. Sus temores no eran infundados, precisamente ahí estaba yo, observándole con disimulo por encima de las hojas del periódico, mientras teóricamente esperaba mi

turno para usar uno de los ordenadores. Sujetando el diario, fingía interés por las noticias cuando no me quedaba mirando el paisaje del otro lado del cristal: la ría, las Siete Calles, el viejo puente de San Antonio, la iglesia de mismo nombre... En definitiva, ese Bilbao Blanco tan próximo y al mismo tiempo tan lejano para los habitantes de la Pequeña África de San Francisco.

En realidad, el magrebí era el único que captaba mi atención. No sabía seguro qué demonios estaba haciendo, pero podía imaginármelo. Estiré un poco el cuello, intentando ver algo por encima de su hombro. Parecía que él también navegaba por YouTube, se distinguía un todoterreno en pleno desierto, hombres armados... Entonces me sobresaltó una voz:

—¿Qué tal, Touré?

Era el saludo de Begoña, una de las encargadas de la biblioteca, la más simpática, al menos conmigo. Me dedicó una fugaz sonrisa mientras se dirigía directamente hacia la mujer blanca que hablaba por teléfono. Primero la regañó a ella y luego a Manuel por cantar y dar palmas, después dio aviso a todos los internautas para que dejaran libres los ordenadores puesto que ya terminaban su turno. El hombre a quien yo vigilaba obedeció en el acto, cerró todas las ventanas que tenía abiertas en el Explorer y caminó hacia la salida dejando en evidencia su cojera. La mujer blanca también se levantó enseguida y se dirigió a la calle sin dejar de hablar por el móvil. Al resto les costó un poco más abandonar sus asientos calentitos, no cedieron hasta que la bibliotecaria se puso seria, entonces no les quedó más remedio que irse, el sudamericano y el senegalés entre pequeñas protestas, el yonqui echando pestes. En fin, lo típico de cualquier día a esa misma hora. De regreso a su mesa, Begoña me miró encogiéndose de hombros, como diciendo: “¡Qué le vamos a hacer!”.

Me senté frente al equipo que acababa de dejar libre el magrebí, abrí el navegador y un vistazo al historial fue suficiente para confirmar mis sospechas. Aquel tío había estado tragando propaganda del ISIS sin parar, dando un buen repaso a todo lo que esos zumbados tenían colgado en la red: tiroteos, asesinatos, discursos, arengas...

Saqué el móvil y marqué un número. Escuché el tono de llamada cinco o seis veces, pero nadie respondió. Tendría que probar un poco más tarde.

Devolví el teléfono a mi bolsillo y pensé que, ya que estaba allí, podía aprovechar para revisar mi correo electrónico. En la bandeja de entrada encontré lo de siempre: Mariam, mi mujer, pidiéndome más dinero, recordándome que la vida estaba cada vez más cara en Burkina Faso, que nuestros hijos le producían muchos gastos, que deberíamos enviarlos fuera de Gorom-Gorom, tal vez a un colegio de la capital, Uagadugu...

Junto a los repetitivos y agobiantes mensajes de mi familia, también encontré, como venía siendo habitual, supuestos chollos, promesas de mejorar mi vida sexual, proposiciones para ganar montañas de dinero, y otros cuentos por el estilo. Ofertas serias de trabajo, sin embargo, ni una. No me salía ningún caso para investigar, ni siquiera una consulta sobre el futuro, nada. Parecía que el detective-vidente Touré había perdido su gancho, si es que alguna vez lo tuvo.

Cerré todos los archivos y las pestañas, me levanté y me dirigí hacia la salida, dejando allí a la gitana, que aún seguía currádoselo con el chaval negro. No pude evitar mirarles con compasión al pasar junto a ellos mientras la chica le susurraba algo al oído.

Una vez fuera de la biblioteca, cogí de nuevo el móvil y volví a marcar el número de antes. Entonces sí, enseguida descolgaron.

—Hola, Touré —me saludó la misma voz correosa de siempre—. ¡A que no adivinas lo que estaba haciendo hace diez minutos, cuando me has llamado!

—Ni idea.

—Bah, no quiero darte envidia —intuí una sonrisita estúpida—. Te lo contaré en otro momento. Ahora dime, ¿tienes algo para mí?

—El cojo sigue en las mismas —respondí. Pasaron unos segundos antes de que volviera a oír la voz al otro lado de la línea.

—Hoy por la noche, en la calle Mena —continuó, entonces con un tono más serio.

—¿No hay cámaras en los alrededores?

—No.

—¿Seguro?

Esperé una confirmación, pero solo escuché silencio. Habían colgado el teléfono.

3

Me alejé de la biblioteca atravesando la plaza del Corazón de María. El suelo seguía mojado, pero por fin nos daba una pequeña tregua el insistente sirimiri de los últimos días y los vecinos aprovechaban para salir a la calle. La inmensa mayoría eran gitanos, seguían siendo los amos de aquel espacio y así se lo hacían ver al resto de los habitantes del barrio: unos críos medían la paciencia del conserje de la biblioteca dando balonazos contra la entrada y golpeando las ventanas constantemente, mientras se burlaban de la gente que había dentro, otros intimidaban a un chavalín negro que se había atrevido a entrar en el recinto de los columpios, echándolo de allí a empujones, las mujeres charlaban en corrillos al tiempo que se hacían cargo de los niños más pequeños, los hombres pasaban el rato jugando al dominó bajo los arcos de la plaza, y los jóvenes sacaban a pasear a los perros, dejando cagadas de chucho por todas partes. El suelo estaba sembrado de ellas, algunas pisoteadas y esparcidas sobre el pavimento, otras recientes, esperando la suela de algún peatón despistado.

Logré cruzar aquel campo de minas a salvo, llegué hasta la carretera y pasé tan lejos como pude del puesto de control donde la Ertzaintza solía aparcar su furgón. Entonces oí que me llamaban.

—¡Oye, Touré!

La voz venía del *Florines*. Luis, el dueño del bar, me hacía señas desde la ventana para que me acercara. Me sorprendió que supiera mi nombre, pues yo nunca había entrado antes en aquel local. El caso es que me hizo pasar hasta la barra y allí, sin comentario alguno, puso un pincho delante de mis narices.

—Te gusta el pulpo, ¿verdad?

—Sí, claro —no había probado aquel bicho en mi vida, pero no pensaba hacerle ascos, a los que estamos acostumbrados a pasar hambre nos gusta todo.

—Pues, hala, que aproveche. Invita la casa.

Me llevé a la boca un trozo de aquella carne con ventosas mientras él sacaba una taza blanca de debajo del mostrador.

—Y seguro que el ribeiro también te gusta.

Mi desconfianza iba en aumento, no entendía de qué iba aquello. Hasta llegué a pensar que el tabernero se había equivocado de negro. Si no, a ver a qué se debía tanto honor. Yo, por si acaso, solo abrí la boca para tragarme aquel aperitivo lo antes posible, no fuera a ser que, efectivamente, se tratara de un error y al final me quedara sin nada.

—A que está bueno...

—Ya lo creo, muy bueno.

—En el barrio se dice que el mejor pulpo de Euskadi es el del *Florines* —dijo, sacando pecho—. Anunci y yo lo comentamos muchas veces: si nuestro restaurante estuviera en cualquier otra zona de Bilbao, lo tendríamos siempre lleno de clientes, ¿no crees?

Como no podía ser de otra manera, le di la razón. Mientras, su mujer permanecía en silencio,

sin quitarme ojo desde la puerta de la cocina. Aquella rubia hacía buena pareja con su marido, ambos igual de risueños, la misma figura robusta, más o menos de la misma edad, ya entrados en los cincuenta...

—El único restaurante gallego que queda ahora en San Francisco es el nuestro —continuó el tipo—, pero antes de que llegarais vosotros había muchos más. En esta misma acera, en apenas cien metros, teníamos nueve bares, seis de los cuales eran gallegos, y todos ellos de algún paisano mío! —exclamó—. Los seis eran de mi pueblo, de una aldea de doscientos habitantes, ¿te lo puedes creer? —se me quedó mirando con ojillos brillantes durante un par de segundos, como si esperara mi respuesta—. Luego... —continuó—, pues eso, aparecisteis vosotros, la gente de aquí empezó a irse... Hoy esto está muy cambiado, siguen los nueve bares, pero ahora la mayoría son latinos, y éste —clavó su dedo índice en el mostrador—, es el único superviviente gallego —dijo con orgullo—. Por una parte, mejor: así tenemos menos competencia, ¿no te parece? —sonrió.

Se suponía que, al decir “vosotros”, el dueño del *Florines* se refería a los africanos, a los sudamericanos, a los asiáticos..., todos mezclados en un bloque contrapuesto a ese “nosotros” donde él mismo se incluía junto a “los de aquí”, a pesar de que él también procedía de otra tierra, como miles de personas que un día llegaron a Bilbao con la misma esperanza y un propósito en común: encontrar trabajo y un futuro mejor, un sueño idéntico al mío y al de otros tantos en mi situación. Por eso ya me resultaba machacón el estribillo, estaba cansado de ese tipo de argumentos pero sabía que era inútil rebatirlos, así que no dije nada y, sin más, esperé a ver si se aclaraba el motivo de aquella extraña invitación.

—Bueno —dijo, por fin—, como te imaginarás, no te llamé para promocionar la gastronomía gallega.

—Ya...

—Dicen que, además de mago, eres detective privado o algo así. Es cierto, ¿no?

—Sí, bueno..., mis dotes de vidente me ayudan mucho cuando tengo que investigar algún caso —aproveché para dejar sobre la barra una de las últimas tarjetas que me quedaban, si algo he aprendido con el tiempo es que las oportunidades hay que pillarlas al vuelo.

El tabernero cogió el pedazo de cartulina arrugada y entornó los ojos para leer mi oferta de servicios, al tiempo que echaba la cabeza ligeramente hacia atrás.

—“Profesor Touré, gran vidente africano, rapidez, eficacia y garantía...”.

No me lo podía creer, ¿terminaría mi mala racha en el *Florines*, precisamente en un restaurante de blancos? Me quemaba la curiosidad, pero aún tuve que esperar un poco para enterarme del asunto, porque justo en aquel momento entró un travestí interrumpiendo nuestra conversación.

—Puedo ir al lavabo, ¿verdad? —preguntó, sin detenerse en su camino hacia el interior del local.

—¡Ni hablar! —se apresuró Luis, dejando mi tarjeta a un lado—. ¡Ya te dije antes que no quiero verte más por aquí, así que lárgate ahora mismo! ¿Oíste?

El recién llegado parecía decidido a continuar hacia adelante a pesar de aquel “cálido” recibimiento, pero se topó con la figura de Anunci, taponando el estrecho paso entre la barra y la pared, y no tuvo más remedio que recular. De camino a la calle aún aprovechó para deleitarnos los oídos con una colección de insultos pronunciados con tal afectación que casi resultaba cómico.

—¿Sabes lo que me hizo la última vez? —explicó el dueño del *Florines* una vez esfumado el travestí—. Entró al bar, pidió un mosto y se metió en el servicio. Se tiró ni sé el tiempo dentro, y cuando por fin salió, enfiló derecho hacia la calle, sin decir ni mu. “Oye, que tienes el mosto en la

barra”, le digo. Pues no tiene jeta el tío, que me responde: “si yo no te pedí nada”. Y a mí no me toman el pelo, ¿eh? Salgo de la barra para decirle cuatro cosas y en esto que escucho desde el váter: “¡Pero qué asco! ¡Si han cagado fuera!”. Mira, no te imaginas el fuego que sentí subiéndome por dentro, ¡si no me sujetan lo mato! Y encima, antes de salir corriendo, ¡no te jode que el muy espantajo intenta mangarme ese cuadro!

Señaló una fotografía antigua colgada de la pared. Eran dos boxeadores peleando en un *ring*. Nada raro, si no fuera porque el *ring* estaba montado sobre una gabarra, en la misma ría, junto al puente de San Antón. Todo un acontecimiento, a juzgar por el gentío que se apelotonaba alrededor.

—Seguramente no estás enterado —continuó Luis—, pero hace ya un tiempo, en San Francisco, había mucha afición por el boxeo, y hasta tuvimos un gran campeón: Etxebarria. ¿Ves a ese de la foto, el más corpulento? —apuntó con el dedo— ¡Incluso combatió contra Urtain en una ocasión! ¿Adivinas el resultado? —no me dio tiempo a responder—. Fue combate nulo, quedaron empatados. ¿Y a que no sabes lo que hizo Etxebarria al final? —por supuesto que no lo sabía—. Pues el tío agarró a Urtain y se lo subió a hombros, solo para demostrar que, después de todo, él seguía tan fresco. ¡Menudo boxeador, Etxebarria!

Yo escuchaba aquellas batallitas asintiendo con la cabeza, aunque en el fondo me importaban un bledo. Me cargué de paciencia a la espera de que el tabernero recuperara pronto el hilo de la conversación previa a la visita del travestí. Por suerte, Anunci estaba allí para colaborar.

—Luis, no te enrolles —lo interrumpió, con una voz jovial y suave, difícil de asociar a su imagen—, seguro que Touré tiene muchas más cosas que hacer.

—Es verdad —se equivocó también el hombre, mientras se pasaba la mano por la cabeza, sobre su cabello corto y negro, más que repeinado—. Bueno, pues como iba a decirte antes, el tema es que queremos recuperar algo que nos robaron, y se nos ocurrió que a lo mejor tú podrías ayudarnos.

—Pues sí, si me decís de qué se trata...

—Es algo muy simple —era Anunci la que volvía a meterse en la conversación, compensando con su dulzura el tono más rudo de su marido—. Ayer por la mañana, Luis puso un cartel luminoso fuera, encima de la puerta. Era nuevecito, lo acababa de traer para anunciar las especialidades de la casa. Pues no aguantó ni un día en su sitio, oye, ayer de madrugada desapareció.

—Y queréis que yo lo encuentre, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Sospecháis de alguien?

—De todo el mundo —respondió la mujer—. Quitando a los *ertzainas* que suelen estar en la plaza, cualquiera pudo hacerlo. Ya sabes cómo es este barrio.

—¿Y no habéis pedido a la policía que mire a ver si aparece algo en las grabaciones de las cámaras?

—Sí, claro, pero dicen que justo antes del robo alguien echó pintura en el objetivo, y que es imposible distinguir nada.

Luis recogió todo lo que había sobre la barra y empezó a frotar la superficie del mostrador con una bayeta mientras su mujer seguía mirándome sin perder la sonrisa. Me pareció el momento oportuno para sacar un tema importante:

—Muy bien, no parece un caso fácil, pero, si queréis, puedo buscar ese cartel. Y ya os imaginaréis que —carraspeé ligeramente—, como cualquier detective, yo también tengo mi caché... —En cuanto pronuncié esa palabra, se les cambió el gesto a los dos—. Y bueno, yo... suelo cobrar veinte

euros por la primera consulta.

—¿La primera consulta? ¿Cómo que la primera consulta? ¿Y eso cuándo será? —preguntó Luis, frunciendo el ceño.

—Pues ésta ha sido la primera consulta... Quiero decir que ya me debéis veinte euros. Si lo preferís, podemos plantearlo como una especie de anticipo.

—Como anticipo ya te dimos el pulpo y el vino, ¿no? A mi entender, es más que suficiente.

—Hombre, yo eso lo agradezco, pero...

—¿Pero qué? No me parece ni medio normal que exijas un pago antes de empezar a moverte siquiera, sobre todo en este barrio, con las estrecheces que pasamos.

¡Joder! ¡Lo que tenía que oír, encima! ¿Pero qué me iba a contar a mí aquel jeta sobre estrecheces?

—Quizás sea mejor que busquemos a otra persona —añadió, muy serio.

—Espera —posiblemente el gallego se estaba echando un farol, pero no podía arriesgarme a perder aquella oportunidad—. Ya iremos concretando el tema de mis honorarios sobre la marcha, eso ahora da igual, encontraremos una solución... Aunque, de todos modos, quiero dejar muy claro que yo no trabajo gratis.

—¡Por supuesto, Touré! —era la mujer quien retomaba la palabra—. No te preocupes por eso, cobrarás a cambio de tu labor, cuando veamos resultados, claro.

—De acuerdo. Empezaré a trabajar en el asunto sin cobrar nada, pero con una condición —Me pareció que, aun cediendo en lo del adelanto, debía mantener un mínimo de dignidad.

—¿Qué condición?

—Ya es la hora de comer y tengo hambre. Si queréis contar conmigo tendréis que invitarme a otra ronda.

La pareja se miró entre sí y asintió. Pensé que me había salido bien la jugada y me sentí orgulloso de mi pequeño triunfo cuando vi a Anunci volver a la cocina y a Luis enganchar otra vez la botella de vino, pero no pude evitar una pequeña decepción cuando pusieron frente a mí un trozo minúsculo de pulpo con apenas media taza de ribeiro.

Caminaba por la estrecha acera de la calle San Francisco, tratando de digerir la frustrante experiencia del *Florines*, cuando una voz me llamó la atención.

—¿Te gustaría cambiar tu suerte?

Eso era precisamente en lo que iba pensando, en mi triste destino y la remota posibilidad de cambiarlo algún día. Alcé la mirada y allí, junto a la única entidad bancaria del barrio, me encontré con un vendedor de cupones. No era el ciego que acostumbraba a parar en San Francisco, sino otro más joven, un chaval rubio de aspecto simpático. Me detuve junto a él, bajo un balcón que nos resguardaba de la lluvia que volvía a caer.

—Pues sí, justo venía dándole vueltas a eso. ¿Cómo lo has adivinado?

—Los ciegos no podemos ver, pero tenemos el resto de los sentidos muy desarrollados, y cuando he oído que te acercabas, he pensado: “este africano necesita un empujoncito y yo se lo voy a dar vendiéndole el próximo cupón premiado”.

—¿Cómo has sabido que soy africano?

—Ha sido una cuestión de instinto, cómo te diría yo... Algo así como una especie de percepción extrasensorial basada en las vibraciones que desprendes. Y, sobre todo, tu forma de hablar. En cuanto uno de vosotros abre la boca, se delata él solo. ¿De dónde eres?, ¿de Senegal?

—No, de Burkina Faso. Seguro que no has oído nunca el nombre de mi país.

—Pues la verdad es que no.

—¿Y tú? No te había visto nunca antes y por tu acento tampoco pareces de aquí.

—Yo soy de Cuenca. Me imagino que te suena lo mismo que Burkina Faso a mí, ¿me equivoco?

—Pues no, no te equivocas.

—Entonces, empate —sonrió—. Cuenca es la ciudad más bonita de España, aunque no sea tan conocida como se merece. Me llamo Sergio, ¿y tú? —preguntó, ofreciéndome la mano.

—Touré —respondí.

A pocos metros de nosotros, en su lugar favorito de reunión, había un grupo de yonquis, entre ellos Manuel, el barbudo al que le gustaba tanto el flamenco. No estaban rayándose con ningún diálogo de besugos, como era lo habitual, sino que permanecían mirándonos en silencio, más atentos a nuestra conversación que a cualquier otra cosa.

—Y como muestra de hermandad entre habitantes de pueblos infraconocidos... ¿No vas a comprarme un cupón? —lo intentó Sergio.

—No.

—Bueno, pues entonces, como muestra de lo que tú quieras. Tengo el cupón normal, el cuponazo, los sorteos especiales...

—No malgastes tu tiempo, estoy pelado.

—¡Cómo sois los de este barrio! ¡Todos ponéis la misma excusa!

—No es una excusa, es la pura verdad, pronto te darás cuenta. Aquí no vas a vender nada, mejor

si lo intentas en el Bilbao Blanco.

—¿En el Bilbao “Blanco”?

—Sí, donde los blancos son mayoría, fuera de San Francisco. A este barrio le llaman la Pequeña África, así que imagínate... Aquí apenas hay gente autóctona, solo unos pocos, demasiado pobres para irse a cualquier otro lugar. Y esos, ya te digo yo que prefieren gastarse en borracheras las cuatro monedas que tienen, no van a venir a comprarte un cupón. El resto somos inmigrantes y aún estamos peor, nosotros sí que no tenemos ni para un cartón de vino. Créeme, en estas calles no vas a ganar ni un céntimo. Al contrario, es más fácil que te manguen lo que lleves encima. Si te descuidas, pueden quitarte hasta el bastón —le advertí, viendo que lo tenía como a un metro de distancia, apoyado contra la pared—. Mejor harías yéndote a otra parte —concluí, mientras le acercaba aquella vara blanca fabricada de algún material sorprendentemente ligero.

Observé a los yonquis de reajo. Ya habían perdido su interés por nosotros, ahora estaban concentrados en acompañar con las palmas a su líder, Manuel, que empezaba a canturrear con tono quejumbroso una pena muy honda, los ojos cerrados y las manos abiertas hacia el cielo, dándolo todo a pesar de la lamentable arritmia de sus palmeros.

—Nosotros no elegimos el punto de venta —me respondió el ciego—. Cada uno se las arregla donde le toca, a mí me ha tocado aquí y tendré que amoldarme. De cualquier forma, Bilbao es mucho más grande que Cuenca, así que algo caerá.

Me asombró su ingenuidad. Un tipo tan inocente iba a durar muy poco en la Pequeña África. Hasta me dio lástima, pero vaya, que bastante tenía yo con lo mío, no iba a sufrir por ningún vendedor de cupones. Seguro que aquel pardillo probaría en cualquier momento un bocado de la cruda realidad, entonces cambiaría de opinión y se las ingeniaría de algún modo para salir de allí. Reparé en el auricular que llevaba en un oído.

—¿Estás escuchando música?

—Música no, literatura. Tengo un aparato especial que me lee las novelas —se llevó la mano al bolsillo interior de la chamarra. ¿Quieres probarlo?

—No he leído un libro en mi vida.

—Pues deberías intentarlo. Yo los devoro, uno detrás de otro, sobre todo las novelas negras, esas en las que suceden crímenes, y aparecen policías, detectives... Cosas de ese tipo, ya sabes... —yo qué iba a saber—. Ahora, como me ha tocado venir aquí, estoy aprovechando para leer a algún autor bilbaíno. Por ejemplo, acabo de descubrir a un tal Abasolo. Tiene un personaje llamado Goiko, un exertzaina con muy mala hostia que se recicla en detective privado. La verdad es que me tiene enganchado... Creo que a ti también te gustarían sus novelas.

—Me suena el nombre de ese escritor, pero conmigo lo lleva claro. A mí no me hace falta recurrir a la ficción, ya tengo de sobra con los *ertzainas* de verdad, por ejemplo esos cabrones que patrullan San Francisco. Cuanto más lejos esté de ellos, mejor.

Miré hacia el cercano puesto de control de la calle Cantera, con el temor de haber hablado demasiado alto, y reconocí a dos tipos de paisano charlando con sus colegas uniformados. Eran Etxebe y el *Calvo*, viejos conocidos míos, especialistas en joder mi triste existencia, y ya solo faltaba que me hubiesen oído... Terminé poniéndome nervioso, decidí largarme de allí cuanto antes.

—Por lo que me estás contando —dijo Sergio, ajeno a mis paranoias—, este barrio sería un buen lugar para ambientar una novela negra. ¿Todavía no se le ha ocurrido a nadie?

—Que yo sepa, no; pero mejor si preguntas a otro, ya te he dicho que no soy muy aficionado a

la literatura.

—Bueno, pues venga... —debió de notar las ganas que tenía de pirarme, porque me tendió la mano para despedirse—, espero que volvamos a encontrarnos. Y si consigues algo de pasta, me dejarás hacerme un favor y cambiar tu suerte, ¿verdad?

—Bueno, tal vez.

—Mientras tanto, ya sabes dónde estoy. Cuando quieras podemos seguir charlando, ¿vale?

—Vale, que te vaya bien —respondí, alejándome con prisa.

Empecé a caminar hacia el restaurante *Berebar*, bajando la cabeza y cambiándome de acera al pasar frente al maldito puesto de control. Apenas me atreví a mirar de reojo, deseando pasar desapercibido, cosa que no conseguí, a juzgar por los gestos de los dos policías: el *Calvo* le dio un pequeño codazo a Etxebe y ambos se giraron hacia mí. “Hasta luego Touré”, dijo uno de ellos, mientras se aceleraban mis pulsaciones. No quise responder, seguí hacia delante haciéndome el loco y apretando el paso como si llegara tarde a algún sitio.

A la puerta del *Berebar* me topé con un hombrecillo que sujetaba un vaso de té de menta, Aliou Koiaté. Aliou era de Guinea Bissau y un artista tocando la kora, además de un tipo honrado y cumplidor. Tenía un carácter más bien introvertido, callado, tímido..., bastante alejado de la imagen que solemos dar los africanos. Pero lo que más me chocaba eran sus gafas. No es que fueran cantosas ni nada por el estilo, lo verdaderamente llamativo era el mero hecho de llevarlas, pues no conocía a ningún otro negro en San Francisco que las usara. Mi colega Xihab, el camarero del *Berebar*, decía que como los negros no leemos, no se nos cansa la vista, y que aún así tampoco tendríamos dinero para gastárnoslo en una óptica. Puede que el bromista de Xihab tuviera razón, pero ese mismo comentario jocoso se lo podría aplicar a los suyos, porque me parece que nunca he visto un magrebí con gafas.

—¿Todo bien, Aliou? —saludé al músico.

—Bueno, regular —me respondió, con voz queda.

—¿Has estado en el centro tocando la kora?

—Todavía no, estoy esperando a ver si para definitivamente de llover —señaló hacia el cielo—.

Ahora mismo no merece la pena ir, con este tiempo la gente no se detiene a escuchar.

—¿Y si no despeja? —llevábamos varios días sin ver el sol.

El guineano se encogió de hombros.

—¿Por dónde andas últimamente? —le pregunté.

—Suelo ponerme junto a la entrada del metro de las Siete Calles, en la plaza Unamuno.

—No es mal sitio.

—Pasa mucha gente y la policía me deja estar.

—De todas formas, yo creo que de vez en cuando podrías quedarte por el barrio y animar nuestras calles.

—¿Aquí? ¿Para qué? No sacaría ni calderilla para ir al kebab más barato.

Aliou tenía razón, si San Francisco no era buen lugar para un vendedor de cupones, un músico callejero aún lo tenía más crudo. En realidad, no era un barrio recomendable para nadie, lo único bueno eran los precios: las tiendas, los bares, la vivienda..., todo era más barato que en el resto de Bilbao. Por eso vivíamos allí los extranjeros sin recursos, apretujados en pisos patera.

Deseé buena suerte al guineano y entré al bar. Como de costumbre, allí, detrás de la barra, estaba Xihab, mi colega bereber procedente de Marruecos. El destino y la fatalidad nos habían unido estrechamente, él era uno de los pocos amigos verdaderos que tenía en la Pequeña África, junto a mi compañero de habitación, Osmán y, por supuesto, Cristina, mi adorada pelirroja. Era alucinante todo lo que aquella chica había hecho por mí. No me explico cómo tuve la suerte de caerle en gracia desde el primer minuto en que nos conocimos, recién llegado a Bilbao, el caso es que su aprecio era sincero y ella terminó convirtiéndose en mi aliada, mi único apoyo entre la población blanca.

Dentro del local, el más cosmopolita de San Francisco, se respiraba el mismo ambiente de cada

día: sobre todo hombres del Magreb y del África Negra tomando té, viendo la tele o pasando el rato junto a una clientela fija de blancos entre los que había dos ya tan del bar como los taburetes de la barra. Se trataba de Isidro Zelaia, profesor y poteador empedernido que, pese a su aspecto corriente, era el tío más sabio del barrio, y del viejo Julián, quien echaba más tiempo en el *Berebar* que en la residencia de ancianos donde llevaba viviendo los últimos años, desde que se había quedado viudo. Isidro, aparte de dar clases y salir de chiquiteo, echaba una mano en diferentes asociaciones de San Francisco, que lo tenían por su principal ideólogo. La verdad es que el tío tenía su punto, y para las instituciones debía de ser como un grano en el culo, a cuenta de todas las movilizaciones y originales protestas que organizaba. Era fácil encontrarlo en cualquiera de las tabernas del barrio, pero sobre todo en el *Berebar*. El estilo de Julián era diferente, a él no le gustaba ir de bar en bar tomando vinos, sino que era más de parar en un sitio fijo, y allí estaba como en su casa. Solía ir todos los días a la hora de comer, se sentaba siempre en la misma mesa y, de primero, sin necesidad de pedirlo, le servían un plato de sopa. Terminado el menú, abría un periódico y se quedaba dormido, con los brazos cruzados, antes de llegar al segundo titular. Isidro tenía barba blanca, Julián bigote blanco. Isidro cubría su calva con una *txapela*, Julián con una visera “salmantina” —al menos así era como la llamaba Isidro—, y ambos contaban con el respeto y el aprecio de todo el mundo.

—Buenas tardes —saludé al carismático poteador de San Francisco al pasar a su lado.

—¡Coño, Touré! —me respondió muy jovial—. ¿Te apetece un vino?

—Ahora no, gracias.

Continué hacia el interior, hasta llegar junto a la mesa en la que descansaba Julián. Me apoyé en la barra y enseguida apareció frente a mí Xihab con un té de menta.

—¿Qué tal, Touré? —me preguntó, llevándose la mano al corazón después de haber estrechado la mía.

—Tenemos trabajo —respondí con tono grave.

—¿Dónde y cuándo?

—En Mena, esta noche.

—¿El cojo?

—Sí, el cojo.

Xihab me dejó un instante para ir a rellenar el vaso de Isidro, y yo me quedé pensativo, observando al viejo Julián dormido como un tronco. Todavía le quedaban varias horas de siesta antes de regresar a la residencia, ya al anochecer. Por lo visto no tenía otra preocupación en su vida, y eso me hizo sentir un poco de envidia.

El camarero no tardó en volver con un platillo de cacahuetes que puso entre los dos.

—Jamón de mono —dijo.

Mi colega era un bromista incombustible, pero últimamente no sonreía igual que antes, y es que le costaba encontrar motivos para hacerlo. Por si fuera poco el jodido chantaje al que estábamos sometidos, él tenía un problema extra en su vida privada: se había casado no hacía mucho con una chica, también bereber, que vivía y trabajaba en Alemania y, aunque se las prometía muy felices, topó con la especial legislación del país, que le impedía pasar allí más de tres meses al año mientras no aprendiera bien el alemán. Estaba muy dolido con aquello y yo no me atrevía ni a sacar el tema.

—¿En la calle Mena no hay cámaras? —desconfió.

—Eso dice la *Rata*, habrá que creerle.

—Yo no me creo nada de lo que diga ese hijo de puta.

Xihab volvió a apartarse un momento para coger un plato y servir una buena ración de paella que puso frente a mí.

—Viendo a qué velocidad engulles el jamón de mono, está claro que hoy todavía no has llenado la tripa. ¿He acertado? —preguntó, mientras me ofrecía un tenedor.

No dije nada, solo asentí con la cabeza y empecé a comer.

6

Ya ha oscurecido, continúa cayendo una fina lluvia sobre la ciudad y apenas ves gente por las calles de San Francisco. Mejor, no conviene que haya testigos.

Estás de nuevo en el centro de control donde confluyen todas las imágenes tomadas por las veintitantas cámaras repartidas a lo largo y ancho del barrio. Después de cubrir el turno de mañana, no es normal que ahora estés aquí otra vez, pero este asunto no puede esperar más, tiene que ser esta noche, por eso lo has arreglado todo para sustituir a tu compañero durante unas horas, simulando que le haces un favor. No puedes fallar, debes estar aquí; si tú no te encargas, nadie más lo hará, los demás no tienen cojones.

Pronto empezará el espectáculo. Fijas la vista en el monitor previsto, aún no sucede nada, esperas... En este momento pagarías una fortuna por encender un pitillo, pero ahora está prohibido fumar en los centros de trabajo, la maldita ley antitabaco. Uno ya ni siquiera puede morirse como le plazca. Menos mal que al menos te queda algo de *whisky*, sacas la petaca y echas un trago. Tienes que inclinar la cabeza hacia atrás para beber, apenas hay líquido, pronto tendrás que pasar por la tienda de los chinos para agenciarte otra botella, ¿o mejor irás a buscarla al *Berebar*? ¡Qué más da! Te saldrá al mismo precio.

¡Vaya!, por fin se mueve algo. Enfocas la cámara de la calle Concepción hacia la entrada de la mezquita, los moros empiezan a salir después de sus rezos, también hay algún negrata entre ellos... En un par de minutos localizas al individuo que te interesa, ese tullido, y un poco después aparece Xihab, uno de tus más valiosos topos.

No fue fácil captar al camarero del *Berebar* para tu red de informadores, pero ahora lo tienes bien cogido por los huevos, igual que a Touré, igual que a Osmán y a Cristina. Todos están a tu servicio, no pueden negarse tras lo sucedido con los dos mafiosos nigerianos. Aquellos hijos de puta no eran más que un par de perros rabiosos y, después de lo que hicieron con la hija de Touré, lo que les pasó solo fue un castigo a la altura de sus méritos. Cuando el burkinés y sus colegas se los cargaron y echaron a la ría sus restos descuartizados, hicieron un gran favor a la humanidad, pero no serás tú quien los condecere por eso, en el fondo todos pertenecen a la misma escoria. Lo importante es que ahora tienes la sartén por el mango y estás en una situación privilegiada que te permite sacar rédito de aquel suceso. Los muy imbéciles pensaban que nadie les veía, pero no contaban con tu perspicacia y el buen trabajo de las cámaras. Ahora ya lo saben, están advertidos: si revelas toda la información que tienes, irán de cabeza al trullo, así que les conviene tenerte contento.

Te mereces otro trago, sientes el alcohol bajando hasta tu estómago, te reconforta su calor. Pero no debes descuidarte, vuelves a centrar tu atención en la pantalla. Xihab acaba de alcanzar al cojo, le pasa un brazo por la espalda, como si fueran colegas de toda la vida, y se lo lleva hacia la oscuridad de la calle Amparo. Pasan frente al local de *Askabide*, los amigos de las putas. El barrio está plagado de asociaciones como esa, todas dispuestas a salir en defensa de la chusma, a dar cobertura a parias y delincuentes, malgastando el dinero de todos con gente que no lo merece. Aquí no hay fulana,

gitano, inmigrante o yonqui sin su ángel de la guarda, parece que no se enteran: a esta gentuza le das la mano y te coge el brazo, al final se nos están subiendo a las barbas. Buen trabajo, *Askabide*, buen trabajo, *SOS Racismo*, *Comisión Antisida*, *Aldauri*... Os podían dar por el culo a todos.

La calle Amparo es corta, Xihab y el cojo llegan enseguida a Mena, pasas a otro monitor y enfocas la cámara correspondiente. No hay ni un alma ahí fuera, hasta que aparecen los dos moros. Se dirigen hacia la barandilla que delimita la profunda trinchera por donde pasan las vías del tren, y entonces aparece el tercer actor de la película, tu favorito: Touré, que se une a ellos. Los muy pringados creen que las cámaras no llegan hasta ahí, que no puedes verles, esto se pone interesante.

De pronto el tullido se detiene, muestra desconfianza, sospecha algo y quiere irse. Infeliz. El camarero del *Berebar* le saca una cabeza, y no digamos el gigantón de Touré. Esperas no tener que enfrentarte físicamente a ellos nunca. Xihab, como todos los moros, es muy hábil manejando la navaja; en cuanto al burkinés, podría partirte el cuello con sus propias manos. Seguramente sueñan con hacerlo, pero no hay peligro, ahora ellos son tus marionetas.

El cojo está cagado de miedo y empieza a gritar cuando lo sujetan por un brazo. No, no conviene tanto jaleo, Xihab le tapa la boca con una mano, pero recibe un mordisco. ¡Joder! ¡Parece mentira! ¡Se les ha escabullido! ¡Ese moro enclenque se va a escapar! Debe de ser el pánico o el instinto de supervivencia, quién sabe, el caso es que se dirige hacia la pasarela sobre las vías. Va renqueando, pero parece que al final lo conseguirá...

De golpe todo se oscurece. ¿Qué hostias pasa? Revisas los últimos segundos de grabación y entonces te das cuenta: alguien ha rociado el objetivo de la cámara con pintura negra ¡Cabrón, hijo de puta! Golpeas la mesa enfurecido. Te armas de paciencia y analizas de nuevo las imágenes, las vas pasando hacia atrás, hacia adelante, a cámara lenta... Hasta que, por fin, lo tienes. Ahí está, solamente un segundo: un bote de *spray*, unos dedos enfundados en guantes y, por detrás, un pasamontañas. Imposible identificar a nadie. ¡Joder! ¡¡Mierda!!

Se me hizo muy larga la espera escondido bajo los arcos de la calle Mena. Muy cerca de mí, entre sombras, había dos yonquis pinchándose. Podían haberse ido a la narcosala del barrio y hacer aquello en mejores condiciones, pero eran de los que todavía preferían la calle, y aquel rincón sombrío se había convertido en uno de sus lugares favoritos, muy a pesar de los vecinos.

De repente, se abrió una puerta, la del portal más cercano. Un hombre mayor asomó la cabeza y miró hacia fuera con recelo. Entonces, al comprobar que los heroinómanos estaban de visita otra vez, dio rienda suelta a su cabreo, ya de paso salpicándome a mí también, solo por estar allí, aunque no tuviera nada que ver con aquellos tipos. Nos echó una buena bronca: que si no teníamos vergüenza, que si éramos un peligro público dejándolo todo lleno de jeringuillas, que menudo ejemplo para los niños, que a ver cuándo nos encerraban... Como los yonquis pasaban de él, el viejo terminó cebándose en mí, primero como si yo fuera un drogata más, luego acusándome de camello...

No intenté convencerle de lo contrario, iba a ser inútil y, además, mi prioridad era pasar desapercibido. Mejor que no me viera la cara, le di la espalda y aguanté el chaparrón en silencio. Por suerte, no se alargó demasiado, el hombre desapareció dentro del portal, después de amenazarnos con llamar a la policía si no nos íbamos de allí cagando leches.

A los pocos minutos, con los yonquis realizando ya su viaje particular, aparecieron Xihab y el cojo, justo a la hora y en el lugar que habíamos planeado. Entonces, cuando ya estaban junto a la trinchera del tren, me subí la capucha para protegerme de la fina lluvia que llevaba horas cayendo y salí del soportal con la intención de hacerme el encontradizo. Fui hacia ellos, saludé a mi colega y tendí la mano a su acompañante. El tío resultó no tener un pelo de tonto, se coscó enseguida de que allí pasaba algo raro y quiso salir por patas. Forcejamos, pero al final consiguió escabullirse echando a correr como pudo hacia la pasarela que cruza sobre las vías y conecta la Pequeña África con el Bilbao Blanco.

Aquella reacción nos pilló desprevenidos; aún así, atrapar a un cojo no resultó ser un gran problema. Primero fue Xihab quien le dio alcance, un par de segundos después llegué yo. El inconveniente fue que nos quedamos expuestos en mitad del puente mientras el infeliz chillaba como un loco. Con semejante barullo no tardaría en salir alguien, teníamos que darnos prisa, yo lo sujeté por los brazos, mi compañero por las piernas y, sin mediar palabra, lo arrojamos a las vías. El plan era bien sencillo, sin embargo el muy cabrón no nos lo iba a poner fácil, logró aferrarse a la barandilla con toda la fuerza que le daba su desesperación, se quedó colgando, sin dejar de dar voces. Miré alrededor y, cuando vi encenderse una luz en una ventana, recordé la amenaza del viejo del portal. El tema se estaba poniendo chungo, en cualquier momento podía aparecer la pasma, había que terminar aquello cuanto antes, cerré el puño y empecé a golpear los nudillos del hombre que colgaba sobre los raíles, aunque ni por esas se soltaba el hijo de puta. El insistente sirimiri ya nos tenía calados hasta los huesos, pero no podíamos irnos de allí dejando el trabajo a medias. Mordí los

dedos de aquel desgraciado y, por fin, un último grito se fundió con el ruido del tren que justo entonces pasaba por debajo.

Las cosas no estaban saliendo como esperábamos. En su caída, el cuerpo dio con unos cables que amortiguaron el golpe y terminó de espaldas sobre el techo de un vagón. ¿Estaría muerto? Nuestra duda se despejó enseguida, en cuanto el tipo se levantó y empezó a gritar de nuevo, insultándonos. La escena duró unos segundos, el tren iba cogiendo velocidad y aquel esmirriado se alejaba manteniendo el equilibrio a duras penas mientras nos dejaba allí con cara de gilipollas, sin podernos creer lo que estaba pasando. Hasta que llegó al túnel. Con la cara vuelta hacia nosotros, no pudo ver lo que se le venía encima. Quizás podría haberse agachado, pero no lo hizo y se dio un golpe tremendo en la cabeza justo antes de desaparecer dentro de aquel agujero negro.

Entonces miré a Xihab, éste señaló discretamente hacia una ventana que acaba de abrirse y me hizo señas para salir de allí lo antes posible. Caminamos hacia la calle San Francisco, cabizbajos, él con su gorro de lana, yo con la capucha del chubasquero subida.

—¿Crees que está muerto? —pregunté.

—Espero que sí, después del hostión que se ha pegado sería lo más lógico, ¿no?

—Ya... —La lógica no terminaba de convencerme—. Pero parece que el cuerpo se ha quedado sobre el techo del tren. ¿Sabes hacia dónde va?

—Creo que a Santurce.

Aceleramos el paso. No podía quitarme de la cabeza los gritos del cojo ni su mirada de terror mientras le machacaba los dedos. Acabar con los mafiosos nigerianos había sido más sangriento, pero también más fácil y rápido, casi no tuvimos tiempo de pensarlo, eran ellos o nosotros. Además, aquellos malditos merecían la muerte, la muerte y el infierno. Lo del cojo, sin embargo, era distinto. A fin de cuentas, él no se había metido conmigo, no me había hecho nada. La duda corroía mi conciencia.

—¿Tú de verdad crees que era un peligroso yihadista? —pregunté a Xihab.

—Eso dijo la *Rata* —mi colega, normalmente tan escéptico, parecía muy tranquilo entonces.

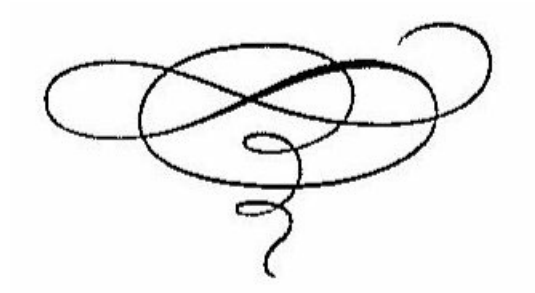
—Sí, también nos dijo que estaba tratando de formar una célula terrorista para organizar un atentado pronto, pero no me fío.

—No te atormentes, está claro que ese tío era fan del ISIS, y esos cabrones llevan tiempo puteándonos de mala manera a todos los musulmanes. Esos pirados sobran, están mejor todos muertos.

Xihab tenía razón. Después de los últimos atentados yihadistas, cualquiera con aspecto norteafricano quedaba automáticamente bajo sospecha, los magrebís lo tenían cada vez más difícil en Europa, la gente les miraba mal, con desconfianza, cuando no con odio y desprecio. Los negros no es que lo tuviéramos fácil, pero en ese sentido la presión que soportábamos era un poco menor.

Continuamos nuestro camino en silencio, sin levantar la mirada, pensativos. Y así, revolviendo en mis adentros, fue como tomé conciencia de que yo ya no era la misma persona que un día llegó a Bilbao, aquel tipo inocente y bienintencionado que solo buscaba un futuro mejor para su familia. Desde el primer momento me había saltado la ley, pero al principio eran solo pequeñeces, cosas que tenía que hacer para sobrevivir, como algún timo de vez en cuando. Ahora, sin embargo, me había convertido en un auténtico asesino, unas veces por iniciativa propia, otras por encargo. Quién me lo iba a decir años atrás, cuando preparaba mi salida de Gorom-Gorom.

II LA DECISIÓN



1

Era mediodía, la escuela acababa de abrir sus puertas y los críos que de allí salían se juntaban en la calle con los que se habían pasado la mañana haciendo pira. Muchos de ellos eran gitanos, habituales del parque de la plaza Corazón de María, y entre los que andaban jugando por allí, uno, probablemente el más canijo, vino derecho hacia mí cuando tuve el atrevimiento de entrar en lo que se suponía territorio calé.

—¿Qué haces aquí? —me soltó todo chulito, sacando pecho mientras me cortaba el paso, aquel enano que no me llegaba ni a la altura de la bragueta.

—Tranqui, no busco pelea.

—¿Entonces a qué hostias has venido?

—Necesito una cosa para mi nuevo negocio, quiero montar un restaurante africano —el niño me miraba fijamente con los puños cerrados y apretando los labios—. Me hace falta un cartel para la entrada, si es posible uno de esos luminosos. ¿Tú sabes dónde podría conseguirlo?

—Espera.

El gitanillo fue corriendo hasta un grupo de jóvenes que paseaba con sus perros, les dijo algo señalándome y entonces uno de los chavales lo mandó hacia los soportales donde los mayores jugaban al dominó. Para allá que fue, otra vez corriendo, el pequeñajo. Se acercó a un hombre barrigón que en ese momento removía las fichas sobre la mesa, cruzó con él unas palabras y volvió hasta mí manteniendo el gesto serio.

—¿De qué tamaño quieres el cartel?

Me di cuenta de que no tenía ni idea. ¿Cómo no se me había ocurrido preguntara los gallegos?

—Pues... —resoplé dubitativo—, ni muy grande ni muy pequeño, algo mediano estaría bien.

El niño esprintó de nuevo llevando mi respuesta hasta los arcos, y en cuestión de segundos ya estaba de vuelta.

—¿Cuánto pagas?

Joder, otra vez me quedaba sin respuesta.

—Eh... deja que lo piense un momento, ¿vale? Vuelvo dentro de un rato.

El crío me perdonó la vida con un simple gesto de cabeza y yo me dirigí al *Florines*.

2

En la *Pulpería Florines*, nombre oficial de aquel bar, no había nadie, solo Anunci detrás de la barra.

—¿Y Luis? —pregunté.

—Está descansando. Nosotros comemos temprano y para esta hora él ya suele estar echando la siesta —respondió con su voz juvenil—. Pero no te preocupes, a mí también puedes contarme lo que sea.

—He empezado a investigar lo de vuestro cartel y necesito más información.

—A ver, pues pregunta. ¿En qué te puedo ayudar?

—¿Cómo era de grande?

—Más o menos... —abrió los brazos por encima de la barra, tenía las uñas pintadas de un llamativo color lila— un metro de ancho por unos ochenta centímetros de alto.

—Vale, ¿y era muy caro?

—Pues... Nosotros pagamos casi cien euros, noventa y tantos, creo. ¿Quieres que busque la factura?

—No, no hace falta. Con el precio aproximado es suficiente.

Nos quedamos en silencio, ella esperando alguna otra pregunta, yo pensativo después de haber hecho mención al dinero.

—¿Ya está? —me dijo—. ¿No necesitas nada más?

—Bueno... —viendo la buena disposición de la rubia y aprovechando la ausencia de su marido, me animé a soltar lo que me rondaba la cabeza—. Quizás vaya siendo hora de hablar de mis honorarios, ¿no?

La mujer no perdió su expresión amable y llegué a hacerme ilusiones, sobre todo cuando metió la mano bajo la barra como si buscara algo. Pero solo escuché correr el agua del grifo, llenó un vaso y lo plantó frente a mí junto a un platillo con media docena de aceitunas.

—Touré, querido, tienes que cambiar esa forma de pensar tan africana. Aquí se cobra después de dar un servicio, no antes. En nuestro bar, por ejemplo, lo hacemos así, y nos cuesta mucho sacar un sueldo, no creas que el dinero viene solo. Encima no tenemos, como vosotros, esa renta que os dan todos los meses sin mover un dedo, la RGI. ¿Cuánto es?, ¿seiscientos y pico euros? ¡Lo que tenemos que sudar nosotros para llegar a esa cantidad!

Lo más cojonudo es que Anunci estaba soltándome el rollo de siempre sin la mala uva y el cabreo con que lo hacían la mayoría de los blancos. Ella era diferente, parecía que me estaba acariciando los oídos, aunque en realidad me estuviera dando una patada en los huevos, porque yo en mi vida había recibido ese maldito sueldo del que todos hablaban. Cuando ya llevaba casi dos años empadronado en Bilbao, a punto de poder acceder a la RGI, subieron a tres el mínimo exigido, y luego limitaron a dos el número de personas que podían percibir esa ayuda en cada casa, de modo que como en nuestro piso ya la cobraban Osmán y uno de los senegaleses, el resto nos quedábamos a dos velas.

Ya estaba hasta las narices de aquel tema y mientras pensaba si merecía la pena o no empezar a

discutir con Anunci, entró al bar una gitana con un mocoso en brazos.

—Hola, Anunci, guapa. ¿Me dejas un pincho, maja?

—¿Cómo que te “deje” un pincho?

—Sí, reina, pal niño, que tiene hambre —le acarició la tripa—. Luego viene mi marido a pagarte.

—Sí, claro, igual que estos días de atrás, ¿verdad? Estamos hartos de tu niño, de tu marido y de ti. Cuando paguéis todos los pinchos que nos debéis ya hablaremos. Y tienes suerte de que Luis no esté ahora, porque el día que te pille te vas a enterar.

La mujer se marchó sin protestar, como si tal cosa, igual que si le hubieran dicho “hasta luego, cariño”.

—¿Pero tú te crees? ¡Pues no tienen morro ni nada estos gitanos! —se quejó la dulce Anunci, con una mala hostia que nunca hubiera imaginado—. Toda esta gente también cobra la RGI y encima parece que no les dura mucho, porque siempre andan por ahí pidiendo, como si no tuvieran suficiente. Eso sin contar con que la mayoría ya tiene sus chanchullos. ¿A que no adivinas a qué se dedican el marido de esa y casi toda su familia?

—Ni idea.

—Pues van a robar botellas de licor a los supermercados, y después pasan por los bares ofreciéndonoslas más baratas.

—¿Y vosotros se las compráis?

—¿Eh? ¡Bueno, por favor, Touré! ¡Ni se nos ocurre! —exclamó escandalizada, apuntando con sus uñas lilas hacia el techo—. Aquí somos honrados, hacemos todo legalmente, ¿qué te has creído?

Aquello no era nuevo para mí, sabía de las artimañas que se gastaban en el barrio. Por lo general, gran parte del género robado en el Bilbao Blanco terminaba colocado en la Pequeña África, aunque nadie quisiera reconocer que se aprovechaba de ello. De cualquier forma, me limité a dar la razón a la dueña del *Florines* y ella enseguida cambió de tercio, recuperando su tono amable.

—Bueno —dijo, apoyando las manos sobre la barra—. Entonces... ¿no necesitas nada más, Touré?

Me encogí de hombros y de repente el ambiente se volvió extraño. Nos quedamos los dos mirándonos muy callados, fue uno de esos momentos en los que se hace el silencio y parece que el mundo se detiene. Ella solo desvió sus ojos un segundo para comprobar que en el platillo de las aceitunas no quedaban más que los huesos. Parece que eso le hizo gracia, porque me dedicó una sonrisita que, creo, le devolví.

—¿Seguro que no necesitas nada más? —insistió levantando las cejas, un gesto que no supe cómo interpretar.

—A esta hora no suele venir nadie y si quieres... —continuó.

Yo seguí callado, quizás hasta le volví a sonreír, no estoy seguro. El caso es que ella salió de la barra y cerró el bar con llave. Luego me cogió de la mano y me llevó a la cocina. Allí, entre la plancha, los fogones, la fregadera, y una mesa llena de trastos, casi no había sitio para moverse, pero estaba claro que eso a Anunci le daba igual; corrió la cortina de la puerta haciendo el espacio aún más claustrofóbico y adosó su cuerpo al mío sin dejar una rendija por la que pudiera pasar el aire. No protesté, y ella empezó a refregarse contra mí, dejándose llevar por un ansia desbocada.

No era la primera vez que me sucedía algo así, ni la segunda ni la tercera. No sé lo que les pasaba a las mujeres blancas conmigo, quizás me veían pinta de pobrecito africano y les daba por

consolarme, quizás me encontraban un toque exótico que las ponía cachondas... A mí me daba lo mismo, yo solo aprovechaba la ocasión sin comerme demasiado el tarro, sobre todo si me olía que al final podía haber alguna gratificación. Había aprendido a sacar buen partido de ese tipo de situaciones anteriormente, cuando las que se encaprichaban de mis abdominales eran señoras de clase alta. Fue entonces cuando adopté el lema de “todo por la pasta”, la misma filosofía que estaba dispuesto a seguir aquel día en el *Florines*, pero aquel espacio tan pequeño no me parecía un lugar muy oportuno, y el momento mucho menos.

—¿Dónde se echa la siesta Luis? —pregunté, un poco mosca.

—¿No le oyes? —Anunci dejó de lamer el lóbulo de mi oreja un momento, y entonces sí, no había que concentrarse mucho para oír sus ronquidos—. Está en un cuarto, aquí al lado; pero relájate, no pasa nada, Luis tiene un sueño muy profundo, no se despierta ni a cañonazos.

En lugar de tranquilizarme, aquella explicación me puso aún más nervioso, y el jaleo que armamos entre las cazuelas mientras nos desvestíamos torpemente no hizo que me sintiera mejor. Aquella cocina era como una caja de cerillas y allí había demasiada carne para mover, a nada que intentara apoyarme en algún sitio o girarme un poco para coger postura, se montaba una batucada con todos los trastos que iban cayendo al suelo. Yo así no podía. Sin embargo, Anunci estaba cada vez más caliente, terminó de quitarse la ropa, libró la mesa de un manotazo y me clavó sus uñas en la espalda obligándome a subirla allí.

Recordé una película que había visto con los del piso antes de que se jodiera para siempre la tele que habíamos encontrado en la basura. No hacía mucho de aquello, se titulaba no sé qué de un cartero. Y no es que Anunci se pareciera mucho a la protagonista —lo único que tenía en común con ella era el color de pelo—, pero mi objetivo era muy claro, y como intuía que si me portaba bien obtendría recompensa, al final agarré a la tabernera y le di lo que quería, cumpliendo dignamente con el papel del cartero.

La verdad es que mi intuición no es muy de fiar, pero aquel día, cuando después de la ración de sexo y una vez recompuestos salimos al bar, pensé que por una vez había acertado.

—¡Ay, señor! Un trabajo magnífico, Touré —dijo Anunci mientras abría de nuevo la puerta del local—. Creo que te mereces un premio.

Volvió a meterse en la cocina y regresó enseguida con un plato lleno de finas lonchas de un color rojo oscuro.

—Tranquilo, no es cerdo. Parece jamón, pero es ternera.

—No te preocupes —le dije, resignado—, yo no soy musulmán, puedo comer de todo.

—Pues esto es cecina y seguro que te gusta. Es otra de las especialidades del *Florines*, siempre nos sale tierna y sabrosa, todos nuestros clientes se chupan los dedos con ella. A ver si a ti también te parece buena.

Decir “buena” era quedarse corto, aquella cecina estaba cojonuda, igual que el pan y el vino tinto que también sacó Anunci para acompañar. Al menos, con aquello se compensaba un poco el disgusto por no haber visto un euro todavía.

Puse a trabajar la mandíbula como si no hubiese comido nada en todo el día, lo cual era prácticamente cierto, ya que desde el currusco seco reblandecido en el té de la mañana, lo único que había podido masticar hasta entonces habían sido las aceitunas de hacía un rato. Corrían malos tiempos y había que aprovechar cualquier oportunidad, por eso no dudé en lanzarme sobre el plato, hasta que apareció Luis, bostezando como un oso. Casi me atraganto con el vino que estaba

bebiendo en ese momento; no como Anunci, que dio la bienvenida a su marido muy relajada.

—Hola, cariño —dijo, plantándole un beso en la mejilla.

—¿Cómo tú por aquí, Touré? —me preguntó él.

La mujer se me adelantó:

—Volvió a por más información. Ya empezó a trabajar en lo nuestro, pero le faltaban datos para continuar investigando y tuve que responderle algunas preguntas —explicó—. Si es que este hombre parece un auténtico profesional, me está dando muy buena impresión. Hicimos bien en llamarlo, Luis.

No tuve nada que objetar.

—Y ahora anda —le dio una palmadita en el hombro a su marido—, ¿por qué no vas a refrescar un poco esa cara? Tienes los ojos llenos de legañas.

El hombre entró al servicio, la mujer a la cocina, y yo me quedé donde estaba, empleándome a fondo en hacer desaparecer los últimos restos de cecina, pan y vino. Cuando estaba a punto de largarme, la rubia salió, puso en mi mano un táper hasta arriba de pulpo y se despidió de mí con un guiño y un “hasta luego”. Ni se me ocurrió esperar a que Luis saliera del lavabo.

3

Cuando regresé a la plaza del Corazón de María, estaba lloviendo otra vez. No quedaba ningún crío por allí, ni siquiera el pequeño matón que me había recibido antes, ni hombres jugando al dominó ni nadie paseando a los perros... Aunque no me apuré por ello, pues el asunto no era tan urgente; me imaginaba la miseria que iba a ganar con aquella investigación, pero sospechaba que podría llenar la tripa gratis durante el tiempo que aquello se alargara. Así que, sin prisa, ya seguiría con el tema. Me quedé mirando el táper y decidí ir al *Berebar*.

Al pasar junto al banco a cuya puerta solían congregarse los yonquis, me di cuenta de que allí había más gente que de costumbre. Algunos estaban tan a gusto al resguardo de la lluvia bajo una cornisa, mientras vaciaban latas de cerveza barata; al resto, la mayoría, les daba igual el sirimiri y permanecían al descubierto, dando palmas y cantando —o, mejor dicho, aullando— bajo la dirección de Manuel, el forofo del flamenco. Se me hizo rara la escena porque aquellos desgraciados, que normalmente funcionaban al ralentí, parecían más activos que de costumbre. También me extrañó que Sergio, el ciego, no anduviera por allí, pero enseguida di con él. Estaba un poco más arriba, parecía que se había ido con sus cupones a otra parte, y vaya por dónde, no podía haber escogido un lugar peor en todo San Francisco: el cruce con la calle Dos de Mayo.

Fui hacia él sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación. Aunque él no pudo ver mi gesto, sí me sintió llegar, pues cuando ya estaba casi a su lado, se volvió hacia mí para saludarme antes de que yo dijera nada.

—Hola, Touré.

—¿Qué tal, Sergio? —no me podía explicar cómo rayos sabía que era yo.

—Aquí, ilustrándome un poco mientras llega algún comprador —señaló el auricular que llevaba sujeto en la oreja.

—¿Qué libro estás escuchando hoy?

—Todavía estoy con uno de Abasolo: "*La Última Batalla*". Esta novela me tiene enganchado. ¿Te apetece escuchar algunos párrafos?

—No, gracias —respondí mientras echaba un vistazo alrededor. No teníamos precisamente la mejor de las compañías. Estábamos rodeados de norteafricanos y la mayoría estaban colgadísimos, se pasaban el día esnifando porquerías, tirados en la calle, donde malvivían por no poder siquiera permitirse un colchón cutre en un piso patera—. ¿Cómo es que has cambiado de sitio?

—Nada, chico, que tenías razón. No era buena idea quedarme al lado de los yonquis. Me espantaban la clientela y, encima, con el follón que arman, es imposible escuchar a gusto las novelas. Así que he pedido permiso a la ONCE para moverme un poco a lo largo de la calle San Francisco y, como me han dado el visto bueno, pues aquí me tienes ahora.

—Me habías dicho que tus sentidos están muy desarrollados.

—Y es verdad.

—Pues ahora no te han funcionado muy bien. ¿Tu nariz no huele nada raro?

—Precisamente es el olfato lo que mejor me funciona. ¿Cómo crees que he sabido que te acercabas?

Muchos blancos dicen que los negros olemos diferente, pero como San Francisco está petado de africanos, me pregunté si no me estaría tomando el pelo.

—Y esa nariz prodigiosa que tienes, aparte de a las personas, ¿no huele nada más? —le pregunté.

—¿Qué, por ejemplo?

—Pegamento, disolvente...

—¡Ah, pues sí!, ¡es verdad! Ya me había dado cuenta, me pregunto de dónde sale ese olor. ¿Hay algún taller por aquí cerca?

—Qué va, no es eso. Estás en los veinte metros cuadrados más chungos de todo el barrio. Aquí siempre hay un grupo de magrebís esnifando a todas horas. —Traté de hablar entre dientes para que no pudieran oírme los personajes que teníamos justo al lado, aunque, la verdad, no parecían muy interesados en nuestra conversación—. Tienen el cerebro como una patata podrida y son capaces de cualquier cosa —expliqué.

—¡Corcho! ¡Ahora lo entiendo! —dijo Sergio con gesto grave, mientras se llevaba la mano a la barbilla—. Entonces, ese idioma incomprensible que oigo alrededor no es euskera sino árabe.

Aquel chico no dejaba de sorprenderme con sus comentarios.

—Mira, acércate, voy a contarte un secreto —añadió—. ¿Te has fijado bien en mi bastón? —cogió la vara que tenía apoyada contra la pared y, apretando un botón de la empuñadura, hizo que se recogiera en un segundo—. Este bastón telescópico parece inofensivo, pero en el fondo es un arma letal, puede convertirse en un puñal o en una espada, lo que requiera la ocasión —me hizo tocar la punta de metal, muy afilada—. No estoy tan desprotegido, ¿no crees?

—Pues no —respondí—, no lo creo. Los maleantes de San Francisco se van a partir el culo cuando vean tu juguetero. Eso no vale para nada, vas listo como a alguno se le crucen los cables.

—Entonces, ¿qué me aconsejas? ¿Que me vaya de aquí? —en realidad no parecía muy preocupado.

—Pues sí, cuanto antes. Si quieres, vente conmigo a comer, yo invito.

—¿Dónde?

—En el *Berebar*. Llevo una buena ración de pulpo a la gallega. ¿Quieres probarlo?

Abrí la tartera y le puse un trozo de tentáculo carnoso en la boca. Su reacción fue casi instantánea:

—¡Acojonante! ¿Lo has preparado tú?

—No, me lo han regalado.

—Una mujer, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—¿A que te lo ha dado a cambio de un buen revolcón? Fijo que sí —señaló su nariz—. Deberías borrar las huellas del delito con una ducha.

Retrocedí un paso.

—Me lo han dado en un bar —le aclaré, sin ganas de alargarme con más explicaciones—. Estoy trabajando para los dueños, tengo que encontrar algo que les han robado.

—¡Anda! ¿Además de gigoló, también eres detective privado?

—Sí, algo así.

—Vaya un tipo interesante. ¡Menudo elemento! —Curiosamente era lo mismo que yo estaba

pensando sobre él—. Y aún así, ¿no te gustan las novelas negras?

—Ni negras ni de ningún otro color.

—Pues peor para ti.

—No, peor para ti como te quedes más tiempo cerca de esta gente —le dije muy serio—. Y encima, si no vienes conmigo, te vas a quedar sin pulpo. ¿Qué me dices?

—Joder, menuda tentación, pero...

—¿Pero qué?

—Algo me dice que debo dar otra oportunidad a este lugar. Apostaría que, si en los próximos minutos no me coloco yo también con el olor a pegamento, todavía puedo vender algún cupón.

Aquel chaval no tenía remedio.

—Pues nada, tú verás —suspiré—. Sospecho que tu intuición es parecida a la mía, pero haz lo que quieras. Si te arrepientes, tienes el *Berebar* a unos cien metros de aquí, no tienes más que seguir por esta misma acera hacia tu izquierda. Pasaré unas horas allí, con unos amigos y, si te animas, ya sabes, serás bienvenido. Eso sí, como tardes un poco, seguro que no encuentras ni rastro del pulpo.

—¡Bah!, podré superarlo, no soy de mucho apetito. Ve tranquilo a dar de comer a esos pobres africanos.

Antes de irme, volví a mirar hacia los jóvenes que había junto a nosotros, pasándose unos a otros un trapo pringoso empapado en disolvente. Aquellos colgados ya no veían ni oían nada. ¡Menudos vecinos se había buscado el colega de Cuenca! Me daba cosilla dejarlo allí solo, pero el tío estaba avisado de sobra, así que me despedí de él, diciendo para mis adentros: “Ahí se las apañe”. Y allí se quedó, rodeado de tiburones mientras continuaba escuchando sus novelas tan feliz.

Seguí calle arriba, y al pasar frente al locutorio donde trabajaba Osmán, mi compañero de piso, oí su voz.

—¡Espera, Touré! —salió a mi encuentro.

—¿Qué tal, Osmán? —estreché su mano después de cruzar la calle para reunirme con él.

—Bien, aunque bastante aburrido. Ya sabes, ahora todo el mundo tiene móvil y casi nadie viene a los locutorios.

—Al menos a llamar por teléfono, ¿verdad?

—Pues sí, ahí te he visto —me hizo un gesto de complicidad.

—Oye, ya que estamos... Ha desaparecido un cartel luminoso del *Florines*. ¿No sabrás algo de eso?

—No. Por aquí no ha venido nadie con un cartel, pero preguntaré por si alguien puede decirme algo. ¿Te han contratado para que lo encuentres?

—Sí, más o menos.

—¡Enhorabuena, detective!

—No me felicites tan rápido, ya veremos lo que cobro por este trabajo, apostaría que vuelvo a hacer el gilipollas y no saco ni un euro.

—No te rindas, cualquier día volverá a salirte algún caso importante, como en los viejos tiempos.

—Tú lo has dicho, “en los viejos tiempos”. El presente es otra historia.

—¿Y no has preguntado a los gitanos por ese cartel? Una vez intentaron manganar un asiento frente al *Urkiola*, y también una de esas barricadas que hay a la puerta del *Arias*, con lo que pesan. Son capaces de llevarse lo que sea de la calle, como no esté bien sujeto con cadenas.

—Pues sí, ya me he dado una vuelta por la plaza. De hecho es el primer sitio adonde he ido a

preguntar, aunque todavía tengo que volver.

En ese momento vimos acercarse una pareja de munipas con un perro, cerramos la boca y pegamos la espalda contra la pared, dejándoles paso. El bicho acercó su hocico a mis pantalones husmeando entre mis piernas, y el poli con el que iba fijó muy serio su mirada en mi jeta, pero no se detuvieron. Esperamos a que se alejaran para continuar hablando.

—¿Has estado con *Sa Kené*? —me preguntó Osmán, con gesto serio.

—Hoy no. ¿Pues?

—Quiere que nos reunamos.

—¿Los cuatro?

—Sí.

—¿Te ha dicho para qué?

—No, aunque es fácil imaginárselo —dirigió la mirada hacia una cámara fija que había cerca.

—Bien. ¿Xihab está enterado?

—Pensaba llamarle, pero si tú le vas a ver pronto...

—Sí, precisamente iba al *Berebar*, ya se lo comento.

—De acuerdo.

El maliense se quedó mirando el táper que llevaba entre las manos.

—¿Qué llevas ahí? ¿El almuerzo?

—Más o menos. He pensado compartirlo con Xihab. ¿Te animas?

—No, gracias. Ya he comido un poco de arroz con mi primo.

Antes de continuar calle arriba, miré una vez más hacia el cruce con Dos de Mayo, detalle que Osmán no pasó por alto.

—¿Conoces al ciego nuevo? —me preguntó.

—Solo desde ayer, pero casi puede decirse que ya somos amigos.

—Pues ha elegido el peor sitio para ponerse a vender cupones.

—Ya se lo he dicho, pero es un cabezota —me encogí de hombros—, no hay manera de convencerlo para que se vaya de ahí. Y el caso es que el chaval me ha caído bien. Aunque no sea nuestro problema, ¿te importaría echarle un vistazo de vez en cuando? No me gustaría que le dieran un susto.

—No te preocupes, ya sabes que me paso el día aquí, sin mucho quehacer. Si le veo en apuros iré a rescatarlo —sonrió.

—Estupendo, entonces me voy —me despedí, dando una afectuosa palmada en el hombro de mi buen amigo—. ¿A qué hora quedamos luego?

—Cuando Xihab salga del curro.

—¿Y dónde vamos a reunirnos? ¿En el *Berebar*?

—No, Cristina quiere que vayamos a su casa, en Miribilla. Esta noche habrá poca clientela en el *Berebar* y, si hacemos la reunión ahí, vamos a dar el cante. Quién sabe, puede que algún figón sospechara algo raro —volvió a dirigir la vista hacia la cámara fija de la pared.

—Bien, pues ya quedo con Xihab y os aviso. Hasta luego.

4

La primera persona que vi al entrar en el *Berebar* fue Isidro Zelaia y, como no podía ser de otra manera, estaba apoyado en la barra con un vaso de vino tinto en la mano. A Isidro no le gustaban los otros restaurantes magrebís de San Francisco porque en ellos no se servía alcohol —el *Berebar* era la excepción—. Tampoco le gustaban los garitos latinos, pues, aunque en ellos sí se podía beber, eran demasiado ruidosos y se llenaban de borrachos folloneros. Por lo tanto, su ruta de poteo quedaba bastante limitada: los clásicos *Arias*, *Urkiola*, *Florines*, *Chicote*... y el *Berebar*. Después del trabajo, debía de tener una jornada reducida en el instituto donde era profesor, se dedicaba a dar vueltas de bar en bar y, a menudo, unía el poteo del mediodía con el de la tarde, y el de la tarde con el de la noche, olvidándose por completo de comer o cenar.

Como de costumbre, me dio la bienvenida en cuanto me vio.

—¡Aupa, Touré! ¿Te hace un vino?

—No, gracias... —dudé un momento—. ¡O mejor sí! Mira, hoy voy a dejar que me invites, pero tú también tienes que aceptar un par de pinchos —le enseñé el táper.

—Estupendo. ¿Qué bebes?, ¿tinto?

—Vale.

—¡Xihab! —el camarero estaba en el otro extremo de la barra charlando con unos norteafricanos—. Saca un par de vinos, por favor.

—Y ya de paso, ven a probar el pulpo tú también —añadí.

Puse la tartera sobre la barra, y Xihab, además de la bebida, trajo unos trozos de pan y tres tenedores. Empezamos a comer.

—¡Exquisito! ¡Está de miedo! —comentó Isidro, saboreando el primer trozo—. Es del *Florines*, ¿verdad?

—Sí. Luis dice que es el mejor de Euskadi.

—Y tiene razón.

—Pues disfrútalo, aprovecha —dijo Xihab, mirándome fijamente—, porque luego tengo que contarte algo.

—¿Algo malo?

—Tú come.

Hice caso al bereber y seguí tragando trozos de pulpo, llevando la delantera a mis dos acompañantes. El bar estaba bastante animado. En un rincón, un grupo de magrebís echaba la partida; en la otra punta, como cada tarde, dormía el viejo Julián, con el periódico abierto encima de la mesa, la barbilla apoyada en el pecho y los brazos cruzados sobre la tripa. El abuelo soñaba con los angelitos a pesar de las voces que pegaban de vez en cuando los de las cartas, a pesar de nuestra conversación y a pesar de la cháchara que se traía una cuadrilla tomando el té a un par de metros. Tampoco parecía molestarle la música que salía de los altavoces, un estribillo machacón en el que se repetía una y otra vez la misma melodía monótona con diferentes letras. Pregunté a Xihab qué era lo

que estaba sonando.

—Khalid Izri. Música bereber, ¿no te gusta?

—Vaya, no te fíes de mi oído, pero ralla un poco, ¿no? Me extraña que Julián pueda seguir durmiendo tan pancho con este soniquete de fondo.

Xihab se tomó con humor mis palabras y fue directo a cambiar el CD. Sin embargo, la alternativa no resultó ser mucho mejor, al menos para mí.

—¡Corcho!, ¡Bouhia! —exclamó Isidro.

—¿Los conoces? —preguntó con extrañeza el camarero.

—¡Claro! ¡No los voy a conocer, si ese grupo nació en este mismo bar! Está formado por vascos y bereberes, y surgió a principios de siglo, cuando el músico Mustapha Agharban se vino a vivir a Bilbao. Tú, Touré, todavía estabas en Burkina Faso, y tú, Xihab... vete a saber dónde, por entonces serías un mocoso.

—Bouhia era el nombre de una princesa —explicó Xihab.

—De una princesa no, de una reina —corrigió Isidro—. ¿Ni siquiera conoces la historia de tu pueblo?

Cuando un sabio habla, los ignorantes deben callar, y eso fue exactamente lo que hicimos mi colega y yo mientras el profesor se explayaba. Menuda chapa nos metió con la leyenda de esa tal Bouhia, la historia de los bereberes y la supuesta relación de su lengua con el euskara.

Isidro, al igual que la mayoría de veteranos de San Francisco, era muy dado a contar batallitas, sobre todo después de haberse tomado unos chiquitos. A mí me vino de primera su verborrea porque, mientras él soltaba el rollo y el camarero escuchaba por educación, yo tenía vía libre para dedicarme en cuerpo y alma al pulpo y a las patatas que lo acompañaban.

Cuando terminó la ponencia, yo me encontraba arrebañando el táper con un trozo de pan. Entonces Xihab asintió como si estuviera de acuerdo con todo lo que acababa de oír y empezó a recoger los cubiertos antes de traer un surtido de pastas dignas de la variada oferta de dulces que solían tener en el *Berebar*.

—El postre va de mi cuenta —dijo—. ¿Os apetece un té?

—A mí sí —respondí al instante.

—Si no te importa, yo prefiero otro vino —dijo el poteador profesional.

Me puse fino de pastas, riquísimas, igual que el té, que aquella tarde fresca y húmeda me entró como nunca. Aún así, no podía olvidar el escamoso aviso que Xihab me había dado al principio del tentempié. Me temía que algo no iba del todo bien y empezaba a sentirme inquieto. No tuve que esperar mucho más para saber de qué se trataba. Después de retirar los platos del postre y los vasos vacíos, mi colega salió de la barra, fue hasta Julián, que seguía durmiendo como un tronco, le cogió el periódico y empezó a pasar páginas. Cuando dio con lo que buscaba, se acercó a mí y me lo puso en las narices. Lo que leí entonces amargó el agradable regustillo que me había dejado el té con pastas. La noticia en cuestión hablaba de un hombre que había aparecido inconsciente la noche anterior, cerca de Barakaldo, tirado en unas zarzas entre las vías del tren y el río Cadagua. Decían que se trataba de un magrebí, que tenía el cráneo roto y estaba en coma, que a pesar de la gravedad de sus lesiones aún seguía vivo y que lo habían llevado al Hospital de Cruces.

Aguantamos en silencio un buen rato, hasta que Isidro nos dio la oportunidad que estábamos esperando.

—Voy al servicio —dijo—, a vaciar la vejiga.

En cuanto nos quedamos a solas, quise confirmar nuestra sospecha:

—Es el cojo, ¿verdad?

—Seguro que sí. Nuestro tren iba en esa dirección, la hora coincide y la descripción del tío también. Probablemente perdió el conocimiento y se cayó en alguna curva, o en algún cambio de velocidad, quién sabe.

Nos quedamos callados, pensando en las posibles consecuencias que nos acarrearía aquello.

—¿Has hablado con la *Rata*? —pregunté.

—Aún no, primero quería comentarlo contigo.

—Vale, pero tendremos que decírselo, ¿no? Si quieres ya le llamo yo.

Xihab asintió, y yo salí del bar echando mano al teléfono.

—Vaya, vaya, ¡si es mi entrañable amiguito! —respondieron al otro lado.

Según tuviera el día, la *Rata* podía estar más o menos borde cuando atendía a mis llamadas, y era capaz de abarcar todas las escalas de desprecio, llegando a su máxima expresión cuando empleaba aquel tono burlón.

—El tipo del que habla el periódico es el cojo, ¿verdad? —fui al grano.

—¡Anda!, ¡qué chico más listo!

Esperé en silencio.

—Sois unos putos inútiles —añadió, dejándose de ironías.

Desde luego no éramos unos asesinos profesionales, y difícilmente podríamos cumplir con los encargos que la *Rata* planeaba para nosotros. Aquel malnacido ya no se conformaba con que le pasáramos cierta información, cada vez era más exigente.

—¿Qué tal si quedamos para comentar este asunto? —propuse.

—¿Te ayuda a pensar mejor rascar esa calabaza hueca que tienes por cabeza, Touré? —miré hacia la cámara que controlaba la entrada del *Berebar*—. ¿Eres consciente de la cara de gilipollas que se te ha quedado?

—Déjate de chorradas —me atreví—. ¿Nos reunimos o no?

Xihab y yo caminábamos al borde de la ría. La lluvia no daba tregua; parecía una fina cortina de niebla, pero poco a poco nos iba calando el cuerpo hasta hacernos sentir escalofríos. Así, llegamos al final del solitario muelle de la Naja. Una farola vieja iluminaba débilmente la oscura superficie del agua, y las ramas de los árboles nos mantenían fuera del alcance de las cámaras. Al poco de llegar nosotros, apareció la *Rata* entre las sombras, sujetando un paraguas y con un cigarrillo entre los labios.

—¿Has traído la botella? —fue lo primero que dijo, dirigiéndose a mi compañero.

Xihab le alargó una botella de *whisky* y el poli se la guardó en el bolsillo interior de la chamarra. Luego se acercó hasta la barandilla, oxidada por años de humedad, apoyó los codos, y continuó fumando tranquilamente mirando al frente, hacia las Siete Calles. Cuando le pareció que ya nos habíamos mojado bastante, lanzó la colilla a un grupo de corcones que nadaban entre la mierda que escupía el desagüe de una alcantarilla, y empezó a hablar sin molestarse en girar su cuerpo hacia nosotros.

—El cojo está en coma, pero ya os imaginaréis lo que va a contar en cuanto se despierte, ¿verdad?

—¿Sigue en el Hospital de Cruces? —preguntó Xihab.

—Sí.

—¿Es fácil entrar en su habitación?

—¿Fácil? —nos miró con desdén—. Para dos africanos muertos de hambre como vosotros está chupado, seguro que los guardias de seguridad os acompañan hasta su cama —hizo una pausa para encenderse otro cigarrillo—. ¿Qué diríais en la entrada? ¿Que sois sus primos? Y una vez dentro, ¿sabríais qué hacer?

Me vino a la mente la imagen de una habitación de hospital y unas manos presionando una almohada sobre la cara del cojo. ¿Sería capaz de hacer algo así? No tuve tiempo de responderme.

—Yo mismo me encargaré de terminar con esto —dijo la *Rata*—, pero tened en cuenta que, después de esta cagada, vuestra deuda conmigo va a ser aún mayor.

—¿Cuánta gente tendremos que cargarnos para que nos dejes en paz de una vez? —le solté.

—Tanta como yo diga. Os la tendréis que cargar, joderla, darle por el culo... Haréis lo que se me ponga en los huevos sin rechistar. De lo contrario, ya sabéis lo que os espera —añadió, señalando hacia las aguas—. Puedo ordenar que examinen el fondo de la ría en cualquier momento.

Allí estaban, en efecto, los restos de los dos mafiosos nigerianos, y el muy cerdo hijo de puta lo sabía porque nos había pillado en plena faena, echando las bolsas al agua. Estaba claro: o nos convertíamos en sus chivatos o nos enviaba a la trena. No teníamos alternativa, y lamentablemente Osmán y Cristina tampoco, pues habían sido nuestros cómplices.

Los cigarrillos se consumían rápidamente en sus labios. Después de arrojar la segunda colilla al agua, la *Rata* se giró hacia nosotros para hablarnos con su sonrisa de hiena.

—La habéis cagado, sí, pero voy a daros una oportunidad para compensarlo. Tengo otro par de trabajitos para vosotros —me miró fijamente—. El primero es muy fácil, una tontería de nada para el gran detective Touré. Solo hay que coger al cabrón que anda por ahí pintando de negro mis cámaras. Hace dos noches, alguien inutilizó un objetivo junto a la plaza de los gitanos, y anoche otro, el de la cámara de la calle Mena, justo mientras disfrutaba de vuestra actuación en directo. Solo pude ver la mitad de la función, así que tuve que imaginarme el resto. En lugar de tirar al cojo de cabeza bajo las ruedas del tren, lo enviasteis de excursión, ¿verdad? ¡Hay que ser imbéciles!

—¡Dijiste que no había cámaras en Mena! —saltó Xihab.

—No te fíes nunca de lo que te diga un poli.

¡Vaya par de estúpidos habíamos sido al creerle! Era lo que nos faltaba, dar al maldito chantajista la oportunidad de jugárnosla grabando el asesinato, como si no nos tuviera ya bien agarrados por las pelotas con el tema de los nigerianos.

—Nosotros no tenemos nada que ver con el asunto de las cámaras —le dije, por si acaso.

—Ya, si yo os creo —sus palabras no iban a la par de su tono desconfiado—. Por eso quiero que averigüéis quién ha sido.

—Cuando pintaron la cámara de la calle Mena, ¿robaron algo en los alrededores? —pregunté.

—¿Cómo lo sabes? —clavó en mí sus ojos de alimaña—. Un encapuchado intentó llevarse el dinero de la pequeña gasolinera que hay al otro lado de la trinchera.

—¿“Intentó”?

—Así es. Según la víctima, el atracador no parecía un delincuente profesional. Iba armado con una navaja y le temblaban las manos, pero lo mejor es que, cuando le dijo el gasolinero que no podía abrir la caja fuerte, al tío terminó de darle el canguelo y se fue corriendo.

—¿Sin llevarse nada?

La *Rata* se lo pensó un momento:

—Se llevó una bolsa de ambientadores para el coche, de esos con forma de pino.

La gravedad con la que dio una respuesta tan absurda me dejó descolocado, no sabía si era una de sus estúpidas tomaduras de pelo, si estaba probando cuál era nuestra reacción, o si me estaba perdiendo algún detalle. Xihab me tomó la delantera.

—Nosotros no hemos sido.

El cabrón continuaba muy serio.

—Preguntaré por ahí —dije—, y si me entero de algo ya te contaré.

—Eso espero —dirigió de nuevo su mirada hacia la superficie del agua, y así estuvo hasta que Xihab preguntó lo que nos rondaba a los dos por la cabeza:

—Has dicho que tenías un par de trabajos para nosotros. ¿Cuál es el segundo?

La *Rata* encendió su enésimo cigarrillo sin darse ninguna prisa. Después sacó una foto del bolsillo.

6

—Bienvenidos.

Sa Kené nos recibió con una sonrisa, y nos invitó a seguirla hasta el salón de su casa, donde ya nos esperaba Osmán. Una vez sentados todos alrededor de una mesa baja de madera, me fijé en Xihab. Era la primera vez que el bereber entraba allí. Se arrellanó en el sofá, palmeando su mullido asiento, mientras observaba a su alrededor: la gran pantalla de plasma, el moderno equipo de música... Seguro que estaba comparando el acogedor piso de nuestra amiga con los agujeros donde nosotros íbamos a dormir cada noche. Aun estando Miribilla a un paso de San Francisco, había un abismo de un lugar a otro. Nosotros sobrevivíamos en la zona más miserable de Bilbao, mientras que el barrio de Cristina era todo lo contrario: completamente nuevo, muy agradable, y lleno de gente joven con pasta.

Muchos me preguntaban que por qué no aprovechaba para irme a vivir con mi amante. En nuestro entorno era habitual ver parejas mixtas que, en muchos casos, no eran más que una especie de sociedad para el beneficio mutuo: juventud y carnes prietas a cambio de seguridad y vivienda digna. Tampoco era mal plan; de hecho a unos cuantos que yo conocía les iba muy bien, al menos mientras les duraban las ganas de hacer el paripé simulando ser una pareja enamorada y feliz. De cualquier forma, mi relación con *Sa Kené* era diferente, ella era un pedazo de mujer, demasiado buena para mí, y yo la respetaba profundamente. Siempre pensé que era mejor dejar las cosas como estaban, acudiendo a su nido sólo cuando a ella le apeteciera.

Los amigos que me acompañaban en aquella reunión siempre habían sido gente de carácter alegre: Osmán tenía un fino sentido del humor, Cristina siempre veía el lado positivo de las cosas, y qué decir del bromista de Xihab. Sin embargo, por entonces el ánimo parecía ir a la par que el tiempo, frío, húmedo y oscuro. Y lo peor era saber que, aunque el clima pudiera cambiar en cualquier momento, el sol nunca iba a salir para nosotros; nuestra situación, en todo caso, solo podía empeorar. No sabíamos en qué quedaría aquello, pero el sentir de todos era que estábamos jodidos.

Cristina rompió el silencio para soltar en voz alta lo que ya bullía silenciosamente en nuestras cabezas:

—Esto no puede continuar así, tenemos que hacer algo para librarnos del yugo de la *Rata*.

Nos miramos los unos a los otros sin decir nada; evidentemente allí todo el mundo estaba de acuerdo. Xihab no solo se veía obligado a regalar *whisky* a aquel poli apestoso, encima, debía mantenerle al tanto de todo lo que se cocía en la mezquita y en el *Berebar*. Osmán, por su parte, tenía que dar cuenta de los trapicheos que se hacían en los locutorios. Y a mí me tocaba fisgonear en la plaza de los gitanos y en la sala de internet de la biblioteca, además de controlar a los camellos de la plaza Doctor Fleming, lugar de reunión de los subsaharianos. De cualquier forma, aunque todos estábamos puteados, Cristina era quien se llevaba la peor parte: aquel cabrón la había convertido en su juguete, disponiendo de ella a su capricho. Me daban náuseas al imaginar las manos del muy cerdo magreando la blanca y suave piel de mi querida *Sa Kené*.

Hasta el momento, habíamos cumplido más o menos con las exigencias de la *Rata* entregándole alguna que otra cabeza, en sentido figurado al principio, literalmente después. Ahí fue donde empeoró todo, cuando empezó a darnos órdenes de ejecución.

—Yo tengo algo con que joderle —soltó de pronto Xihab, poniendo su teléfono móvil sobre la mesa.

Pulsó unas teclas y, haciéndome un guiño, puso en marcha la grabación de la charla que acabábamos de tener en el muelle. No había que ser muy avisgado para deducir que la *Rata* planeaba unos asesinatos que luego pretendía hacernos cometer.

—Este material podría servirnos... o no —intervino Osmán—. Primero habría que probar que esa voz es la suya. De conseguirlo, con un poco de suerte, lo expulsarían de la policía, pero aparte de eso, no sé... Tal vez lograríamos que pasara una temporada en la cárcel —se quedó un instante pensativo—. Pero cuidado, que si algo canta en la grabación es que vosotros estáis de mierda hasta el cuello, tanto por intentar cargaros a ese presunto yihadista como por la mención al fondo de la ría, precisamente el marrón por el que nos tiene en sus manos. No sé a quién pretendes entregar este material, Xihab, pero yo me lo pensaría dos veces.

—Aunque al final no le vayamos a pasar a nadie la grabación —opiné—, podríamos usarla para amenazar a la *Rata*.

—No sé... —Osmán agitaba la cabeza de un lado a otro—. Ese tipo no es tan imbécil, no se lo iba a tragar, sabe que tenemos poco que ganar y mucho que perder.

—A mí también se me ha ocurrido poner una cámara oculta para grabarle cuando viene a la farmacia —dijo *Sa Kené*, observándome mientras recogía su melena roja en una coleta—. Pero Osmán tiene razón. En mi caso, le pondríamos en un aprieto si enviáramos esas imágenes a su familia, por ejemplo. Puede que su mujer, suponiendo que la tenga, lo echara de casa... Pero aparte de eso, ¿qué lograríamos? Nos devolvería el golpe multiplicado por mil.

Después de comentar su punto de vista, la pelirroja se levantó del asiento y fue hacia la cocina. En un par de minutos estaba de vuelta con una bandeja plateada en la que traía cuatro vasitos y una tetera de estilo árabe.

—No me sale como a ti, Xihab, pero he intentado hacer un buen té de menta.

Mientras nuestra anfitriona nos servía, continué buscando una solución:

—¿Y si pudiéramos sacar los fiambres de la ría y hacerlos desaparecer en otra parte?

Osmán me observó con impotencia:

—¿Nosotros? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿De qué medios disponemos para ello?

—¡Uff!, eso sería casi imposible, Touré —le apoyó Cristina—, los cuerpos ya estarán cubiertos de lodo, necesitaríamos colaboración para sacarlos y sería muy difícil hacerlo sin ser vistos —no fue necesario que continuara, con un simple gesto le indiqué que me daba por enterado.

—Entonces, tal y como están las cosas —dijo nuestro colega bereber—, eso de “librarnos del yugo de la *Rata*” solo puede entenderse de una manera: olvidándonos del yugo y librándonos de la *Rata*.

La sentencia cayó como una losa. Durante unos instantes, tan solo se escucharon los sonidos de los vasos y las cucharillas del té.

—Has dicho bien, Xihab —fue *Sa Kené* quien rompió el silencio—. Es la única salida, y por eso quería que nos reuniéramos, para saber si en esto vamos todos a una —aspiró el aroma a menta de su vaso, sopló para enfriar un poco el té y empezó a beberlo a pequeños sorbos.

Los demás imitamos a la pelirroja mientras meditábamos sus palabras, calibrando cuál sería el precio de nuestra libertad.

—¿Tienes algún plan? —le preguntó Osmán.

—Aún no. Primero hay de saber si los cuatro estamos dispuestos a llegar hasta el final. ¿Lo estamos?

Fue suficiente un intercambio de miradas para saber que allí nadie tenía nada que objetar.

—Muy bien —dijo ella—. Podemos tomarnos un par de días para reflexionar, cada uno por su lado. Luego volvemos a reunirnos y concretamos todo. ¿De acuerdo?

Llenamos los vasos por segunda vez, y apostaría que este té nos pareció a todos más dulce que el primero. Nos olvidamos de la *Rata* y pasamos el resto del tiempo charlando sobre otros temas, en un ambiente distendido, con otro ánimo, como si nos hubiéramos quitado un peso de encima. Era un alivio saber que aún quedaba una salida, aunque no fuera fácil llegar a ella.

Al final de la reunión, antes de despedirnos, aproveché para hacer una pregunta:

—Oye, Osmán, ¿no sabrás tú algo sobre esos ambientadores que se mencionan en la grabación de Xihab?

—¿Los que se llevaron de la gasolinera?

—Sí, puede que anden por ahí dando vueltas.

—Pues no, no he oído nada, pero te avisaré si me entero de algo.

—Muy bien, gracias.

Nos levantamos y *Sa Kené* nos acompañó por el pasillo hasta la puerta. Primero salió Xihab, le siguió Osmán, y cuando me disponía a ir tras ellos, sentí que alguien me sujetaba de una muñeca. La pelirroja dijo “agur” a nuestros colegas y cerró suavemente la puerta reteniéndome junto a ella.

Otra vez metiendo horas extras, tu atención está prendida de los monitores que muestran la calle de las Cortes. Aparentemente no se mueve nada, pero tú esperas, sabes que pronto empezará el festival, aunque esas fulanas negras que se mueren de frío ahí fuera ni se lo imaginen. Aguantan, cada una apostada en su esquina o portal, con la humedad metida hasta los huesos, aferradas a la vana esperanza de que llegue algún cliente. Por suerte para ellas, ha dejado de llover; pero el efecto reconfortante del café que suelen ofrecerles en *Askabide* ya es solo un recuerdo, y lo más doloroso es que todavía llevan en el fondo del bolso los condones que también les han dado en esa jodida asociación. De seguir así, amanecerán sin haber ganado un solo céntimo, y volverán a casa llorándole a la *mummy*, la mujer que se encarga de controlarlas. Se quejarán de que su deuda es demasiado grande, de que a esta marcha nunca podrán pagarla... Y su *mummy* les responderá lo de siempre: que sigan trabajando duro, que ella también fue puta de joven y que sí, que consiguió liquidar toda su deuda, y que ahora se dedica a proteger a las más jóvenes. Las animará asegurando que algún día ellas también dejarán de prostituirse, se casarán y formarán una familia, y también podrán convertirse en *mummy* para ayudar a traer más chicas de Nigeria y así ganar muchos miles de euros...

Bonito modo de vida el de esas chicas, prometedor futuro. A veces casi sientes lástima por ellas. Casi.

Te olvidas de las fulanas de las Cortes y centras tu atención en el monitor del puente de Cantalojas. Los vehículos llegarán en seguida; pero, de momento, lo único que aparece por allí es un carrito de supermercado. No se trata de ningún indigente mugriento, uno de esos que deambulan por ahí llevando consigo un montón de basura como si fuera su tesoro más preciado; se trata de una mujer madura, de larga melena rubia, bien vestida, de aspecto arreglado y respetable. Ya la conoces, solo es un alma caritativa que a menudo aparece como un espectro, siempre de noche, recorriendo los rincones más sórdidos de Bilbao, los cajeros, los bajos de los puentes, los pabellones abandonados..., todos esos lugares susceptibles de convertirse en improvisado dormitorio de algún sin techo. Durante sus paseos nocturnos, la mujer empuja un carro lleno de bolsas de comida para distribuir entre los necesitados. Te quedas un rato observando ese extraño espécimen, intentas imaginarte qué la impulsa a hacer lo que hace. Piensas que, seguramente, la señora dormirá a pierna suelta luego, después de rezar sus oraciones y haber hecho la buena obra del día. Ves absurdo que alguien alimente a la plaga solo por ganarse una indulgencia, como si el Cielo existiera. Hoy le ha tocado a este barrio. El espíritu bondadoso entra en la plaza del Doctor Fleming y se pone a hablar con alguno de los africanos que suelen frecuentar el lugar, antes de empezar a repartir bolsas provocando una pequeña aglomeración a su alrededor. Pronto se hace evidente su error de cálculo, no esperaba que en San Francisco hubiera tal cantidad de gente dispuesta a recibir sus regalos solidarios. Ese carro no irá más lejos hoy, se ha quedado vacío en la primera etapa, solo con el hambre de los negros de la plaza. Probablemente la mujer vuelva otra noche para terminar lo que hoy no ha podido ser, pero eso a ti te la suda.

Lo único que te importa ahora es lo que está a punto de suceder, y por fin llega el momento: aparece una furgoneta cruzando el puente en dirección a la calle de las Cortes, y solo es cuestión de segundos que le siga otro vehículo similar. Podría pensarse que son gitanos camino de la chatarrería donde descargan el material que han ido robando por ahí; pero a estas horas la chatarrería está cerrada. De hecho, la pasan de largo y se detienen a media altura de la calle.

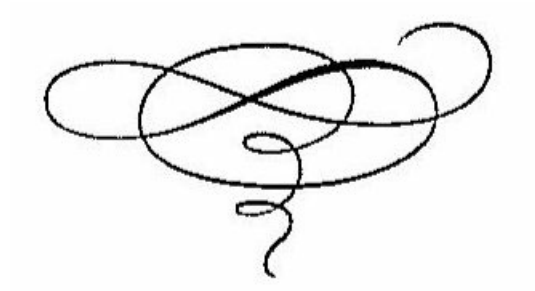
Todo permanece en calma, dentro de una relativa normalidad, hasta que, de repente, se abren las puertas traseras y un montón de hombres armados saltan en estampida al exterior. No llevan uniforme, aunque van cubiertos con pasamontañas. Solamente hay dos con el rostro descubierto: Etxebe y ese al que en la calle apodan el *Calvo*. Los dos son colegas tuyos, pero ahí queda todo. No son tus amigos, ni mucho menos; ellos tienen sus intereses, tú los tuyos. Vuestro respeto mutuo se basa en ir cada uno a sus asuntos, sin intromisiones. Así, todos tan contentos. Si acaso, de modo excepcional, podéis compartir información en alguna ocasión, cuando os conviene a ambas partes, como en el operativo de hoy. Y punto.

Las putas salen espantadas. No tienen papeles y, si las pillan en una redada, pueden ser detenidas y deportadas. Ellas lo saben, como también saben que si aquí están jodidas, aún sería mucho peor volver a África. Por eso tienen miedo, por eso gritan y corren desesperadas. Pero hoy están de suerte, porque no van a por ellas. Un grupo de policías pasa ignorándolas por completo, algunos se precipitan al interior de un portal, mientras otros se quedan fuera vigilando, mirando hacia arriba, con las armas en alto, apuntando hacia ciertas ventanas de la fachada. Con el jaleo que se ha formado, unos cuantos vecinos curiosos se asoman a la calle, hasta que los policías les increpan de malas maneras para que se metan en casa.

En pocos minutos, los encapuchados que han entrado al portal salen llevando a dos moros arrastras. Los detenidos son empujados cada uno dentro de una furgoneta, con la cabeza gacha, sin ofrecer demasiada resistencia. Después son los policías quienes suben a la parte trasera de los vehículos, que al final desaparecen calle abajo a gran velocidad. Todo ha terminado, ya no se ve un alma por los alrededores, la operación ha sido un éxito.

Das un trago a la botella de *whisky* para celebrar que todo ha salido según lo planeado. Dos yihadistas más van camino de la cárcel, y su líder, el más peligroso, camino de la morgue desde el hospital de Cruces. Hoy las calles de Bilbao están un poco más limpias.

III EL PLAN



1

Un par de días después de la reunión de Miribilla, la lluvia por fin nos dio un respiro. Sin embargo, el sol no terminaba de aparecer y todavía se respiraba humedad, de modo que se estaba mucho mejor al calorcito de la biblioteca de San Francisco que en la calle o dentro de las casas sin calefacción, y a eso precisamente se debía que nos juntáramos allí tanta gente durante los meses fríos del año: habitantes de pisos patera, sin techo, ancianos pobres...

Los más viejos, blancos autóctonos en su mayoría, solían sentarse en la hemeroteca, al acecho del último diario local, mientras que el resto íbamos directos a la zona multimedia. Aquella mañana, todos los que estaban navegando en internet eran extranjeros; todos salvo Manuel, el yonqui aficionado al flamenco, que en ese momento estaba echando una cabezadita sobre el teclado. Y no era el único; a muy pocos metros había un mendigo durmiendo sobre unas sillas, un tío joven tumbado panza arriba, con la boca entreabierta y un brazo colgando hasta el suelo. Las personas que había sentadas junto a él, esperando su turno para usar un ordenador, ni siquiera le miraban.

Yo llevaba un buen rato hojeando el suplemento de un periódico, como quien no quiere la cosa: buena racha para el Athletic, nuevo proyecto urbanístico para el Bilbao Blanco, interminables negociaciones entre partidos políticos para formar gobierno... Pero lo que más espacio ocupaba en la prensa de los últimos días era el tema de moda: los refugiados sirios. Se decía que llegaban a miles, que estaban invadiendo Europa, y que los pobres europeos ya no sabían qué hacer con tanta gente. En fin, lo de siempre. Durante los meses anteriores habíamos sido nosotros, los africanos, los principales protagonistas de artículos y reportajes, no había telediario en el que no se hablara de una "avalancha" de hombres saltando las vallas de Ceuta y Melilla o de los intentos de llegar a estas ciudades o a las costas españolas a través del mar. Hasta que de repente los buenos cristianos se aburririeron de África y de sus gentes, dejamos de existir de la noche a la mañana, y llegó el turno de los sirios. El suplemento que tenía entre manos les dedicaba un buen espacio, con textos conmovedores y fotografías dramáticas: cuerpos de niños ahogados, madres desconsoladas, familias enteras arrastrándose por el lodo, agarrándose con desesperación a las vallas... Pero daba igual, volvería a suceder lo mismo, todas esas historias se perderían en el olvido, quedarían sepultadas poco a poco por otras noticias, otros "*trending topic*", y un día Siria ya no le importaría a nadie. Tal vez llegara alguno de aquellos refugiados hasta nuestra Pequeña África, pero enseguida desaparecerían de las conciencias europeas, igual que habíamos desaparecido nosotros, y entonces vendrían otros desgraciados a ocupar los medios de comunicación. El mundo estaba lleno de candidatos.

De pronto, unos murmullos me hicieron levantar la vista hacia la zona de ordenadores. Era Manuel, que se acababa de despertar y ya estaba buscando algo en YouTube, seguramente algún artista flamenco, pensé. Y, efectivamente, enseguida empezó a canturrear con voz quebrada y a dar palmas con aquellas manos tan huesudas. Entonaba una canción tras otra: "Sé que me estás engañando...". "Libre, libre quiero ser, quiero ser libre...". Hasta que se aburría de la música, y entonces buscó otro entretenimiento: vídeos de peleas callejeras. El tío flipaba con las imágenes:

“¡Buah, menuda hostia!” “¡joder, en todos los huevos!” “¡eso, eso, corre, que le pillas...!”.

Sentí lástima por aquel pobre hombre de cara chupada, tan flaco, con su gorro hundido hasta las cejas, aquellos pantalones que le quedaban enormes y la chamarra que le sobraba por todas partes. ¿De verdad era un peligroso traficante? Yo solo veía a un pobre desgraciado, nada más. ¿Acaso merecía la muerte? La *Rata* nos había dado un plazo máximo de tres días para acabar con él y el tiempo se estaba agotando.

En aquel momento, sonó un teléfono, el de un negro que respondió a la llamada a voces, al estilo africano. Por allí ya no nos sorprendíamos con nada, así que nadie se inmutó a pesar de que se podía escuchar al tío desde cualquier rincón de la biblioteca. Entonces vino Begoña a pedir a los internautas que se levantaran y dejaran sitio a los del siguiente turno. Cuando se encontró al mendigo durmiendo a pierna suelta, no dijo nada, solamente le dedicó una mirada compasiva y lo dejó en paz. El resto fue lo de costumbre: un gesto amable para saludarme y las regañinas de siempre a los usuarios de los ordenadores. La primera bronca le cayó al negro:

—Aquí no se puede hablar por teléfono, Kassim. Y ya es hora de irse.

—¡Si ya lo digo yo —metió baza Manuel—, que estos africanos no saben lo que son el respeto ni la buena educación! Tienen el cartel ahí mismo, delante de las narices —señaló un rótulo que prohibía el uso del móvil—. ¡Y ellos, ni puto caso!

—Es verdad, Manuel, pero tú tampoco eres muy formal. Y ahora ya te puedes ir levantando, que llevas dos horas ahí y hay que dejar sitio a otras personas.

Mientras tanto, el tal Kassim seguía pegando voces, de modo que la bibliotecaria tuvo que llamarle la atención por segunda vez, y solo entonces movió su culo gordo hacia la salida. El resto de la gente también fue desalojando, siendo Manuel el último en obedecer. Este se levantó de mala gana, cuando ya no tuvo más remedio, y comenzó a maniobrar para echarse encima el mochilón que siempre le acompañaba a todas partes. Aquel voluminoso bulto parecía demasiado para un cuerpo tan frágil. Manuel se tambaleaba tratando de equilibrar la carga en la espalda, pero al final lo consiguió y, arrastrando los pies, arrancó con su equipaje hacia la puerta.

Me apresuré para alcanzarlo justo antes de salir.

—¡Espera, Manuel! —Se giró hacia mí, observándome con ese gesto indefinido que tienen los yonquis más consumidos por la droga—. Tengo una cosa para ti.

Me acerqué y, disimuladamente, puse en su mano la papelina que me había preparado Xihab.

—Toma —le dije, casi susurrando—, un regalo.

Él se quedó a cuadros.

—¿Un regalo...? ¿Y eso?

—Para que pruebes mi jaco. Si te gusta, a partir de ahora me lo puedes comprar a mí. Te saldrá barato, y es bueno, ya verás.

—Gracias, colega.

—De nada, tío; pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

—Vale.

2

Cuando salimos de la biblioteca, Manuel se alejó con paso lento y torpe, tambaleándose como si caminara borracho. Yo me quedé mirándolo desde la puerta, junto a los arcos. Aquello estaba muy concurrido, y es que en las épocas de mal tiempo los soportales se llenaban de gente buscando resguardo. Ya no eran solo los gitanos que habitaban aquellos pisos de protección oficial, también algunos inmigrantes estaban cogiendo por costumbre parar en aquel espacio que no les pertenecía, como podía ser el caso de los dos jóvenes magrebís que tenía a pocos metros. Estaban sentados sobre el pavimento, la espalda apoyada contra la pared, vasos en la mano y botellas en el suelo, ahogando el tiempo en ron con Coca cola mientras escuchaban música árabe a todo trapo, demasiado cerca de un grupo de gitanos que discutían acaloradamente alrededor de las fichas de dominó. Estos últimos miraban de vez en cuando, con recelo, hacia los chavales. De seguir aquello así, cualquier día se iba a montar un buen follón entre las tribus del barrio.

Me olvidé del tema. El caso era que yo tenía dos cosas que hacer y no sabía por cuál empezar: podía acercarme a seguir negociando con los gitanos lo del cartel luminoso o podía ir a la gasolinera del otro lado de la trinchera para empezar a investigar el atraco frustrado. En realidad, ninguna de las dos opciones me apetecía mucho. En mi última charla con los gitanos, estos me habían asegurado que podrían conseguirme un cartel luminoso a cambio de 50 euros, a saber si sería el mismo que había desaparecido del *Florines* u otro diferente. La verdad es que tampoco tenía mucha prisa por aclarar el asunto, pues gracias a aquella investigación estaba dándome unas buenas jamadas a cuenta de Anunci. Los últimos días solía pasarme de visita por la pulpería, siempre a la misma hora, durante la siesta de Luis, y a cambio de un poco de leche condensada conseguía unas buenas raciones de pulpo, cecina, pimientos verdes, croquetas, jamón, chorizo, lacón, oreja... Todo buenísimo y muy apreciado por los colegas del *Berebar* y por mis compañeros de piso, siempre dispuestos a ayudarme a vaciar los táperes, sin preocuparse de si dentro había carne de cerdo, de ternera o de lo que fuese.

Estaba claro que lo del cartel podía esperar, y ya casi tenía decidido tirar para la gasolinera, cuando oí un breve pitido procedente de mi teléfono móvil. Era un mensaje de Osmán: “Vete al chino más antiguo de San Francisco, el que está cerca del locutorio de mi primo”.

Así que cambié de planes y, movido por la curiosidad, me dirigí hacia aquel mini-bazar, aunque en principio la idea me echaba para atrás, más que nada porque ya había tenido algún problemilla con el dueño a raíz de una investigación pasada. Aquel individuo no tenía nada que ver con los dependientes de los otros dos comercios chinos del barrio, mucho más humildes y simpáticos; él era perro viejo, experto en trapicheos, tan listo como avaro y, probablemente, la persona más borde y antipática de toda la Pequeña África, al menos conmigo, que nunca conseguí ver en él un mínimo gesto amable.

Al entrar en su tienda, me recibió con cara de póker, como era de esperar. Yo ni siquiera le di los buenos días, por no ponerle a huevo el gustazo de ignorarme; limité mi saludo a un breve movimiento de cabeza que hice al pasar frente a él antes de adentrarme en uno de los pasillos. Con el

chino pegado a mi espalda como si fuera mi sombra, empecé a curiosear entre el género de las estanterías y enseguida supe a qué se debía el mensaje de Osmán: había una bolsa llena de ambientadores de pino colgando de una de las baldas.

Me acerqué, aspiré el olor y pregunté al dependiente, intentado sonar amigable:

—¿A cuánto los vendes?

—¿Suelos o el paquete entero?

—Toda la bolsa.

—40 euros.

—¿Y suelos?

—A dos euros.

Calculé los ambientadores que había en total.

—¡Pero si hay 20 pinos!

—Yo también sé contar —se cruzó de brazos.

Por si había alguna duda, el chino dejaba claro que el nivel de nuestra mutua estima seguía siendo el mismo.

—¿De dónde los has sacado? —interrogué, olvidando las falsas cortesías.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Y si te dijera que son robados? ¿Qué me responderías?

—A ti nada.

—¿Y a la policía?

—¿Vas a traer a la policía?

—Es posible. Tengo algún amigo dentro.

—¿Tú?

Se me quedó mirando fijamente, sin mover un solo músculo de la cara, con aquella inexpressión tan típica en él, de modo que me resultaba imposible sondear si había conseguido asustarlo un poco o si se estaba descojonando de mí. De cualquier modo, lo único claro era que no iba a sacarle ninguna información acerca de los ambientadores. Necesitaba pensar en una estrategia diferente pero, mientras tanto, por si acaso, se me ocurrió mencionar el otro asunto que llevaba entre manos:

—¿Por casualidad, no venderás algún cartel luminoso?

—Algún cartel... ¿cómo?

—Luminoso.

—¿Qué es eso?

—Un cartel con luz.

—¿Para qué lo quieres?

—¿Y a ti qué te importa?

—Dime, ¿para qué?

—Para ponerlo a la puerta de mi nuevo restaurante africano.

—¿Vas a abrir un restaurante africano? ¿Tú?

Tal y como estaba el tema, podía hacer dos cosas: agarrar al chino por el pescuezo y darle un par de hostias o largarme de allí cuanto antes. Elegí la segunda opción; olfateé por última vez los pinos y me piré sin decir nada más.

3

Salí encabronado de la tienda china y seguí calle arriba refunfuñando. Iba contando las baldosas de la acera, tragándome la bilis que me había producido aquella visita, cuando, al levantar la mirada del suelo, me topé con algo que me puso aún peor. Se trataba de mi nuevo amigo, Sergio, el ciego, que ahora estaba a la entrada de la calle Cantera, charlando con unos viejos conocidos, precisamente dos elementos que yo quería tener tan lejos de mí como fuera posible: Etxebe y el *Calvo*. Según parecía, les habían ascendido, ya no patrullaban vestidos de uniforme, sino de paisano y, además, hacía una temporada que no se dejaban ver por San Francisco. ¿Qué narices estarían haciendo otra vez en la Pequeña África? Junto a ellos, al pie de unas escaleras sucias que subían hasta la calle de las Cortes, y que habitualmente nadie pisaba, había unos cuantos colegas suyos y un par de coches patrulla.

Me cambié de acera, maldiciendo la supuestamente prodigiosa intuición de Sergio. ¡Joder, menudo olfato!, ¡primero con los yonquis, luego con los colgados del pegamento, y ahora con la pasma! ¿Que sería lo próximo?

Al llegar a su altura, con la mirada fija al frente y el paso rápido, puede que el ciego no me oliera, pero los dos polis sí que lo hicieron, y no solo eso, además empezaron a hacer señas para que me acercara.

—¡Eh, Touré, ven para acá! —me llamó Etxebe, haciéndose el simpático.

—Tranquilo, que no vamos a pedirte los papeles —añadió el *Calvo*, bastante más borde.

No me quedaba otra que obedecer, así que tragué saliva y crucé la calle.

—¿A qué viene ese careto, amigo? —me preguntó el *ertzaina* de pelo oscuro—. No tienes de qué preocuparte, ya te lo ha dicho mi compañero.

—Por supuesto —reafirmó el *Calvo*, irguiendo su corpulencia sobre los demás—. No hemos venido a San Francisco por ti, estamos buscando a gente más importante.

—Y mira por dónde, nos hemos encontrado con este chico tan majo —Etxebe señaló al joven rubio que estaba junto a él—. Nos ha contado que desde que anda por aquí se ha hecho amigo de un negro llamado Touré ¡Qué casualidad! ¿No serás tú?

—¡Aupa, Touré! —Sergio me libró de tener que responder—. Como ves, te he hecho caso y me he alejado de las malas compañías. He pensado que aquí, cerca de la policía, estaría más seguro que en ningún otro sitio, ¿no te parece?

La pareja de *ertzainas* se quedó mirándome fijamente, Etxebe con expresión burlona desde su escaso metro setenta, y el *Calvo*, a mi misma altura, con cara de perro. Parecía que habían acordado de antemano cuál sería el rol de cada uno para completar el típico dúo de poli bueno/poli malo, aunque a mí me parecían los dos igual de cabrones.

Mientras pensaba lo que me convenía decir, sucedió algo imprevisto, algo que captó toda nuestra atención y la del resto de personas que andaba en aquel momento por la calle Cantera. Un africano venía dando alaridos por las escaleras que bajaban de las Cortes, llamaba a gritos a la policía, se movía con dificultad, con el cuerpo todo encorvado y sujetando un cuchillo en una mano al tiempo que

con la otra intentaba taponar una herida en el vientre. Pero el asunto no quedó ahí, porque enseguida apareció detrás de él una chica norteafricana que también iba pidiendo socorro mientras se sujetaba el hombro derecho con la mano ensangrentada.

—¡Me ha clavado el cuchillo! —voceaba el hombre.

—¡No! ¡Él me lo ha clavado a mí! —la mujer—, ¡y luego se ha herido a sí mismo para echarme la culpa!

La mayoría de los *ertzainas* fueron rápidamente hacia las escaleras. Etxebe, sin embargo, se quedó indeciso, oscilando su mirada entre nosotros y la pareja que acababa de irrumpir en la escena.

—¡Lárgate, Touré! —me dijo, finalmente.

—¿Qué pasa? —preguntó Sergio, asustado.

—¡Que te largues, joder! —insistió el *ertzaina*, dándome un empujón—. ¡Y llévate de aquí a este tío!

Etxebe fue a reunirse con sus colegas y yo agarré al ciego por un brazo para salir de allí, alejándonos calle San Francisco arriba.

—¿Qué eran esos gritos? —dijo Sergio, con cara de agobio.

—Una pareja que no se lleva muy bien. Parece que hoy la bronca ha sido más fuerte que de costumbre y han terminado a cuchilladas.

—¿Les conoces?

—Bueno, en el barrio todo el mundo les conoce. Él es un traficante peligroso, además de un mal bicho que trata a golpes a su chica. La pobre no tiene adónde ir y no le queda otro remedio que aguantar a ese hijo de puta.

—Si he oído bien, los dos aseguraban que el agresor era el otro, se echaban la culpa entre sí.

—Pues sí, has oído bien.

—¡Joder, menuda historia! ¿Tú a quién crees?

—Uf, cualquiera sabe —me encogí de hombros—. Me gustaría que tuviera razón la chica, a ver si al menos meten a ese tío en chirona una temporada; pero mi opinión es lo de menos, habrá que ver cuál es la versión que convence a la poli o al juez.

Sergio se fue tranquilizando poco a poco, y añadió una pregunta:

—¿Hay mucha gente como esa por aquí?

—Un montón. En San Francisco la gente normal como tú y yo es la rara.

No había terminado de pronunciar aquella frase cuando cruzó por mi mente la idea de que, quizás, nosotros dos tampoco éramos precisamente el mejor ejemplo de gente “normal”.

De cualquier modo, dejamos atrás el follón de Cantera y continuamos calle arriba. No sabía bien qué hacer con Sergio, y se me ocurrió que, aprovechando que por una vez hacía buen tiempo, podía llevármelo a la plaza Fleming. Podríamos pasar un rato charlando tranquilamente, sentados en un banco, junto al resto de africanos que solían apalancarse por allí.

En el camino, al pasar por el cruce con la calle Bailén, nos encontramos con dos patrullas de la Policía Municipal. Había unos cuantos agentes parando coches, solo aquellos cuyos conductores no pasaban el filtro de “personas decentes”, según su apariencia, y a juicio de los uniformados de turno, claro. Los que se iban quedando eran cacheados y sus vehículos registrados de arriba abajo. Cuando pasamos nosotros, había dos jóvenes senegaleses contra la pared mientras un poli hurgaba en una bolsa llena de productos para la venta callejera.

La escena no era nueva para nosotros, ya estábamos acostumbrados a ver aquel teatrillo, un

simple entretenimiento para los habitantes de San Francisco. Por el contrario, los bilbaínos que se aventuraban a cruzar nuestro barrio en coche, por supuesto siempre con el seguro de las puertas echado, se lo tomarían de otro modo: verían a su policía trabajando duro contra la delincuencia y se sentirían un poco más seguros. Objetivo conseguido.

Pasamos un buen rato sentados tranquilamente en un banco, rodeados de negros despreocupados, contagiados por la calma que se respiraba en la plaza. Estábamos junto al puente de Cantalojas, el que nos conectaba con el Bilbao Blanco, llevaba todo el día sin llover y eso se notaba, había más gente en la calle. De hecho, aquel rincón siempre estaba a tope cuando salía buen tiempo, los africanos nos sentíamos a gusto allí, rodeados de los nuestros, solo nos faltaban unas teteras para que todo fuera perfecto. Sin embargo, a muchos bilbaínos les daba miedo aquella isla oscura y extraña en medio de su brillante ciudad; no acababan de creerse que nuestra única intención era pasar el rato, no dar el palo a cualquier despistado que pasara por allí, ni pegar ni violar a nadie.

Estuvimos charlando sobre la accidentada experiencia de Sergio en San Francisco. El conguense —de aquella extraña manera me dijo que llamaban a los de su provincia— fue recuperándose del susto que le produjo la escena de los navajazos.

—Cuenca es muy diferente a esto —me confesó—. Allí nunca sucede nada.

—Supongo que en eso Gorom-Gorom se parece un poco a tu ciudad —le respondí—. Lo más emocionante que pasa allí es el mercado de los jueves. Es una pasada de grande, el más espectacular de todo el Sahel, dicen. Aparte de eso, poco más se puede hacer, solo sobrevivir.

—“Gorom-Gorom” —repitió—. Parece un nombre inventado.

—Pues es muy real, y creo que sigue en el mismo sitio donde lo dejé, a pesar de que llevo años sin visitarlo.

—¿Tienes familia allí?

—Sí.

Al menos en aquella ocasión, la intuición de Sergio funcionó bien y el chaval no insistió con aquel tema que me incomodaba. Dejándolo de lado, levantó la cabeza y llenó sus pulmones de aire.

—¿A qué te huele este lugar? —le pregunté.

—A África.

—No tienes mucho mérito, yo mismo te he dicho qué tipo de gente se reúne aquí.

Tosió para aclarar su garganta.

—Lo que todavía no he podido oler es el dinero. ¿Tú crees que en esta plaza vendería algún cupón? —llevó su mano a la tira de números que colgaba de su pechera.

Eché una mirada superficial a la gente que nos rodeaba y no dudé al responder:

—Ni uno.

—Entonces, ¿dónde me recomiendas que me ponga a partir de ahora? Parece que aquí cada grupo ya se ha hecho con su espacio, tal vez yo no estaría tan mal entre los polis, ¿qué te parece?

—Puede ser. Y además, quién sabe, a lo mejor hasta les vendes algún cupón de vez en cuando, en este barrio pocos tendrán un sueldo como el suyo.

—Se nota que no te caen muy bien, ¿eh? En Cuenca, por lo general, la policía está bien vista, pensamos que están para ayudarnos. ¿Aquí no?

—Aquí hay demasiada madera. La hay de todos los colores, y cada una está especializada en joderte en una cosa. Cuanto más lejos de ellos, mejor; sobre todo si eres un extranjero ilegal.

Mi compañero suspiró.

—Puede que todos estuviéramos mejor cada cual en su lugar de origen.

—Quizás, pero yo no tengo ninguna prisa por volver.

El sonido de una sirena interrumpió nuestra conversación, y llegó a la plaza trastocando el ambiente apacible que había reinado hasta entonces. Se trataba de una ambulancia que cruzaba el puente de Cantalojas a todo gas. Tiró hacia la calle Mena, sin tener en cuenta la señal de dirección prohibida, y siguió hasta la pasarela sobre las vías, donde se detuvo.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Sergio.

—No lo sé —estiré el cuello—, si quieres nos acercamos a ver.

—Vamos; pero si es otra bronca de navajas avísame a tiempo para huir, por favor.

El joven tomó su bastón con una mano, y con la otra se agarró a mi brazo. Al igual que otros tantos curiosos, nos dirigimos hacia el mogollón que se estaba formando y, antes de que llegáramos, todavía apareció otra ambulancia que aparcó junto a la primera. No tardaría en unirse a ellas un coche de la Policía Municipal.

Aparentemente solo era una de tantas escenas habituales en San Francisco, pero en aquella ocasión me dio mal rollo desde el principio. Dos sanitarios salieron disparados de la primera ambulancia y corrieron escaleras arriba hasta la arquería de oscuros soportales. En cuestión de segundos, otro hombre, procedente del segundo vehículo, les seguía con un maletín en la mano. Un par de minutos después, cuando reaparecieron los tres juntos, indicando mediante gestos a sus compañeros de abajo que ya no se podía hacer nada, mi oscuro presentimiento se hizo aún más fuerte. Pedí a Sergio que se quedara allí, esperándome un momento mientras yo me acercaba un poco más, a ver si podía enterarme de algo. Conseguí subir hasta donde estaban los de emergencias y, una vez allí, se confirmó mi corazonada: Manuel, el yonqui aficionado al flamenco, estaba tirado en el suelo, muerto; y junto a él yacía una mujer, todo hueso y pellejo, como su compañero, aún con la jeringuilla clavada en un brazo.

Regresé junto a Sergio y le dije que lo mejor era irnos de allí.

—¿Te acabo de notar un escalofrío? —me preguntó al cogerse de mi brazo.

—Sí.

—¿Qué ha sucedido?

—Acabo de ver dos cadáveres.

—¿Conocidos?

Dudé un momento.

—Sí, de vista —respondí—. Dos yonquis del barrio.

—¿Cómo han muerto?

—Quién sabe, habrá sido por sobredosis, o se habrán metido alguna mierda demasiado cortada.

¡Yo qué sé!

Lo sabía de sobra, lo que no me esperaba era que Manuel fuera a compartir mi obsequio con otra persona. Intenté convencerme de que Xihab y yo habíamos cumplido el objetivo, de que el plan, al fin y al cabo, había salido según lo previsto, pero no podía engañarme.

Me sentía incapaz de disimular mi malestar, y Sergio tampoco parecía sentirse muy bien. De vuelta a la plaza Fleming, nos sentamos en el mismo banco donde habíamos estado charlando antes.

—Joder, ¿pero adónde he venido a parar? —dijo para sí el vendedor de cupones—. Creo que este lugar no es para mí.

—Ya te lo dije el primer día.

El resto de africanos también fue regresando poco a poco a la plaza y todo volvió a la normalidad cuando desaparecieron las ambulancias y la policía. Yo no tenía ganas de hacer nada, estaba casi en ayunas, pero hasta el hambre se me había quitado. Necesitaba distraerme con algo para olvidar aquel mal trago. Entonces me vino a la cabeza un tema que tenía pendiente.

—¿Qué planes tienes ahora, Sergio?

—Ninguno. ¿Y tú?

—Yo tengo que pasar por una gasolinera que hay cerca de aquí.

—¿Para qué?

—El otro día entraron a robar y, bueno, me han pedido que encuentre a los culpables.

—¿De verdad? —el gesto de Sergio se relajó un poco—. ¡Entonces, no era broma lo del detective Touré!

—No.

Viendo cómo se iluminaba la cara del chico, no pude por menos que hacerle una propuesta:

—¿Quieres acompañarme?

“Hoy ha sido un día interesante”, piensas, un día de sirenas, patrullas y ambulancias. Tú, en lugar de las ambulancias, habrías enviado el camión de la basura, más adecuado para retirar esa mierda de la vía pública, pero esas decisiones no están en tu mano.

Primero, la pelea de esa pareja tan peculiar. Patético. Ese negro y la morita, los dos corriendo a pedir socorro a la policía, los dos gritando, los dos ensangrentados, lloriqueando como unos críos: “¡Ha empezado ella!”, “¡mentira, ha sido él...!”.

Los han llevado rápidamente al hospital, y ahora es el turno de tus colegas para averiguar quién dice la verdad. Tú no te complicarías demasiado, los dos al calabozo y se acabó. Al calabozo o, mejor, al fondo de una fosa. Total, ¿qué iba a perder el barrio? Un traficante y una puta, precisamente lo que más sobra.

También has disfrutado del segundo espectáculo del día, el de los yonquis. Ha sido enternecedor ver a ese pelma del flamenco dirigirse hacia los arcos de la calle Mena llevando de la manita a su nuevo ligue. Seguro que estaban ilusionados con hacer un gran viaje juntos, y al final vaya si lo han hecho, el mejor de su vida, uno sin billete de vuelta. Esta vez Touré y Xihab han hecho bien su trabajo y, encima, te han regalado un 2x1, como en las ofertas del supermercado. La única putada es que los muy cabrones se las han arreglado para no ser pillados por las cámaras; tal vez no sean tan imbéciles. Pero habrá ocasiones de sobra para grabarlos, ya los tienes bien agarrados, y ahora vas a cerrar tanto el puño que jamás podrán liberarse.

Es momento de empezar a pensar en el próximo encargo, ya tienes algunos candidatos en mente, pero aún no te has decidido. Quizás esa parejita formada por Touré y el ciego pueda facilitarte el trabajo de selección. Llevas horas observándolos a través de los monitores, parecen dos enamorados, toda la tarde haciéndose confidencias, sentados en la plaza de los africanos. Y míralos ahora, ahí van, cogiditos del brazo, camino de la gasolinera. ¿Serán capaces de encontrar al cabrón que sabotea las cámaras? Ese podría ser el próximo objetivo de tus chivatos; como suele decirse, muerto el perro se acabó la rabia. ¿O acaso la pena capital sería un castigo desproporcionado? Dependiendo de quién se trate, puedes pensar en otro tipo de correctivo, pero ya lo decidirás cuando llegue el momento.

Te sientes a gusto. Pones los pies sobre la mesa y tomas un trago de *whisky*.

6

“¡Menuda pareja!”. Apostaría que eso fue lo primero que pensó el barbudo empleado en la pequeña gasolinera cuando nos plantamos frente a él, y es que había que reconocer que Sergio y yo formábamos un extraño dúo.

—Estamos investigando el atraco frustrado de la otra noche —le dije—, y nos gustaría hacerte algunas preguntas.

—¿Y vosotros quién coño sois? —nos escaneó de arriba abajo, con una mirada que iba entre el desprecio y la incredulidad.

Sergio reaccionó más rápido que yo:

—No te dejes engañar por las apariencias —le aconsejó, hablando con tono firme y seguro—. Somos detectives de dilatada experiencia y ya hemos resuelto muchos casos. Tal es así que a menudo colaboramos con la policía, de hecho estamos ayudándoles a dar con el delincuente que intentó vaciar la caja de este establecimiento. Queremos hacerte unas preguntas de nada, solo será un momento.

Me juego el cuello a que si llego a ir yo solo, aquel tipo con cara de pocos amigos me habría mandado a la mierda a las primeras de cambio, pero me salvó el ir acompañado de un blanco que, aparte de tener labia, además, era ciego. El empleado movía la cabeza de un lado a otro, dando pocas oportunidades para el diálogo, pero al final cedió.

—Tenéis dos minutos —apoyó la espalda contra el único surtidor de la gasolinera mientras cruzaba los brazos.

—Lo primero —comenzó Sergio—, ¿podrías describirnos el aspecto del atracador?

—Llevaba pasamontañas.

—Entonces no pudiste verle la cara.

—No.

—¿Y los ojos?

—Estaba oscuro.

—¿Las manos?

—Tenía guantes.

—Aún así, ¿qué te dice tu intuición?, ¿podía ser extranjero?

—Eso fijo, casi no sabía ni hablar. Para mí que era moro, o quizás negro. Pudo haber sido cualquiera de esos —señaló hacia los curiosos que nos miraban desde la puerta de un bar cercano.

—¿Quiénes son “esos”? —preguntó mi amigo conquense.

—Se refiere al grupo de africanos que hay en la acera de enfrente —le aclaré yo.

Aunque teóricamente estábamos en el Bilbao Blanco —al otro lado de las vías del tren—, todos los tíos que había frente al bar más cercano eran negros, y todos los que se juntaban en la tetería que estaba un poco más abajo, magrebís. Los inmigrantes pobres habían empezado a desbordar los límites de un gueto que se estaba quedando pequeño. Aquellos alrededores de la plaza de Zabalburu

debían de haber sido una zona de lo más sofisticada en el pasado, un barrio de ricos, pero durante los últimos años se estaba convirtiendo en una especie de suburbio de San Francisco.

—Os queda un minuto —nos avisó el gasolinero, después de mirar su reloj con apatía.

—Suficiente —Sergio—. ¿Qué físico tenía el ladrón? ¿Era alto, corpulento...?

—¡Qué va! Era pequeñajo, no tenía ni media hostia.

—Y estaba muy nervioso, ¿verdad? —continuó Sergio, a quien un poco antes yo había puesto al corriente de los detalles que nos había dado la *Rata*.

—Si ya lo sabes ¿para qué me lo preguntas?

—Solo por confirmarlo. En tu opinión, ¿podría tratarse de un yonqui con el mono?

—El mono o que se cagó de miedo cuando me enfrenté a él, porque me faltó poco para arrancarle la cabeza.

—Pero te sacó una navaja, ¿no?

—No.

Sergio se giró hacia mí, confundido, y el de la estación de servicio amplió su respuesta:

—Me amenazó con sacarla del bolsillo, pero no llegó a verla.

El tiempo se estaba agotando y, viendo que poco más íbamos a sacar de allí, yo, al menos, decidí tirar la toalla y ser práctico:

—El tipo se llevó algunos ambientadores, ¿no? —pregunté.

—Sí.

—¿Cuánto estarías dispuesto a pagar por recuperarlos?

El barbas separó su cuerpo del surtidor, avanzó hacia mí un par de pasos y me miró con muy mala hostia:

—¿Que cuánto estaría dispuesto a pagar? ¿Yo a vosotros? ¿Pero tú de qué vas? ¿¡No seréis colegas del atracador!?

—No, no; perdona. No me interpretes mal —intenté explicarme—. Como te ha dicho antes mi compañero, somos detectives profesionales y solo quería acordar un precio a cambio de un servicio, pero si no tienes ganas de recuperar la mercancía...

—Pues no, no tengo ganas —me cortó—. Me importan un carajo esos putos ambientadores, no creo que mi jefe me los descuente del sueldo de mierda que tengo, así que por mí el ladrón se los puede meter por el culo, y vosotros también, si los encontráis.

—Entonces... —intervino Sergio.

—¡Entonces nada! —le interrumpió el gasolinero—. El tiempo se ha acabado.

—Solo una última pregunta, por favor —insistió mi compañero.

El hombre dio un resoplido y nos regaló el último gramo de paciencia que le quedaba:

—A ver...

—Me parece que no estás muy contento con tu situación actual. ¿Te gustaría cambiar tu suerte?

Camino de vuelta a la Pequeña África, tuve que confesar a Sergio que me había dejado flipado:

—¡Menuda ocurrencia!, ¡ofrecerle un cupón a esa mala bestia de la gasolinera, y encima conseguir vendérselo! Si no lo veo, no lo creo.

—No es tan difícil, el secreto es tener un poco de psicología con la gente. Justo lo que a ti te falta para ser un buen detective.

No le respondí. A fin de cuentas, tenía razón; como investigador yo era un auténtico desastre. Y como vidente... ¿qué podía contar? Hacía meses que no engañaba a ningún incauto con mis supuestas artes adivinatorias. Tampoco estaba sacando mucho provecho de mis otras fuentes de ingreso: ya no me llamaban para hacer de cabezudo ni para llevar el toro de fuego en las fiestas de los alrededores, los del coro de ópera ya no se acordaban de mí ni siquiera para hacer de figurante, no encontraba ninguna ricachona que quisiera aprovecharse de mi cuerpo a cambio de unos billetes... En aquellos días, lo único a lo que podía aspirar a cambio de sexo era a un poco de comida. No, no estaba en mi mejor época.

Cruzamos el puente de Cantalojas y, al volver a entrar en la plaza Fleming tuve una idea.

—¿Sigues sin nada interesante que hacer, Sergio?

—Sí.

—¿Quieres que te deje en algún sitio para vender cupones?

—Depende.

—¿Depende?, ¿de qué?

—De cuál sea esa propuesta que te ronda por la cabeza.

—¡Qué listo eres, chaval! Pues sí que tengo algo que proponerte, sí. ¿Te apetece seguir jugando a detectives?

Sergio se detuvo y giró la cabeza hacia mí. Su cara de felicidad era la respuesta.

—Me mola este rollo —confirmó—, estoy pasando de ser un lector de novela negra a ser uno de sus protagonistas. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—Recuperar esos pinos perfumados que han robado de la gasolinera.

—¿Para qué? Ya nos ha dicho ese maromo que no los quiere para nada.

—Pero yo sí, es una cuestión de principios.

Era una gilipollez, ya lo sé, pero me había picado con el chino y, además, si recuperaba los ambientadores a buen precio, tal vez sacara algún beneficio.

—Me gustan las personas con principios —sonrió mi nuevo colega—. ¿Y tienes alguna idea acerca del lugar donde pueden estar esos pinos?

—Sí, muy cerca de aquí.

—Entonces... no entiendo cuál es el problema. Si ya sabes dónde están, vete y los coges, ¿no?

—No es tan fácil, los tiene un comerciante de lo más tacaño y no parece muy dispuesto a negociar conmigo. Por eso te necesito, quizás puedas ayudarme a convencerlo.

—Bueno —Sergio golpeó el suelo con la punta de su bastón—, ¿y a qué estamos esperando? Llévame hasta ese tipo tan duro de roer y, si es necesario, le pincho el culo con la punta de mi espada hasta que suelte los ambientadores.

—Vamos.

En cuestión de minutos estábamos en la tienda del chino, vacía, para no variar. El dependiente nos observó, primero a mí, luego a mi compañero, a los dos con la misma indiferencia, sin mover un solo músculo de su cara, como de costumbre. Ni entrando al local en pelotas y dando volteretas habríamos conseguido que mostrara alguna emoción.

—Buenas tardes —saludé.

Tal y como me temía, no obtuve respuesta.

—Hola —dijo Sergio, a lo que el dependiente le devolvió el saludo, añadiendo, por si fuera poco, un “¿puedo ayudarte en algo?”.

El ciego avanzó un par de pasos y tomó aire inspirando profundamente.

—¡Mmmm! ¡Qué bien huele en esta tienda!

No tenía ni idea de cuál era la estrategia de mi compañero, pero le vi tan seguro que delegué el asunto en él. De cualquier modo, lo que dijo a continuación me pilló desprevenido:

—Oye, Touré, ¿por qué no me dejas un par de minutos para que pueda charlar con este señor tan amable?

—¿A solas?, ¿eso quieres decir?

—Eso mismo. ¿Te importaría esperarme en la calle?

No entendía un carajo. Me acerqué a Sergio y le susurré a la oreja: “no le des más de diez euros”.

—Tranquilo —me respondió—, déjalo en mis manos.

Ya que no podía hacer otra cosa, salí de la tienda. Fuera, en el portal de al lado, había un hombre hablando consigo mismo en algún idioma asiático. Fui alejándome de aquel tipo hasta encontrar, junto a una frutería árabe, un trozo de pared libre donde apoyarme mientras esperaba al rubio de Cuenca.

Como todos los días, las estrechas aceras de San Francisco estaban llenas de extranjeros reunidos en corrillos para matar el tiempo charlando; en aquella zona sobre todo eran magrebís que se apalancaban frente a las teterías y comercios regentados por compatriotas suyos. Estando allí, vi pasar entre un grupo de ellos a un rumano que vendía calcetines, intentando colocar su género a cada paso que daba. Ponía mucho interés enseñando a unos y a otros los diferentes tejidos y colores. Nadie le hacía caso, por eso esperaba que al llegar a mi altura también lo intentara conmigo, pero cuando llegó el momento, todo lo que hizo fue mirarme a la cara y decidir que no merecía la pena pararse. ¿Tan mala pinta me vería?

No tuve demasiado tiempo para cavilar sobre el asunto, porque enseguida salió Sergio del chino. Traía una sonrisa en los labios, el bastón en una mano y la bolsa llena de pinos en la otra. Me acerqué a él y le ofrecí mi brazo.

—¿Cuánto le has pagado?

—Nada, me los ha dado gratis.

—¿Gratis? No me lo creo.

—Pues créetelo, porque es verdad. Y encima me ha comprado un par de cupones.

Me quedé a cuadros, aquello era totalmente increíble.

—Venga, en serio, ¿cómo lo has conseguido?

—Amenazándole con mi espada —levantó su bastón en el aire, y a punto estuvo de sacarle un ojo al asiático que hablaba solo. Me apresuré a bajar la punta y a disculparme con un gesto ante el hombre; sin embargo, enseguida me percaté de que el tipo estaba en su mundo y no se enteraba de nada.

—Te he pedido que me cuentes la verdad —insistí.

—No hay ningún misterio, todo es cuestión de psicología, ya te lo he dicho antes. Cada persona es diferente a las demás y hay que saber tratarla. Tal vez te dé un cursillo algún día. ¿Vamos?

Nos dirigimos calle arriba, sin un rumbo fijo.

—¿No crees que te vendría bien un socio como yo en tu trabajo de detective? —me propuso el conquense.

—Pues... tal vez no sea mala idea.

—¡Que lo he dicho de coña, hombre!

Él estaría bromeando, pero sus palabras no me parecieron tan disparatadas. Desconocía hasta cuándo tenía Sergio intención de quedarse en Bilbao, pero mientras estuviera cerca podía ayudarme en algunos asuntos pendientes. Incluso tuve la tentación de llevármelo a dar una vuelta por la plaza de los gitanos para negociar lo del cartel luminoso. No hubo tiempo, él se me adelantó con otra proposición:

—¿No tienes hambre?

—Pues sí, ya comería algo, pero... —En el frigorífico de casa solo había medio limón pocho, mis bolsillos estaban vacíos, y no era una buena hora para ir de visita adonde Anunci.

—No hay problema —me interrumpió, sospechando lo que estaba a punto de responderle—, hoy invito yo, para celebrar mi éxito con la venta de cupones. ¿Qué te parece?

—Me parece de puta madre.

—Pues elige tú el sitio.

Enseguida me vino a la cabeza el *Berebar*. Además, había quedado allí mismo con Osmán, Xihab y Cristina, y aunque todavía faltaba bastante para nuestra cita, era el mejor lugar para dejar pasar el tiempo.

Dejé los ambientadores en el locutorio de Osmán y me dirigí hacia el *Berebar* acompañado de mi ya inseparable amigo. Fue una grata sorpresa toparnos en su interior con Aliou Koiaté tocando la kora. Tenía un trato con el dueño del restaurante, el tío de Xihab, Aouita, y solía tocar unas horas a cambio de té y comida. Las tardes de viernes como aquella eran propicias para sus conciertos, pues aparte de la clientela habitual, entraban en el local otras personas procedentes del Bilbao Blanco, que llegaban al territorio africano de la ciudad dispuestas a gozar de su gastronomía y su exótico ambiente. ¿Quién se podía negar a saborear un buen cuscús con acompañamiento musical en directo? Al final todos se iban encantados.

Sin embargo, a nuestros estómagos bien poco les importaba de dónde fuera la gastronomía, y empezamos a llenar la tripa con todo lo que pillamos a mano. Para empezar, nos aprovechamos de la generosidad de Xihab e Isidro, que también estaban allí, cómo no. El primero nos sacó un montón de cacahuetes, y el segundo nos invitó a unas cuantas raciones variadas, siempre cumpliendo con el protocolo del genuino poteador vasco, o sea, impidiendo que el forastero, Sergio en este caso, echara mano de la cartera. El vendedor de la ONCE, que normalmente no bebía alcohol, aquel día hizo una excepción, y así, comiendo, charlando y riendo, pasaron las horas. Los habituales de la tarde fueron marchándose, como Julián, que siempre volvía a la residencia al anochecer, después de haberse echado una buena siesta. Pero, aunque muchos se iban, el local no se quedaba vacío, ni mucho menos; la clientela de la noche empezaba a llegar poco a poco, ocupando al final todas las mesas, y no dejaba de sonar la música, a veces del reproductor de CDs, a veces de la kora de Aliou. Así, el ambiente no decaía, y junto al aroma del té y las especias se respiraba cierta euforia de fin de semana.

La atmósfera era de lo más propicia para olvidarse de las preocupaciones, pero yo no podía dejar de pensar en la reunión que se aproximaba, y a partir de las ocho, los ojos se me iban hacia la puerta de entrada una y otra vez, hasta que, por fin, llegaron las dos personas que faltaban: primero Cristina, después de haber cerrado la farmacia, y un poco más tarde, Osmán.

Mi amante sacó algo para picar y empezó a charlar alegremente con Sergio. Parecía que el chico estaba en su salsa y enseguida conectó con la pelirroja y con Osmán.

—En Cuenca no hay sitios como este —dijo, en una de esas—. Esto me gusta cada vez más y puede que me quede a vivir en Bilbao. ¿Me harías un hueco en tu casa, Cristina? No me importaría compartir habitación contigo.

Sa Kené me miró sonriendo, y respondió a Sergio que pensaría muy seriamente en su proposición.

Todos nos sentíamos cómodos en aquel ambiente, pero no nos habíamos juntado para echar unas risas, sino para una reunión muy importante, y ya iba siendo hora de ir al grano. Xihab podía salir de la barra cuando quisiera y estábamos dispuestos a empezar en cualquier momento, pero había alguien que sobraba y, por suerte, Isidro se dio cuenta. A aquel hombre no se le escapaba una.

—Sergio, ¿todavía tienes hambre? —soltó, de repente.

El conchense tenía cara de felicidad, se le notaban los efectos del rioja.

—La verdad es que ya comería algo más, sí.

—Pues venga, vente conmigo a degustar el pulpo del *Florines*.

—¿Solo nosotros dos?

—Sí, que estos pringados ya se han llenado con el jamón de mono que ha sacado antes Xihab.

—¿Es verdad, Touré? —me preguntó el chico.

—Sí y, además, me apetece escuchar un rato más a Aliou. Id tranquilos y ya nos veremos luego, o mañana, si no.

—Si saca un rato libre para ti —puntualizó Isidro—, que mañana es el primer sábado del mes, día de rastro —me vino a la mente la imagen de las aceras de la calle Dos de Mayo llenas de tenderetes—. Habrá mucho movimiento por aquí, y este tío seguro que no da abasto vendiendo cupones a los visitantes.

—Cristina —añadió Sergio, de camino a la calle—, piensa bien mi propuesta, ¿vale?

—Vale.

—Y tú, pásalo bien, Touré. Ya le voy a dar recuerdos de tu parte a la señora del *Florines* —Isidro tuvo que llevárselo tirándole del brazo para que dejara de decir chorradas y saliera de una vez.

Una vez solos, Osmán hizo un gesto a Xihab y este, después de pasar el relevo a otro camarero, salió de la barra para unirse a nosotros.

—¿Nos reunimos aquí mismo? —preguntó.

—Yo creo que es lo mejor —dijo Cristina—. El bar está a rebosar, no creo que nadie se fije especialmente en nosotros ni levantemos sospechas si salimos igual que hemos entrado, de uno en uno.

—De acuerdo —asintió el magrebí—, acompañadme.

Le seguimos hacia el interior, atravesamos el comedor, petado de gente, y entramos en un cuarto que hacía las veces de oficina. Una vez dentro los cuatro, Xihab cerró por dentro con llave.

9

En aquel cuarto solo había caras serias, todos éramos conscientes de la importancia de aquella reunión, pues sabíamos que lo que allí se decidiera condicionaría para siempre nuestro destino, para bien o para mal. *Sa Kené* marcó el punto de partida.

—¿Alguien ha pensado en algún plan?

Xihab cogió el toro por los cuernos:

—Todos tenemos claro que hay que acabar con la *Rata*, ¿no? —nadie le llevó la contraria—. Pues yo haría con él lo mismo que hicimos con los nigerianos.

Osmán le miró frunciendo el ceño, como si no hubiera entendido bien:

—¿Se te ha olvidado el final que tuvo esa historia?

—No, por supuesto que no; pero el plan, en principio, era bueno. Todo habría salido bien si la mala suerte no hubiese puesto a la *Rata* en nuestro camino.

—Claro, si no llega a revisar las grabaciones de las cámaras, nunca se habría dado cuenta de que una noche entraron en el *Berebar* dos negros enormes que nunca volvieron a salir, al menos a pie. ¡Y si hiciéramos desaparecer a la *Rata*, seguro que a sus colegas no se les ocurriría examinar las imágenes de las cámaras!

—Eso no es problema —Xihab me miró fugazmente—. Últimamente alguien anda por el barrio tapando con pintura negra los objetivos de las cámaras. Parece que “casualmente” esto sucede cada vez que se va a cometer un robo. Nosotros mismos podríamos pintar la cámara más cercana al *Berebar*, justo antes de que entrara la *Rata*. Parecería obra de los mismos ladrones y nunca sospecharían de nosotros.

—¿Quién está ensuciando las cámaras? —preguntó *Sa Kené*.

Xihab y yo nos encogimos de hombros. Osmán tampoco tenía respuesta.

—Pensadlo bien —continuó el bereber—. La *Rata* es la única persona que sabe lo que hicimos con los nigerianos y se llevaría al infierno nuestro secreto. Podemos citarnos con él aquí una tarde cualquiera, que entre como un cliente más, y luego...

—Y luego —intervino Osmán, manteniendo en sus palabras el tono de irónico escepticismo— nos lo ventilamos, lo metemos en un saco y lo tiramos a la ría.

—Pues sí —se reafirmó Xihab, un poco despechado—, así nos quitaríamos dos pesos de encima y podríamos empezar una nueva vida, sin la pesadilla de la *Rata* ni la de los putos nigerianos.

Nuestro colega bereber parecía muy convencido, no así el resto de nosotros, que ya habíamos tenido de sobra con una carnicería, porque lo que hicimos con los nigerianos no podía calificarse de otro modo, una carnicería, un auténtico baño de sangre.

—No sé si es buena idea, Xihab —intervino *Sa Kené*, en tono conciliador—. Muchos testigos verían a la *Rata* con nosotros justo antes de desaparecer, sin olvidar que el transporte del cadáver también llevaría su riesgo. En mi opinión, necesitamos otro plan, algo más seguro, más limpio.

—¡Bueno, pues proponed vosotros algo mejor! —protestó el camarero del *Berebar*.

Cristina nos miró a Osmán y a mí, pero nosotros no teníamos nada que decir y nos quedamos en silencio. Yo reparé en mi compañero de piso, parecía triste y pensativo. No era de extrañar; al fin y al cabo, estaba metido hasta el cuello en una situación extremadamente delicada, y precisamente había sido yo quien le había pringado. En realidad los cuatro estábamos allí por mi culpa y me sentía fatal por ello, deseaba con toda mi alma ofrecerles una solución, pero no se me ocurría nada sensato, a pesar de que había pensado mucho en ello durante los días previos a aquella reunión. Me había imaginado esperando a la *Rata* en la farmacia para pillarlo cuando se quedara a solas con Cristina, me veía a mí mismo partiéndole la cabeza, rebanándole el pescuezo, o haciéndole tragar su propia polla después de haberlo capado. Pero todo eso se quedaba en fantasías irrealizables, no porque me faltara el valor, sino porque cada uno de esos planes tendría los mismos inconvenientes que la propuesta inicial de Xihab. Entonces, nuestro veterano amigo maliense nos sorprendió con una idea:

—Podríamos contratar a un sicario.

Sa *Kené* lo miró alucinada.

—¿Pero también tenemos de eso en San Francisco?

—Debe de haber por ahí un colombiano dispuesto a matar por dinero.

—Le conozco —dijo Xihab, sin mucho entusiasmo—. Y no es el único, hay otro matón, también latino, que haría cualquier cosa a cambio de unos billetes, y sé de un gitano que estaría igualmente dispuesto. Todos son chavales jóvenes que usan la navaja mejor que el cerebro.

—¿Y se atreverían con un poli? —pregunté yo.

—Ahí está la cuestión, no lo creo —contestó Xihab—. Dar una cuchillada a uno de tu raza, a un igual, o a un don nadie, siempre puede interpretarse como una bronca que se ha ido de las manos o un ajuste de cuentas, pero cargarse a un poli a sangre fría... Esos chavales acabarán muertos o en la cárcel tarde o temprano, pero seguro que no tienen ninguna prisa, y lo que proponéis sería un suicidio para ellos. En San Francisco no encontraremos a nadie dispuesto a hacer este trabajito.

Nos quedamos en silencio. Desde el comedor llegaba una triste melodía bereber, de aquel grupo, Bouhia, que en ese preciso instante conectaba con lo más hondo de nuestra frustración. Y entonces, cuando parecía que ya nos dábamos por vencidos, Sa *Kené* habló:

—Si no hay nada mejor, a mí se me ha ocurrido algo.

Todos la miramos con expectación. Sin duda, ella poseía el mejor cerebro del grupo, y su ingenio había quedado demostrado en más de una ocasión disponiendo planes que los demás no habríamos llegado ni a imaginar.

—¿Visteis la tele anoche? —preguntó.

—La nuestra no funciona —respondió Osmán.

—Yo tenía cosas mejores que hacer —dijo Xihab.

—No importa —siguió la pelirroja—, el tema es que anoche se me ocurrió una idea viendo una escena de la película que echaban. Y, por otro lado, una noticia que está saliendo en la prensa estos días me ha dado la pista para unir cabos y poder ejecutar el plan perfecto.

Sin abrir la boca, casi conteniendo la respiración, mantuvimos los ojos pegados a nuestra Sa *Kené*.

—¿Os dicen algo las siglas MDPV? —continuó.

—Sí —afirmó Xihab, con contundencia—. Es una de esas drogas sintéticas nuevas que se han puesto de moda ahora. Es barata, fácil de conseguir, pero de efectos muy peligrosos y difíciles de controlar.

—Efectivamente, la gente se pone muy muy violenta con ella —subrayó Cristina—, y es capaz de hacer cualquier salvajada. Puede darles por liarse a golpes y romperlo todo, pero eso es casi lo de menos, en la mayoría de los casos les da por agredir a otras personas e incluso liarse a mordiscos con ellas. Por eso, muchos la llaman “la droga caníbal”, ¿no habéis oído nada?

—Yo algo he leído —contestó Osmán.

Mis colegas parecían puestos al día. Yo, sin embargo, no sabía nada al respecto y, lo que era peor, no entendía a dónde quería llegar Cristina. Cuando le pedí que aclarara cuál era su plan, primero me sonrió y luego se dirigió a Xihab.

—¿Podrías conseguir algunas pastillas de esas?

—Claro, sin problema —afirmó el bereber—. ¿Cuántas necesitamos?

—Muchas.

—¿Cuántas?

—Unas cincuenta.

—¿Para cuándo?

—Cuanto antes, si puede ser para mañana, mejor.

—Las conseguiré. ¿Es lo único que necesitamos?

—Aún hay algo más.

—Dispara.

—Tu mujer continúa en Alemania, ¿verdad?

Xihab debió de sentir que le metían el dedo en la llaga, porque tardó un par de segundos en responder.

—Sí.

—Si quisieras, ¿podrías pasar una temporada con ella?

—Sí, todavía no he consumido los tres meses de este año.

—Tú también, Osmán —la cerebro del grupo se dirigió a mi compañero de piso—, si fuera necesario, ¿podrías irte de visita a Malí?

—Sí, claro, el único problema sería la pasta.

Sa Kené asintió con la cabeza en señal de que todo iba cuadrando, hasta que clavó sus ojos en mí. No era necesario que me preguntara, todos sabíamos que yo era el único sin papeles del grupo. Si salía del país no tendría billete de vuelta.

Me sentía totalmente perdido, y a juzgar por la cara de los otros, ellos estaban como yo. Solo nos quedaba esperar a que la pelirroja terminara de exponer todo el plan.

Te has enterado, te lo acaban de comunicar: el negro que bajó corriendo al puesto de control de la calle Cantera con un cuchillo en la mano y el vientre empapado en sangre ha muerto. No es una pérdida dolorosa, era uno de los mayores traficantes del barrio. Pero esa zorra morita que vivía con él puede que lo eche de menos, a pesar de los malos tratos, porque era él quien tenía alquilado el piso donde vivían, quien cobraba la RGI, y puede que se pusiera violento y le diera unas hostias de vez en cuando, pero al menos la mantenía, y eso, a fin de cuentas, parece ley de vida en muchas casas de San Francisco. Ahora la tipa se ha quedado en la puta calle y tendrá que sacarse las castañas del fuego ella solita, pero no se morirá de hambre, no; está buenísima, y con ese cuerpo seguro que engaña a algún tonto del que vivir. Eso si se libra de la cárcel, claro. Ella jura una y otra vez que su versión es la auténtica, que su pareja primero le dio una paliza como otras tantas veces y que luego él mismo se autolesionó para inculparla a ella. Ahora habrá que ver qué opina el juez, de momento la han dejado en libertad, pero que no se confíe.

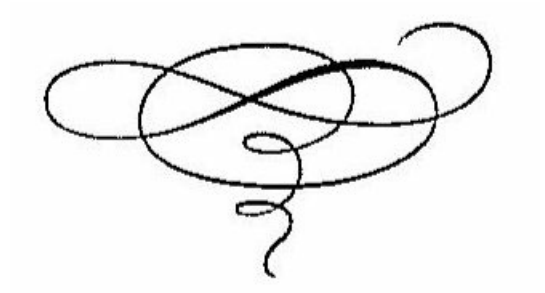
Habías pensado que con el numerito de esa pareja y la escena de los yonquis muertos en los soportales de Mena ya estaba cubierto el cupo de escándalos diarios, pero la noche aún te guarda otra sorpresa: en este preciso momento, en mitad de las Cortes, el *Boxeador* se expone a la vista de las cámaras. Al menos hoy ha tenido la sensatez suficiente para esperar a que oscurezca antes de echarse a la calle blandiendo ese palo que lleva cada vez que sale a cazar putas. Vuelves a acordarte de esos documentales sobre la fauna salvaje donde se muestra cómo atacan las fieras, aprovechándose del pavor que provocan en sus víctimas, que no pueden evitar salir espantadas en cuanto huelen la presencia de la muerte. Aunque no siempre es así, algunos animales, como los elefantes o los búfalos, son capaces de enfrentarse a los depredadores apoyándose en la manada, y es eso precisamente lo que está sucediendo esta noche en la selva de las Cortes. El argelino no da crédito, se ha quedado paralizado por la sorpresa cuando las putas, en lugar de salir huyendo en un “sálvese quien pueda”, han decidido hacerle frente unidas. Al margen de esa permanente expresión de retrasado mental producto de haber esnifado demasiado disolvente, la confusión es patente en el rostro del hombre. Ya no es el único que va armado, ahora ellas se abalanzan sobre él alzando palos, incluso alguna barra de hierro, sin darle tiempo a reaccionar. Para cuando el *Boxeador* ha querido darse cuenta, ya era demasiado tarde y no ha podido hacer nada para defenderse de la violenta lluvia de golpes que lo ha tirado al suelo. Pero las mujeres no se conforman con eso, aún no tienen suficiente para calmar su sed de venganza y continúan descargando toda su furia reprimida, buscando una vía de escape para la rabia y el hartazgo que sienten. No hay más que ver la expresión de sus caras, sus ojos desorbitados, la mueca de asco en sus labios para entender por qué ya no corren asustadas. Ya no son presas, ahora son cazadoras; hoy las ovejas se comen al lobo.

Decides gozar del espectáculo como si estuvieses frente al televisor de tu casa, sin mover un dedo. Hace tiempo que ha dejado de impresionarte la sangre, mucho menos si es de alguien que no merece seguir vivo, y permaneces con la vista fija en el monitor hasta que las fulanas quedan satisfechas y se

dispersan desapareciendo completamente de la escena, dejando al *Boxeador* tirado en el suelo, desfigurado, inerte sobre un charco oscuro. Todo ha pasado, no hay nadie en los alrededores, solo quedan la sangre y el silencio, nada se mueve en las Cortes.

Lejos de conmoverte, piensas que ya puedes tachar otro nombre de la lista de posibles objetivos que estás preparando para Xihab y Touré.

IV
PRIMERA INCÓGNITA



Aquel sábado a mediodía las calles de San Francisco estaban hasta arriba de gente. Sin duda la mejoría del tiempo tenía mucho que ver en ello, pero es que, además, era día de rastro en la calle Dos de Mayo, ese que se montaba mensualmente atrayendo cada vez a más visitantes del Bilbao Blanco. Y encima, por si fuera poco, las asociaciones del barrio habían organizado una fiesta vasca para esa misma fecha en la plaza del Corazón de María.

Precisamente allí estábamos Sergio y yo, él equipado como de costumbre, con su tira de cupones, los auriculares y el bastón. Nos habíamos parado frente al nuevo centro cultural del barrio, *Sarean*, para escuchara un grupo que estaba tocando al aire libre la *txalaparta* y la *alboka*. Mi compinche estaba flipando con aquellos instrumentos, que acababa de descubrir, pero a mí lo que realmente me asombraba era la paciencia que mostraban músicos y organizadores con unos cuantos gitanillos que andaban por allí sin otra cosa que hacer aparte de tocar los cojones, o los ovarios en este caso, pues precisamente a quien más estaban molestando era a la chica de la *txalaparta*. La pobre mujer ya no podía disimular su hartazgo, estaba martirizada con los chavales que no paraban a su alrededor: “¿Qué es eso?, ¿y eso otro?”. “Déjame a mí, ¿por qué no me dejas probar?...”. No paraban de toquetear todo, y al menor descuido cogían cualquier pieza de los instrumentos para hacer el ganso, todo el rato vacilando y haciendo bromas sin ninguna gracia.

Aquella situación nada tenía de extraño, era el típico comportamiento de los críos gitanos cada vez que se organizaba algo en la plaza. Se sabían protegidos en su terreno y no se cortaban un pelo haciendo trastadas ante la pasividad de sus mayores, que seguían tan campantes, jugando al dominó o de paseo con los chuchos. Después de todo, aquellas actividades culturales no iban con ellos, eran cosas de payos y ni siquiera las mujeres se asomaban por allí, aunque solo fuera por romper la monotonía; preferían quedarse donde siempre, sentadas en los bancos junto a la zona de los columpios. Entre ellas, aquel sábado distinguí a la que había visto días antes tonteando con el joven negro en la biblioteca. Apenas levantaba la mirada, estaba muy seria, con la cara marcada de moratones.

Para ser sincero, nosotros tampoco estábamos allí por la fiesta vasca, ni siquiera esperábamos encontrarnos con aquel ambientazo en la plaza. Pero había propuesto a Sergio que viniera conmigo porque, a la vista de su éxito en la tienda del chino, probablemente sería capaz de negociar mejor que yo con los gitanos el asunto del cartel del *Florines*. Encima, él estaba deseando acompañarme en mi trabajo de detective, y aceptó encantado en cuanto se lo pedí, aunque en aquel momento parecía hipnotizado con el sonido de la *alboka*.

—No se te ha olvidado a qué hemos venido, ¿verdad? —le di un toque cuando ya empezaba a aburrirme.

—No, claro —respondió, espabilándose de repente—, es que estoy alucinando con esta música, nunca había escuchado algo así antes. Es como... ¿cómo diría yo?, una voz ancestral que me atrae. Este instrumento tiene algo mágico, ¿no crees?

A mí no me parecía nada del otro mundo el ruido estridente que salía de aquella especie de cuerno, y aunque en un principio me corté a la hora de decírselo a Sergio, más que nada por no herir su sensibilidad, pensé que, a fin de cuentas, él era tan ajeno como yo a aquel ambiente.

—Pues no sé —le respondí finalmente—, será que no tengo un oído tan fino como el tuyo, pero yo no siento nada de eso que comentas. Para mi gusto, la *alboka* suena demasiado... escandalosa.

—Claro, siendo africano seguro que prefieres un instrumento de percusión como la *txalaparta*, ¿verdad?

—Pues tampoco, me parece una sosada. Prefiero mil veces el *djembe*.

Pensé que un *djembe* siempre sonaría mucho mejor que aquel chocar de tablas, pero, por si acaso, no lo dije muy alto, no fuera a ser que alguien me oyera y se lo tomara a mal. De todos modos tampoco tenía mucho interés en alargar aquella conversación, lo que realmente deseaba era largarme de allí y volví a dirigirme a Sergio para ver si nos movíamos de una vez:

—Entonces, ¿qué?, ¿dispuesto a negociar con los gitanos?

—¡Por supuesto! Llévame con ellos.

Le ofrecí mi brazo y empezamos a caminar.

—Vamos a los soportales donde están jugando al dominó, ¿vale?

—Vale, pero luego me dejas un rato a solas con ellos ¿eh?

Aquello no me hizo mucha gracia.

—¿Y eso?, ¿no puedo escuchar la conversación?

—No puedes, no. Mis métodos son secretos. Al menos hasta que seamos formalmente socios.

¿De veras íbamos a formar un tándem de detectives? ¿O me estaba tomando el pelo otra vez? En fin, por el momento no tenía más remedio que aceptar sus condiciones, llevé al ciego hasta el grupo de hombres que jugaba a la sombra de los arcos y, atendiendo a su petición, me separé de ellos en cuanto cruzaron las primeras palabras.

Di unos pasos sin saber muy bien hacia dónde ir. No me apetecía volver a la fiesta vasca, pero tampoco me sentía cómodo merodeando por allí, así que decidí retirarme al extremo más solitario de la plaza, junto a una cristalera que aislaba unas excavaciones del resto del espacio. Un cartel indicaba que allí había un yacimiento arqueológico importante: los restos de un convento antiguo y lo que fue el primer cementerio de Bilbao. Decidí echar un vistazo mientras esperaba, pero la verdad, no encontré nada que me llamara especialmente la atención, solo una especie de pozo, unos pedruscos, unos agujeros en las paredes...

Miré hacia los soportales donde acababa de dejar a Sergio. El tío no paraba de hablar, parecía que estaba echando un discurso a los gitanos, ¿qué coño les estaría diciendo? Por mucho que pusiera la antena, estaba demasiado lejos para distinguir su voz entre todos los sonidos que se mezclaban en el ambiente: los golpes de las piezas de dominó contra la mesa, las patadas al balón y los gritos de los chavales futbolistas, el ruidoso parloteo de las gitanas, la música vasca de la fiesta, los ritmos norteafricanos del CD de los magrebís que se emborrachaban sentados en el suelo...

De repente, un jugador de dominó, el mismo barrigón de la otra vez, se levantó de su asiento, dio un silbido y empezó a hacer señas a uno de los jóvenes que andaban por allí paseando al perro. El chico acudió en el acto, escuchó las indicaciones del hombre y se dirigió inmediatamente hacia uno de los portales de la plaza, donde entró. En cuestión de pocos minutos vi cómo salía de nuevo a la calle. No podía creérmelo, aquel gitano llevaba un paquete bajo el brazo, algo rectangular y plano

envuelto en un papel marrón...

En cuanto el chaval llegó a los arcos, el barrigón volvió a levantarse y oteó el horizonte hasta dar conmigo. Entonces pegó otro silbido y me llamó con la mano.

Caminé intrigado hacia los soportales. ¿Cuál sería el método de Sergio?, ¿cómo demonios lo conseguía? No me dio tiempo a preguntar nada, porque un grito histérico y rabioso retumbó en toda la plaza:

—¡¡¡Me cago en vuestra puta raza, gitanos de mierda!!!

Todas las miradas se dirigieron al lugar donde estaban los músicos, y allí vimos a la chica del grupo, fuera de sí, agarrando de los pelos a uno de los críos tocapelotas mientras le azotaba en el culo con un palo de aquellos que usaba para tocar la *txalaparta*. Como era de esperar, el niño empezó a chillar como un loco, provocando la reacción inmediata de sus mayores. Todos los gitanos dejaron de repente lo que estaban haciendo para salir corriendo en su auxilio y, sin preguntar nada, se lanzaron a repartir hostias a cualquiera que se les cruzara en el camino, desde los músicos hasta el público, pasando por los organizadores, que solo intentaban poner paz. Los palos y las tablas de la *txalaparta* salieron volando por los aires, y la pelea, que había empezado en la calle, invadió también el local de *Sarean*. Por si eso fuera poco, la fiesta terminó de animarse con la llegada de los últimos invitados, la Ertzaintza y los munipas que estaban a la entrada de la plaza, porra en mano.

Yo estaba acostumbrado a aquellas movidas, pero el pobre Sergio tenía una cara de acojono que no podía con ella. Se puso muy pálido, aún más de lo que ya era por naturaleza, y en medio de todo el jaleo que se escuchaba, clavó sus uñas en mi brazo, aferrándose a mí como si le fuera la vida en ello.

—Y ahora, ¿qué pasa? —me preguntó, casi tartamudeando.

—No te preocupes, no es nada, solo una discusión a cuenta de la música —traté de tranquilizarlo—. Aunque será mejor que nos vayamos, ¿verdad?

—Sí, por favor.

—Pero antes espera —me detuve un instante, reparando en el envoltorio rectangular que habían dejado apoyado contra la pared—. Un paquete que hay ahí... a lo mejor es un regalo para nosotros, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Es lo que me imagino?

—Sí, cógelo y vámonos de aquí cuanto antes.

Tomé el cartel bajo el brazo que me quedaba libre y nos alejamos dando un rodeo para esquivar la bronca porque, aunque lo peor ya había pasado, aún no había finalizado el baile de porrazos de la pasma que se había acercado a imponer orden.

Al llegar a la calle San Francisco, Sergio volvió a hablar:

—Menudo follón, ¿no? ¿En serio que ha sido por la música?

—Más o menos. En este barrio se puede liar parda cuando menos te lo esperas, y encima por cualquier chorrada. Pero ahora olvídate de eso y dime, por favor, ¿cómo rayos lo has conseguido?

—¿A qué te refieres?, ¿al cartel?

—¡Claro!

—Me lo he tenido que currar, esta vez me ha costado, no te creas —sonrió.

—Pues visto desde fuera parecía todo lo contrario, demasiado fácil, incluso.

—¡Qué va, si no les he podido vender ni un cupón!

—Ya, pero lo principal era recuperar el cartel y eso sí lo has hecho.

—Bueno, eso será lo principal para ti, porque yo tengo otras prioridades. Estos gitanos son muy agarrados y a cambio del cartel me han sacado un cupón, un cuponazo, mejor dicho. Así que me debes tres euros.

—¿Estás de coña?

—No.

Con Sergio nunca se sabía si estaba bromeando, a menudo me desconcertaban sus salidas, como en aquella ocasión, aunque lo que más me confundió fue lo que dijo después:

—A lo mejor te interesa saber que a ellos tampoco les salió gratis el cartel. Me han dicho que se lo compraron a un negro.

No me esperaba aquella información. Hasta entonces había estado convencido de que el robo del *Florines* era cosa de los propios gitanos, de que ellos habían ensuciado con pintura la cámara de seguridad. Pero, bien pensado, no era lógico que a la noche siguiente ellos mismos inutilizaran la cámara de la calle Mena, no me pegaba que fueran a mangar hasta allí y, además, el currela de la gasolinera tenía muy claro que el ladrón era extranjero. Por otra parte, tampoco era probable que a dos ladrones distintos se les hubiera ocurrido a la vez la idea de tapar las cámaras con pintura negra. Llegué a la conclusión de que todo aquello tenía que haberlo planeado la misma persona, si no un mismo grupo, y de que seguramente los gitanos no tenían nada que ver en el asunto.

—Oye —dijo el rubio de Cuenca—, ¿y ahora qué vamos a hacer?

Recordé la reunión de la víspera, las decisiones tomadas en ella y la tarea que yo tenía asignada.

—De momento, yo tengo que llamar por teléfono —le respondí—, y luego ya veremos. Si quieres te dejo en el rastro, hoy puede ser un buen lugar para vender cupones. ¿Te parece bien?

—Estupendo, vamos.

Antes de nada, por no andar cargado, dejé el cartel en el locutorio de Osmán. Luego, al pasar frente a la tienda del chino, decidí entrar un momento, a ver si podía sacar algo en limpio de allí. Sergio todavía me acompañaba cogido de mi brazo.

—Queremos hacerte una pregunta —dije al “simpático” dependiente—. Solo una, ¿te parece bien?

No me respondió, pero yo continué:

—¿Los ambientadores de pino te los trajo un africano?

—Sí.

—¿Un negro pequeño?

—Has dicho que solo una pregunta.

Me quedé cortado. Por suerte estaba Sergio para sacarme del apuro:

—¿Era un negro pequeño? —insistió.

—Sí.

Estuve tentado de seguir indagando, tenía curiosidad por saber cuánto había pagado el chino por la mercancía y, sobre todo, por qué se la había regalado luego a mi compañero; pero estaba claro que aquel tío no iba a soltar nada más, y me di por vencido antes de intentarlo. Di las gracias entre dientes y salimos de la tienda.

—El detective Touré nunca descansa —soltó Sergio con tono vacilón.

No entré al trapo, caminamos en silencio los metros que quedaban hasta Dos de Mayo, donde me despedí del vendedor de la ONCE antes de alejarme echando mano al teléfono.

2

Estás asqueado de los gitanos, son peores que sanguijuelas. Se las ingenian de cualquier modo para cobrar la Renta de Garantía de Ingresos tantas veces como sea posible en cada casa, mientras les dura el dinero viven sin dar un palo al agua, y cuando se les acaba, se dedican al trapicheo hasta que llega el próximo día de cobro.

Son vagos por naturaleza y, sin embargo, no les da ninguna pereza montar follones como el de la plaza del Corazón de María. Has avisado rápidamente al puesto de control, pero tus colegas han sido demasiado blandos. Sin duda, tú habrías actuado con mayor contundencia. Hay que saber cómo tratar a esa gentuza, la mayoría solo merece que los revienten a hostias, una buena paliza les haría entrar en vereda, es el único lenguaje que entienden. Y el que no se dé por aludido, a la cárcel de cabeza, qué más da si te llaman racista, al menos así aprenderían a no meterse con la gente decente.

“Decente”, una categoría en la que nunca entrará Touré, mucho menos después de los chanchullos que se trae a cuenta del cartel del *Florines*. Míralo, ahí lo tienes en una de las pantallas, dando un paseo con su amiguito ciego. Por lo visto ya se han hecho íntimos. La reyerta de la plaza no les ha salpicado por muy poco, y ahora, cuando todo vuelve a la normalidad, decides seguir sus pasos a través de las cámaras. Observas cómo caminan por San Francisco hasta el cruce con Dos de Mayo, donde el burkinés deja a su acompañante para continuar en solitario calle abajo. Entonces saca el móvil de un bolsillo, marca, y... suena tu teléfono.

—¿Qué pasa? —contestas desabrido.

—Tengo algo para ti.

—¿Ya sabes quién sabotea las cámaras de vigilancia?

—Todavía no, pero he recuperado lo que se llevaron de la gasolinera y del *Florines*.

—¿Y?

—Pues eso, que te lo puedo pasar. Quedamos cuando te venga bien si...

—¿Y para qué cojones quiero yo esas mierdas? —le cortas en mitad de la frase y escudriñas el monitor examinando la expresión de su cara. Parece contrariado, seguro que el muy imbécil no esperaba tu reacción.

—Yo qué sé, supongo que si devuelves tú mismo el cartel y los ambientadores, ganarás puntos de cara a la galería. Puede que así la gente vea que sirve para algo el trabajo de la poli en San Francisco.

“Touré está espabilando”, piensas. Ahora incluso se atreve a tomarte el pelo de vez en cuando, y maldita la gracia te hace.

—No voy a decirte por dónde te puedes meter ese puto cartel y los pinos —le respondes bruscamente—, pero sí te recordaré lo que tienes que hacer de una vez: averiguar quién ensucia las cámaras.

—Ya tengo alguna pista.

—No necesito pistas, necesito nombres. Mientras tú pierdes el tiempo buscando esas pijadas, el cabrón que me está jodiendo sigue actuando a sus anchas.

—¿Ha vuelto a suceder? ¿Dónde? —tu informante parece realmente sorprendido.

—Primero han pintado una cámara en la misma calle San Francisco, muy cerca de tu casa, junto a la tienda de ultramarinos *Romaña* —le explicas—; más tarde han inutilizado otra en la parte alta de la calle de las Cortes, donde *El Edén*, y la última en Dos de Mayo frente a una de esas teterías de moros, un local al que han llamado *Al Jazeera*, qué originales, ¿verdad?

Estás a punto de indicarle que ese local está muy cerca del lugar donde se encuentra él en este preciso instante, pero prefieres no revelar que tienes enfocada su jeta de memo con una de tus cámaras. De todos modos ya va en esa dirección.

—¿Y no han robado nada? —pregunta el africano, deteniéndose al llegar a la tetería.

Dudas si responder, no quieres quedar en evidencia ante el burkinés, pero lo cierto es que parece que el ladrón esté jugando contigo, como si estuviera desafiándote o quisiera dejarte en ridículo.

—Ha desaparecido una fregona de uno de los balcones de *El Edén* —terminas confesando—, una bandera del Athletic que había encima de *Romaña*, y una maceta con una planta de plástico de *Al Jazeera*.

Entonces es Touré quien parece indeciso.

—¿Quieres que intente recuperar esos objetos? —se aventura.

—¿Pero es que no he hablado claro? —“este tío es idiota”, piensas—. Solo quiero saber quién es el culpable, todo lo demás me la trae floja. A ver, ¿no has dicho que tenías alguna pista?

—Sí, creo que el ladrón es un hombre negro.

—¡Coño! ¡Menuda pista de lo cojones! Como en San Francisco casi no hay negros, seguro que lo encuentras pronto, ¿verdad?

El burkinés no dice nada y continúa paseando por el rastro hasta que se detiene ante uno de los puestos. Parece que algo le ha llamado la atención, aunque tú no ves nada extraordinario, solo un montón de chatarra, seguramente material robado, como la mayoría de lo que se vende en ese mercadillo de mierda.

—Puede que para mañana o pasado ya sepa quién es el tipo que buscamos —dice el africano—. De todas formas, si quieres, quedamos antes para hablar del tema.

No puedes evitar sonreír.

—No sé..., creo que este fin de semana estaré muy ocupado dando caña a una pelirroja buenorra —fijas tus ojos en el hombre del monitor, te deleitas en la rabia que tus palabras despiertan en él—. Nunca había conocido una mujer así, esa guarra es buenísima follando, y no te imaginas las mamadas que hace. ¿O tal vez sí...? —añades con inquina, antes de hacer una pausa y saborear complacido el sentimiento de impotencia que sabes que le estás provocando—. De cualquier modo, seguro que a ti no te deja correr en su boca.

Touré corta la llamada, le ves apretar los puños echando juramentos, a punto de estampar el teléfono contra el suelo.

Te recreas en la escena, coges la botella de *whisky* y, entornando los ojos, humedeces tus labios en alcohol mientras imaginas los morritos de la pelirroja succionando y estrechándose alrededor de tu miembro. Solo de pensarlo se te pone dura, puede que de verdad hagas luego una visita a la farmacéutica.

Pero de momento vas a continuar observando a tu topo, ahora nada te importa tanto como lo que él haga, intuyes que algo interesante va a salir de sus pesquisas.

3

El odio que sentía hacia la *Rata* me abrasaba por dentro y la frustración que me provocaba sentirme atado de pies y manos era una bola difícil de digerir, pero todo eso cambiaría pronto si las cosas salían bien. Traté de consolarme pensando que faltaba poco para librarme de aquella condena, que solo necesitaba mantener la sangre fría, aguantar un poco más. Por eso debía seguir actuando como si no pasara nada, tendría que continuar buscando a la persona que sabotaba las putas cámaras.

Mientras hablaba con la *Rata*, había estado curioseando entre los tenderetes del rastro. Me topé con unas cuantas plantas, tanto naturales como de plástico, y también con varias fregonas, escobas y cosas por el estilo. Comprar una bandera del Athletic, sin embargo, no parecía tan fácil, solo vi una en un cantón, en el cruce de General Castillo con Dos de Mayo, extendida en el suelo entre la mercancía que exhibía un magrebí.

—¿Cuánto vale? —pregunté, señalando la insignia rojiblanca.

—Veinticinco euros.

—Es chula, un amigo mío tenía una igualita. A lo mejor te la ha vendido él —esperé alguna reacción, pero el tipo no dijo ni mu—. Sí, un africano, pequeño... —probé suerte.

—¿Y...? —respondió el vendedor, serio y casi desafiante—. ¿La quieres comprar o no?

—No.

—¿Entonces de qué palo vas?

Me pareció que lo mejor era largarme de allí, y así lo hice, prácticamente seguro de que aquella era la bandera que había desaparecido de *Romaña*. Aún así, no tenía ninguna intención de recuperarla para devolvérsela al único tendero autóctono que quedaba en el barrio.

Caminé cuesta arriba, volviendo sobre mis pasos hasta llegar de nuevo a la tetería *Al Jazeera*. Me detuve frente al establecimiento, que tenía un rótulo sobre la puerta con su nombre y unas teteras pintarrajeadas en negro sobre un fondo blanco. Nunca me había fijado mucho en ese local, pero aquel día reparé en un detalle que al principio me había pasado desapercibido. Se trataba de una placa situada a pocos metros de la puerta. Era algo mayor que los letreros que dan nombre a las calles, y llevaba la letra “B” blanca sobre rojo, logotipo que identificaba al Ayuntamiento de Bilbao. Se podían encontrar placas de esas por muchos rincones del barrio, señalizando y ensalzando lugares de interés turístico; pero en esta había algo extraño, me di cuenta al leer el texto que llevaba grabado:

Las barreras físicas —las minas, la ría y la trinchera de las vías— aislaron a San Francisco, y las instituciones colaboraron en transformarlo en un barrio-basura, siendo tolerantes con la prostitución, con los traficantes, con la masificación de drogodependientes... Después trajeron a los chabolistas que se habían quedado sin un lugar para vivir tras las inundaciones de 1983, y luego, cuando llegaron los extranjeros más pobres, también los fueron dejando aparcados por aquí. Sin embargo, con la construcción del barrio de Miribilla, San Francisco dejó de ser un suburbio para convertirse en una zona céntrica, y las propias instituciones pusieron en marcha un proceso de gentrificación.

Reflexioné sobre aquel texto. Nunca antes había oído la palabra “gentrificación”, pero eso era lo

de menos porque el sentido del mensaje se entendía perfectamente, y aquella placa no podía haberla puesto, de ninguna manera, el Ayuntamiento de Bilbao. Se me encendió una lucecita en la cabeza y enseguida supe cuál iba a ser mi siguiente paso.

Terminé de subir la pendiente de Dos de Mayo, atravesé la calle San Francisco y continué por Arnotegi a fin de evitar el control policial de la calle Cantera. Así llegué a las Cortes, tiré hacia *El Edén* y, no junto a la entrada de este club, sino al otro lado de la calzada, cerca del neón del *Marilyn*, encontré una placa similar a la anterior, que decía:

La gentrificación no surge espontáneamente, sino instigada por los poderes conservadores. Estos hacen planes estratégicos para el beneficio a medio y largo plazo de los lobbies que ellos mismos crean atendiendo a los intereses económicos de los más poderosos, y provocan, sin ningún tipo de escrúpulo, importantes desplazamientos de personas.

Mi sospecha inicial se estaba confirmando, y no tuve ninguna duda sobre cuáles debían ser mis próximas paradas: los ultramarinos *Romaña*, el bar *Florines*, y la calle Mena. Esto es lo que leí junto a *Romaña*:

Convierten el barrio en un infierno, y obligan a marcharse de él a sus habitantes de siempre para dejar sitio a los más excluidos de la sociedad. Los precios se devalúan, las instituciones y sus protegidos compran lonjas, edificios y solares a precios ridículos, y empiezan a especular. Luego dan facilidades para abrir ciertos locales y construir pisos de lujo que atraigan a gente de clase más alta, gente más moderna, más cool, más gentry. Así es como termina el proceso de gentrificación.

Y, tal y como esperaba, junto al *Florines* y en la calle Mena también encontré leyendas sobre la famosa gentrificación, la primera criticando duramente a las instituciones, la segunda dedicada a los cuerpos de policía que éstas utilizaban a su antojo.

Todas aquellas placas parecían recientes. Seguí atando cabos, hasta darme cuenta de que mi corazonada inicial se había convertido en una sospecha bien fundada, y decidí salir en busca de la única persona que se me ocurría capaz de idear semejante plan.

El *Berebar* estaba petado cuando entré, igual que todos los sábados de rastro. Primero vi al viejo Julián, sentado en su asiento favorito con la cabeza inclinada bajo la visera, de tal modo que no se podía distinguir si estaba despierto o echándose una siesta. Todas las sillas y taburetes del bar estaban ocupados y aún quedaba gente de pie, algunos atentos a la melodía que Aliou Koiaté arrancaba de su kora en aquel momento, otros charlando de espaldas al músico guineano. Entre los clientes de la barra pronto distinguí un trío formado por Sergio, una chica magrebí e Isidro Zelaia.

—¿Qué tal, Touré? —me recibió este último—. Ya tomarás un vino, ¿verdad?

En aquella invitación no cabían negativas, así que me quedé con ellos.

—¿Qué tal, colega? —Sergio, que parecía muy contento, me saludó sujetando un vaso de vino ya vacío—. ¡Cuánto tiempo!, empezaba a echarme de menos.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿Ya has vendido todos los cupones? —saltaba a la vista que no, porque llevaba un montón de tiras colgando del cuello.

—Todavía no, pero me estaba aburriendo yo solo en medio del mercadillo y qué demonios, al final he decidido venir a disfrutar de la música. ¡Este barrio está siendo todo un descubrimiento! Ya sabes cómo he alucinado esta mañana en la plaza con la *alboka* y la *txalaparta*, ¿verdad? Pues aquí estoy ahora, deleitándome con otro instrumento exótico. Lo único, espero que esta fiesta acabe mejor.

Mientras mi amigo le daba a la lengua, observé con disimulo a la chica morena que había a su lado. Al principio no caí en la cuenta de quién se trataba, pero pronto la reconocí, cuando su rostro se contrajo de dolor a consecuencia de un leve toque que Sergio le dio involuntariamente en un hombro.

—¿Conoces a Fátima? —no tardó en preguntarme Isidro, señalando a la joven.

—Sí, de vista —tendí la mano a la protagonista de la sangrienta escena que nos había sorprendido la víspera en la calle Cantera.

—Ha tenido un problemilla con su compañero de piso —explicó el profesor—, y se ha quedado en la calle. Acabamos de pedir que le hagan un sitio en *La Posada de los Abrazos* y estamos haciendo tiempo aquí hasta que nos llamen.

En nuestro barrio había muchas asociaciones dedicadas a ayudar a las personas desfavorecidas que vivíamos en él. *La Posada de los Abrazos* era una de ellas, y ofrecía alojamiento principalmente a mujeres maltratadas.

“¡Qué pasa, tío!” una voz fuerte me sobresaltó. Era Xihab, haciéndome un guiño desde el otro lado de la barra. Sirvió la ronda que había pedido Isidro, y luego se fue a atender a otros clientes dejándole a él la tarea de repartir los tragos: un vino para Sergio, otro para mí y un botellín de cerveza para Fátima. Alzamos nuestras bebidas al aire en un brindis que me pareció de lo más oportuno para sacar el tema:

—¡Por la gentrificación! —dije, mirando a Isidro.

—¿Qué me has llamado? —preguntó con asombro Sergio.

—Nada, solo es una chorrada.

El ideólogo de los movimientos sociales del barrio, en cambio, me atravesó con una mirada seria, como si intentara leerme el pensamiento.

—¿Desde cuándo utilizas palabras tan enrevesadas, Touré? —me preguntó, recuperando su habitual aspecto despreocupado.

—Desde que me ilustro leyendo esos carteles que han aparecido decorando San Francisco.

Isidro levantó su vaso para brindar una vez más:

—¡Viva Cuenca! —exclamó.

—¡Viva! —respondió Sergio.

Fátima seguía nuestras palabras observándonos atentamente con sus brillantes ojos negros.

—¿No has visto esos letreros nuevos por el barrio? —intenté centrar el tema dirigiéndome de nuevo al veterano del grupo—. Yo creo que dan en el clavo, no dicen más que la pura verdad.

—¿En serio? —me tanteó el profesor.

—Ya sabes que sí. Quien haya escrito esos textos tiene toda la razón; aunque yo diría que ahí ha participado más de una persona, no creo que nadie haya podido colocar esas placas sin ayuda —esperé unos segundos para ver la reacción de Isidro, pero este ni se inmutó—. La ayuda, tal vez, de un africano no muy alto.

Entonces sí, su expresión de indiferencia se transformó en un gesto pícaro y volvió a alzar su vaso, en esa ocasión apuntando hacia el rincón donde Aliou estaba tocando la kora.

—Un tipo listo nuestro detective —dijo, y a continuación soltó un grito—. ¡Viva Guinea!

Sergio lo secundó sin pensárselo dos veces, con el entusiasmo de quien ya va medio pedo, mientras que Fátima había empezado a aburrirse de nuestro rollo y apenas levantó un poco su botellín. Yo, por mi parte, me quedé cortado, sin hacer nada.

Aliou giró la cabeza hacia nosotros al oír aquella aclamación a favor de su país, y nos dedicó una franca sonrisa mirándonos a través de sus gafas de montura redonda. Fijé mi vista en él; casi no podía creerlo, me costaba imaginar a aquel hombre de apariencia sensible y frágil trabajando codo con codo con Isidro, amenazando al tipo de la gasolinera, haciendo tratos con los gitanos y con el chino del bazar...

—Aliou —musité—. ¿Por qué precisamente él?

El profesor captó mi desconcierto y, ya sin tapujos, empezó a darme las claves necesarias para comprenderlo todo.

—En el lenguaje militar hay algo llamado “maniobra de distracción”, ¿no lo has oído nunca?

—No, ¿de qué se trata?

—Es una acción para despistar al enemigo, de modo que no se percate de cuáles son tus verdaderos fines, ¿entiendes? Y en nuestro caso, si además conseguimos ayudar a un artista africano que no anda muy sobrado de pasta, pues mejor, ¿no?

Asentí en silencio, esforzándome por comprender el extraño razonamiento de Isidro.

Mientras tanto, la chica y el rubio de Cuenca se habían desconectado de nuestra conversación, y ya pasaban totalmente de nosotros. Sergio solo parecía pendiente de la joven magrebí, como si su único interés fuera continuar pegado a ella.

—Ya, pero... —repliqué— este no es un barrio rico. Seguro que las víctimas colaterales de tus “maniobras de distracción” tampoco tienen mucho dinero.

—¿Cuántas placas has visto hasta ahora?

—Cinco.

—Entonces ya las has visto todas —pegó un trago de vino—, de momento. Mira, para que te enteres: los del *Florines* están forrados, llevan toda la vida vendiendo pulpo a toneladas; de los *Romaña* podría decir tres cuartos de lo mismo, ¿no te has fijado en que siempre tienen la tienda llena? Y sobre la gasolinera... ¿qué te voy a contar? Aparte de eso, el resto del “botín” solo son tonterías cuya pérdida no supondrá ningún trastorno a sus dueños, pero que a nuestro amigo le han venido de perlas para sacarse unos eurillos.

Me fijé otra vez en Aliou. Seguía acariciando suavemente las cuerdas de su kora sin imaginarse que estábamos hablando de él.

—Es imprescindible que el barrio se llene de ese tipo de mensajes —continuó Isidro—, para dejar en evidencia a las instituciones y denunciar el juego sucio de los poderes. Al menos que no nos tomen por gilipollas, ya es hora de que la gente sepa lo que están haciendo y reaccione contra ello.

Isidro sabía darle al coco como nadie, y aunque a veces llegaba a unas conclusiones un poco raras, él creía en lo que decía y había demostrado sobradamente que era capaz de llevarlo a la práctica.

Me quedé pensando en algo que no terminaba de ver claro:

—Y lo de la calle Mena... ¿Fue pura casualidad que pintarais la cámara precisamente en ese momento?

—¿Tú qué crees? —hizo una pausa para beber—. Nuestras intervenciones pueden cumplir varios objetivos al mismo tiempo, y en ese caso concreto aprovechamos para evitar que un par de ingenuos amigos se metieran en graves problemas. En Mena no es que matáramos dos pájaros de un tiro, fueron tres, o no... ¡cuatro! Fueron cuatro si contamos la tomadura de pelo a la policía.

—Entonces, ya sabíais lo que estábamos haciendo.

—¡Por supuesto!

—¿Y cómo os enterasteis?

—Cuatro oídos, aunque sean viejos, oyen mucho.

Traté de descifrar el acertijo: ¿Qué cuatro oídos? ¿A quién más se refería? Empecé a hacer memoria intentando recordar quién estaba cerca de nosotros en el *Berebar* mientras Xihab y yo planeábamos cargarnos al cojo. Estaba Isidro, como siempre, y... ¡joder!, ¡Julián!

—Como suele decirse: “la policía no es tonta” —añadió, mientras yo miraba con asombro al viejo dormilón—. Aunque igual no es una comparación muy apropiada —sonrió con malicia—, porque yo no soy madero y, encima, en esta ocasión, la policía de verdad no ha andado muy viva, que digamos. Hemos sido más listos que ellos, un tanto más a nuestro favor —volvió a levantar su vaso:

—¡Viva Machiavello!

Este último brindis no tuvo ningún eco. Yo fui el único que hizo amago de secundarlo con un tímido gesto, los demás ni siquiera eso.

A veces me costaba seguir el discurso de Isidro, y en aquella ocasión ya empezaba a perderme, pero al menos se habían confirmado mis sospechas. No andaba equivocado al pensar que solo a él se le podía ocurrir un plan tan extravagante y genial al mismo tiempo. Después de dar todas las explicaciones que le parecieron oportunas, nuestro eminente activista decidió cambiar de tema.

—Habrás que sacar otra vuelta, ¿no?

Con la llamada del vino, Sergio volvió a conectarse a nosotros y quiso pagar una ronda al menos, pero Isidro no se lo permitió. Durante los siguientes minutos, o quizás horas, hablamos de todo un poco, y hasta conseguimos que Fátima interviniera de vez en cuando. Así me enteré del trágico final de su compañero y del futuro tan incierto que la esperaba. A Sergio, por su parte, parece que le entró morriña de repente, porque primero nos hizo una lista de las joyas de Cuenca: las Casas Colgadas, la Ciudad Encantada..., y después empezó a insistir una y otra vez en que teníamos que ir allí sin falta, que él nos invitaba a su casa.

En ese momento debía de ser yo el único a quien le costaba seguir el hilo de la conversación, y es que por mucho o poco que me interesara lo que decían mis compañeros, no podía quitarme de la cabeza un nuevo motivo de preocupación: había descubierto, por fin, quién era el saboteador de las cámaras, pero ahora... ¿que se suponía que debía hacer?, ¿ir con el chivatazo a la *Rata*?, ¿cerrar la boca y guardar esa información en secreto?, ¿decírselo a Xihab?... ¿Y si me inventaba cualquier mentira? No sabía cómo acertar. De cualquier forma, aún faltaba por concretar el punto más importante, lo que iba a condicionar todo: ¿cuándo íbamos a dar el paso definitivo para librarnos de aquel cerdo psicópata y chantajista?

La tarde pasaba en el *Berebar*, donde clientes de todas las razas compartíamos tiempo y espacio. La gente consumía té, café o alcohol, y muchos también pedían algo de comer, lo mismo unos pinchos morunos que un bocata, un *tajín* o un cuscús, sin importar que fuera la hora de merendar o de cenar. Y es que en los locales de nuestro barrio, al contrario que en el Bilbao Blanco, eso de los horarios era muy relativo. Xihab demostraba a diario que tenía bien merecido el sueldo, currando sin parar de sol a sol detrás de la barra, y Aliou, dando esos conciertos de kora interminables, también se ganaba a pulso un dinero que nunca cobraba.

De repente, Isidro recibió una llamada, por lo visto de alguien de *La Posada de los Abrazos*, porque después de colgar el teléfono, nos dijo que ya tenían sitio para Fátima. Entonces, por primera vez, vi sonreír a la chica; aunque no fue una de esas sonrisas luminosas, sino más bien un gesto amargo que reflejaba las huellas de una vida llena de sufrimiento. Nos despedimos, ella se dirigió hacia la salida llevándose instintivamente la mano hacia el hombro herido, y nuestro veterano amigo, que había decidido acompañarla, me hizo una recomendación antes de irse:

—Hagas lo que hagas —dijo, poniéndose muy serio— ándate con cuidado. Y si necesitas apoyo logístico, pídeselo a los amigos de verdad.

Les seguí con la mirada mientras salían. No pude evitar un profundo sentimiento de gratitud, pensé en cuánto debía yo a Isidro y a gente como él. Entonces ni me imaginaba que solo unos minutos después entraría al bar un individuo con quien tenía otro tipo de deudas, el protagonista de mis peores pesadillas.

La *Rata* me localizó en cuanto asomó el hocico por la puerta. Sujetó mis ojos con mirada autoritaria y me hizo una seña para que saliera a la calle.

Una vez fuera, la gente que charlaba en la acera a la entrada del *Berebar* se apartó de nosotros como si lleváramos la peste. La *Rata* se encendió un pitillo, apoyó la espalda contra la pared, y yo me puse a su lado, a verlas venir. Él fumaba en silencio y yo callaba, ambos esperando que fuera el otro quien diera el primer paso. Pero la situación era cada vez más tensa y ninguno de los dos abría la boca. No sabía por dónde me saldría el tipo, lo único que tenía claro era que no iba a ser yo quien hablara primero.

—¿No tienes nada que contarme? —cedió él, finalmente, después de pisar la colilla en el suelo.

—¿Sobre qué?

—Sobre tus parientes de Burkina Faso, ¿no te jode!, ¿tú que crees?

Me encogí de hombros y la vista se me fue hacia la cámara fija de la pared. Él se dio cuenta.

—¿Qué estás mirando?, ahora estoy aquí contigo, no ahí detrás. No tienes de qué preocuparte, el centro de vigilancia se ha quedado vacío y nadie puede espiarnos, así que puedes contarme lo que te apetezca.

Tenía que pensar muy bien lo que iba a decir, posiblemente el muy cabrón ya habría averiguado algo por su cuenta, pero ¿hasta qué punto? Aquella duda me inquietaba.

—¿Por fin te has enterado de lo que es la gentrificación? —soltó por sorpresa.

“¿Cómo hostias...?”, me pregunté.

—¿De verdad te has creído que puedes ser más listo que la policía? —añadió con tono burlón.

Volvió a callar, puso otro cigarrillo entre sus labios y absorbió con fuerza para encenderlo. ¿Cómo había conseguido aquella información? Daba igual, lo importante en ese momento era mantener la calma, quizás la *Rata* solo aparentaba más de lo que realmente sabía, una estrategia para acojonarme y soltarme la lengua.

Pero cuando volvió a tomar la palabra dejó claro que no se estaba tirando un farol:

—No es la primera vez que ese héroe de las asociaciones nos toca los cojones, ya va siendo hora de ponerle un castigo ejemplar —dio una larga calada al cigarro—, algo que sirva de escarmiento para él y todos los de su cuerda.

Expulsó el humo lentamente, formando pequeños anillos mientras apuntaba al cielo.

—En lo que respecta a ese negro esmirriado —añadió—, el planteamiento es distinto. Hay que enseñar a los extranjeros a portarse bien cuando están fuera de su casa, ¿no te parece?

Continué escuchando el monólogo sin abrir la boca.

—Ese tipo ahora va a dormir a un piso de las Siete Calles —dijo—, y todas las noches cruza el puente de La Merced —empecé a temerme lo peor—. Vais a esperarlo ahí para quitarle esa puta guitarra, quiero que la destrocéis delante de sus narices y que se la tiréis al río. Después... —dejó unos segundos de suspense—, podéis hacer lo que os dé la gana con él. Lo arrojáis al agua detrás de la

guitarra o si no, al menos, le dais una paliza. Pero una paliza de verdad, que lo mande al hospital.

—No —me sorprendí a mí mismo siendo tan tajante con la *Rata*—. No podemos hacer eso a Aliou.

—¿Que no? —sujetó el cigarrillo entre los dedos y acercó la punta incandescente a mi cara, obligándome a echar la cabeza hacia atrás—. Os permito que le perdonéis la vida, deberías agradecermelo. Y no voy a recordarte la deuda que tenéis conmigo, así que ¡ya basta! Lo haréis esta misma noche.

—¿Hoy? —tenía que pensar algo rápidamente—. No sé si podremos, los sábados Xihab está muy ocupado con las cenas. Danos un par de días, para prepararlo mejor.

La *Rata* se llevó el pitillo a los labios, llenó el pecho de humo y lo vació espirando lentamente. “Fuma todo lo que quieras, hijo de puta, no vamos a darte la oportunidad de morir por un cáncer de pulmón”, pensé.

—Mañana, como muy tarde.

No me atreví a llevarle la contraria, quise pensar que habría tiempo suficiente para acabar de preparar la sorpresa que teníamos para él.

En ese momento salió del *Berebar* el viejo Julián. Pasó frente a nosotros, caminando muy despacio y sin decir nada, como si ni siquiera nos hubiera visto mientras dirigía sus cansados pasos hacia la residencia de la calle Zabala.

—El día ha terminado para el amigo Julián —dijo la *Rata*—, pero la noche aún es joven para nosotros. ¿Tú qué plan tienes?

La *Rata* dejó a un lado su tensa actitud para recuperar una de sus sonrisitas más asquerosas. No podía esperarse nada bueno de aquel cambio. Miró su reloj.

—Ya casi son las ocho —continuó—, buena hora para salir de parranda un sábado. Es posible que los dos tengamos el mismo plan en mente, pero ya sabes que el primer plato es para mí, ¿verdad? ¿O quizás sería más correcto decir que yo seré el primer plato?

Me dio la espalda sin más explicaciones y cruzó la calle hacia la farmacia *Arteta*. Antes de entrar giró la cabeza para asegurarse de que yo seguía ahí, mirándole.

6

La *Rata* me había dejado hecho polvo y me costó reaccionar. Incluso bajé la cabeza cuando *Sa Kené* apareció al otro lado de la puerta de cristal para cerrar por dentro la farmacia. No me sentía capaz de mirarle a la cara. ¿Qué se suponía que debía hacer? Solo había una respuesta: joderme hasta que llegara el momento de la venganza. Entré de nuevo al bar y me acerqué a Sergio.

—Hola, Touré —me saludó, en cuanto me sintió cerca—. ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien.

—Venga, aprovechando que no está Isidro, voy a sacar yo una ronda. ¿Qué quieres?

—Algo fuerte —respondí.

—Ron, ginebra, *whisky*...

—Cualquier cosa, ron está bien.

Xihab me dirigió una mirada punzante mientras me servía la bebida en un vaso de tubo. Cuando el líquido llegó al nivel de lo que se suponía una consumición, me preguntó si era suficiente. Yo me encogí de hombros sin decir nada y él inclinó la botella hasta que el vaso estuvo casi lleno.

El bereber sabía de sobra lo que me abrasaba por dentro, y Sergio, que se olía algo, fijó sus ojos ciegos en mí:

—¿De verdad va todo bien, Touré?

—Sí —afirmé, aunque mi propio tono me desmentía.

El de Cuenca evitó preguntas incómodas, y así pasamos un buen rato, solo intercambiando alguna frase suelta de cortesía mientras mi vista escapaba una y otra vez a través de la ventana del bar hacia el otro lado de la calle.

A falta de conversación, nos quedamos en silencio escuchando la música. Me fijé en Aliou, aquel músicomenudo, de apariencia delicada, todo sentimiento en cada nota que extraía de su kora, y pensé en el “trabajito” que acababan de encargarme para él. “No”, repetí en mi interior; yo nunca podría ser tan cabrón, jamás le tocaría un solo pelo, ni a él ni a su kora, que era como una parte más de su cuerpo. Tanto si conseguíamos librarnos de la *Rata* como si no, en ningún caso le haría daño. La decisión estaba tomada y me importaban una mierda las consecuencias.

—¿Has terminado el ron? —preguntó Sergio, cortando mis reflexiones.

—Sí —en mi vaso solamente había un pequeño poso.

—¿Quieres otro?

—Vale, cárgalo a mi cuenta.

—No digas tonterías.

Pasaron unos minutos muy largos, llenos de música y vacíos de palabras, hasta que vi a Cristina observándome desde la puerta del bar, con un gesto triste que pretendía ser una sonrisa.

—Tengo que irme —le dije a Sergio—. ¿Te arreglarás tú solo?

—Pues claro, Touré, sin problema. Te preocupas por mí más de lo que merezco.

Me despedí del chico con un apretón de manos y fui hacia la mujer que me estaba esperando en

la calle. Sin decir nada, pasé un brazo por su hombro mientras ella se agarraba a mi cintura, y echamos a andar calle abajo.

Caminamos a paso tranquilo dejando atrás primero el puesto policial de la calle Cantera, y luego la tienda de la joven pareja china, la guarida del chino insoportable, el locutorio del primo de Osmán... y otros tantos locales y comercios, todos aún abiertos. El reloj y los calendarios no existían en San Francisco, allí no se aplicaba un horario fijo de cierre ni había fines de semana ni festivos, por lo que los tenderos africanos, asiáticos y sudamericanos estarían todavía unas horas más al pie del cañón, a la espera de algún cliente, cualquiera que fuera con tal de que dejara al menos unos céntimos sobre el mostrador.

Hicimos todo el trayecto en silencio, hasta llegar a la plaza del Corazón de María. Entonces habló Cristina:

—¿Estás bien?

—Sí —le respondí—. ¿Y tú?

—Yo también.

Después de mentirnos mutuamente, colocó sus dedos bajo mi barbilla y empujó con suavidad haciéndome levantar la cara al tiempo que buscaba mi mirada.

—¿Tienes hambre?

—Bueno...

—Te invito a cenar en *Sarean*.

—Vale.

El nuevo centro cultural del barrio, aparte de un pequeño escenario, tenía bar y comedor. Organizaban muchas actividades: charlas, funciones de teatro, películas, conciertos..., y todas las tardes había algo especial. Allí se acercaban sobre todo vecinos del barrio, aunque el lugar se estaba poniendo de moda entre los habitantes del Bilbao Blanco y los fines de semana aquello se llenaba de clientes que acudían desde cualquier punto de la ciudad para degustar su original carta.

En cuanto entramos vimos que, como era de esperar un sábado por la noche, aquello estaba muy animado. Tuvimos suerte al encontrar una mesa libre. Mientras esperábamos a ser atendidos, me di cuenta de que yo era el único negro que había en el local, seguramente el único extranjero, y me sentí extrañamente incómodo, rodeado de tanta gente autóctona en el corazón de San Francisco. Por si eso fuera poco, me resultó imposible disfrutar del vino y la buena comida porque no podía sacarme el sabor amargo que llevaba dentro.

Ninguno de los dos mencionamos la visita de la *Rata* a la farmacia, pero con los postres salió el tema de nuestro plan para terminar con aquel infierno.

—¿Cuándo vamos a hacerlo? —pregunté a mi compañera.

—Xihab me ha pasado las pastillas esta tarde y ya he empezado a trabajar con ellas. Si todo va bien y los clientes me dejan tiempo libre, tendré el material listo para mañana o pasado.

—Tienes que prepararlo todo en la farmacia, ¿verdad?

—Claro, es allí donde tengo el laboratorio. Mañana toca guardia, así que tendré que abrir, pero los domingos no suelen ser muy movidos.

—En cuanto acabes me avisas, ¿vale?

—No te preocupes, serás el primero al que llame.

Parecía que Cristina se había ido relajando durante la velada, ya no tenía la misma expresión triste del principio. Tomó una cucharadita de helado de chocolate blanco y lo mezcló con un poco

de mermelada de ciruela antes de llevárselo a la boca.

—Mi postre está buenísimo —dijo—. ¿El tuyo también? —preguntó, señalando mi batido de frambuesa.

—Sí, está muy rico.

—¿Compartimos?

—Vale.

Dejamos de hablar un momento para endulzarnos el paladar durante unos minutos. Cuando llegué a la mitad del batido, dejé de sorber por la pajita y le pasé el vaso a la pelirroja.

—¿Has quedado con la *Rata*? —me preguntó, empujando su plato hacia mí.

—Lo he intentado, pero no me hace mucho caso, y no quiero ser pesado, a ver si va a sospechar algo.

—Sí, mejor ser prudentes, ese tío es listo y podría darse cuenta.

—Trataré de citarme con él cuando lo tengas todo preparado.

—Muy bien, a ver si terminamos pronto con esta pesadilla.

Después intentamos olvidarnos de aquel asunto. A mí el helado me ayudó a calmar el ardor que me consumía por dentro, a *Sa Kené* también pareció hacerle bien el sabor dulce del batido, y cuando terminó de vaciar el vaso, posó suavemente su mano sobre la mía. Miré alrededor instintivamente, no podía evitarlo, me sentía observado, como si toda la gente del comedor estuviera mirándonos. Pero me equivocaba, en el resto de las mesas cada uno estaba a lo suyo.

La camarera, una simpática morena con un *piercing* en el labio, vino a preguntarnos si nos apetecía tomar café.

—No, gracias —dijo mi compañera, rozando levemente mis dedos—. Lo tomaremos en casa.

Has saciado tu hambre de sexo con el placer que te ha dado la guarra pelirroja, sin embargo, el cuerpo no para de pedirte *whisky* y esta noche casi te has bebido una botella entera. Estás completamente ebrio, tu conciencia bucea entre olas de licor ambarino y te cuesta fijar la atención en los monitores.

Entonces, como en una ensoñación producto del alcohol, aparece ella, la señora de aspecto celestial, de nuevo en San Francisco, cruzando el puente de Cantalojas. Pero sabes que no se trata de ninguna alucinación, sabes que ella realmente existe ahí fuera, fuera de esta sala, fuera de tu cabeza. El ángel nocturno que recorre las calles practicando la caridad trae hoy el carro bien provisto de alimentos y se detiene en la plaza Fleming para repartir algunas bolsas entre los pobres negritos antes de continuar su marcha. Te parece que va flotando, sus cabellos dorados irradian una luminosidad etérea y su vaporosa figura avanza casi sin rozar el suelo.

Deberías irte a casa, solo tendrías que querer hacerlo, ya has cumplido tu jornada laboral más que de sobra y las cámaras continuarán grabando aunque tú no estés. Pero quienes solían aguardar tu llegada ya se han marchado, ahora solo te espera una cama fría en un piso vacío.

La mujer de melena rubia entra en la calle de las Cortes, donde se para a hablar con unas prostitutas que la escuchan desconfiadas. A esta hora la mayoría son nigerianas, solamente dos rompen el molde, ambas conocidas tuyas, una joven mulata brasileña y una vieja blanca aún más arrugada que la señora del carro.

Recuerdas muy bien a la brasileña, era la puta más guapa del barrio, una belleza, alegre, salerosa... Sin embargo, ya no es ni la sombra de lo que fue, ahora callejea hecha un adefesio seboso. Su vida se hundió de repente el día en que fue secuestrada por un grupo de africanos, unos diez hombres que la tuvieron encerrada en una lonja durante meses, borracha y drogada para disponer de ella a su antojo. La violaron cada día de cautiverio, clavando sus descomunales vergas en cada orificio de su cuerpo hasta romperle el alma. Cuando fuisteis a liberarla ya había perdido la cabeza sin remedio y tenía un bombo de unos cuantos meses. Vosotros la sacasteis del agujero donde estaba encerrada, pero ella sigue presa en la calle, su verdadera cárcel, de donde jamás podrá salir y adonde volvió después de parir un bebé que nunca pudo acariciar porque se lo arrebataron en el mismo momento del alumbramiento. Ahora se la puede ver a cualquier hora vagando por el barrio, errante como un alma en pena, con la mirada perdida para siempre.

¿Y tú? Te preguntas si no tendrías que hacer algo para recuperar a tu familia, por lo menos a tus hijos. Dudas que merezca la pena y te consuelas pensando que, de cualquier modo, aún podría ser peor. No tienes más que echar un vistazo a tu entorno: la mayoría de tus colegas divorciados se han visto obligados a buscar un piso de alquiler y encima tienen que pasar la mitad del sueldo a la ex. Por lo menos a ti no te han echado de casa, se han ido ellos, y tampoco van a reclamarte ninguna pensión. Esa zorra tiene dinero de sobra, su familia está forrada y ella, la muy puta, ha dejado claro que no quiere nada tuyo. Sientes un espasmo en el estómago, se te llena la boca de un sabor agrio...

¡Qué asco! Esa víbora repugnante no es mejor que las fulanas que ves en los monitores. Ahora que ya sabes cuál es su nueva dirección, tendrás que pensar en algo para ella, esto no va a quedar así.

La vieja prostituta blanca también podría contar mil batallas, sin ir más lejos la que le sucedió la semana pasada, cuando un aldeano zumbado se la llevó hasta su caserío. Por lo visto, no terminaban de ponerse de acuerdo y al final el hombre se cabreó tanto que sacó un revólver. Entonces la amenazó, le quitó todo lo que llevaba en el bolso y antes de echarla a la calle la enculó, primero con el cañón de la pistola, luego con un arma de mayor calibre que llevaba entre las piernas.

La realidad de San Francisco forma un puzle de historias verdaderamente increíbles, como en el caso de la mujer que va haciendo obsequios con un carro de supermercado. Las putas de la calle han terminado aceptando sus bolsas de comida, y ahora hablan entre ellas mientras observan cómo se aleja.

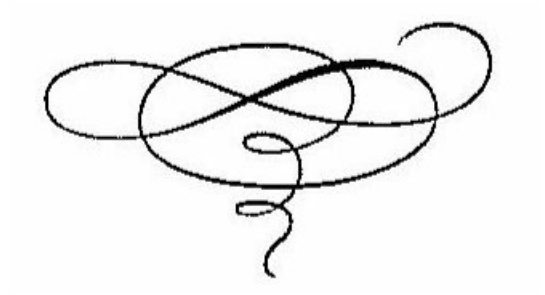
Cada vez te sientes más cómodo en tu trono del puesto de control, mucho mejor que en tu casa. Aquí, al menos, tienes poder, inspiras miedo, por eso pasas las horas muertas sentado en esa silla giratoria, no por celo ni entrega en el trabajo, sino por la satisfacción que te produce el estatus que este cargo te da. Esta sala se ha convertido en el motor de tu vida, fuera de aquí ya no eres nadie, nada tiene sentido, las cámaras y los monitores son tu tabla de salvación, sin ellos no merecería la pena levantarse cada mañana; pero también son tu farlopa y tu caballo, estás tan pillado como esos yonquis a los que vigilas. En el fondo eres uno de ellos.

El ángel de melena rubia sale de Cortes y sube por la calle San Francisco hasta el cruce con Dos de Mayo, donde se detiene junto a los moros esnifadores de pegamento. Ellos se quedan mirándola alelados, con la extrañeza impresa en sus caras, como si estuvieran preguntándose qué pinta esa tipa ahí, como si dudaran de su presencia real, tal vez pensando que se trata de una alucinación producida por los vapores que respiran. Incrédulos, aceptan sus regalos de todos modos, y luego la ven marchar calle abajo. En un par de minutos van tras ella.

Se te ha terminado el *whisky* y estás demasiado borracho para salir a buscar más, tendrás que esperar a mañana. Te entra sueño, te echas hacia atrás en el respaldo de la silla, subes los pies a la mesa, se te cierran los ojos.

Mientras tanto, la mujer etérea emerge entre penumbras al borde de la ría, se dirige hacia la arcada del muelle en busca de algún indigente al que todavía no haya dado de comer esta noche, pero un grupo de jóvenes magrebís le cierra el paso. Los mismos que hace un momento se han aprovechado de su generosidad ahora le quitan el carro, también el chaquetón, el reloj, un anillo... La registran de arriba abajo mientras ella les deja hacer sin oponer resistencia. Luego la empujan a la oscuridad bajo los arcos y empiezan a sacarle la ropa a jirones.

V
SEGUNDA INCÓGNITA



1

El domingo por la mañana me desperté con las suaves caricias de *Sa Kené*. Todavía entre sueños, aspiré hondamente el aroma de su pálida y dulce piel, y al abrir los ojos quedé cegado por los destellos del sol sobre su cabello rojo. Suponiendo que el Cielo existiera, no podría ser mejor que aquello. El placer se prolongó bajo el chorro caliente de la ducha, mientras nos enjabonábamos uno a otro y nuestros fluidos volvían a mezclarse irremediabilmente. Después hicimos un desayuno quizás más terrenal, pero todo un lujo para mi estómago africano. No recordaba la última vez que había tomado yo un zumo de naranja natural, y nunca me supo tan rico un café con leche, acompañado, además, de tostadas con mantequilla y mermelada.

Lástima que pronto se rompiera el encanto, en cuanto nos separamos para aterrizar de nuevo en el mundo real. Cristina se fue a la farmacia a trabajar y yo a mi piso patera a tumbarme en el viejo colchón que tenía en el suelo de la habitación compartida con Osmán. Pasé las horas muertas mirando al techo sin hacer nada, solo intentando retener el regustillo de la noche anterior con *Sa Kené*, pero la huella de sus besos se fue borrando poco a poco y empecé a sentirme inquieto.

Con nuestro plan casi a punto, lo más conveniente era evitar que nos vieran juntos durante las horas previas. Habíamos acordado entre los cuatro esperar por separado la llamada de la pelirroja, y no ponernos en contacto, ni siquiera por teléfono, a menos que fuera imprescindible. Yo cumplí a rajatabla, me quedé encerrado en mi cuarto esperando a que sonara el móvil. Pero no hubo novedad en toda la mañana y cuando llegó el mediodía nadie apareció por casa, así que saqué unas sobras de arroz que había en el frigorífico y me puse a comer yo solo. Después pasé toda la tarde dando vueltas, del colchón a la ventana y de la ventana al colchón, intentando distraerme con una radio vieja, lo único que tenía a mano para hacer la espera un poco más llevadera.

Los domingos no había tanto ambiente en las calles de San Francisco, los bares de los blancos cerraban y, como alternativa, sus clientes iban a emborracharse a las Siete Calles. Solían quejarse de lo caro que era salir de potes por aquella zona, pero tenían la costumbre tan metida hasta el tuétano que al final siempre acababan allí, bebiendo sin parar durante horas, olvidándose incluso de ir a comer. Luego, con los bolsillos ya prácticamente vacíos, volvían al barrio como podían, normalmente haciendo esos por el camino.

Isidro Zelaia era el mejor ejemplo de chiquitero fiel a su tradición. Le vi pasar por debajo de mi ventana, regresando del Bilbao Blanco ya por la tarde.

—¡Aúpa, Touré! —gritó cuando me vio desde la calle.

Le devolví el saludo con la mano.

—¿Bajas a echar un vino en el *Berebar*? —me preguntó a voces.

—No, gracias.

—¿Qué pasa? ¿Tan ocupado estás?

—Sí.

—¿En serio?

—En serio.

—Anda, acompáñame con el último. Tomamos la espuela, y nos retiramos, ¿vale?

Estuve a punto de aceptar la invitación de Isidro porque ya estaba harto de esperar sin moverme de casa, pero conseguí reprimirme, prometiéndole que ya nos juntaríamos en otra ocasión. Era mejor tener paciencia y aguantar solo, con los sentidos bien alerta, aunque la esperanza de recibir aquella llamada tan importante se desvanecía por momentos.

El teléfono seguía sin sonar, y al anochecer, cuando salí a la ventana por enésima vez, respiré hondo tratando de calmar mi ansiedad. Empecé a mentalizarme de que no tendría más remedio que esperar al día siguiente. Me preocupaba que la pelirroja hubiera sufrido algún imprevisto serio. Quizás solo había tenido más clientes de lo esperado en su turno de guardia; pero ¿y si la *Rata* había aparecido por sorpresa en la farmacia? Era inútil seguir torturándome, Cristina ya me había dicho que el material estaría listo “para mañana o pasado”, así que intenté tranquilizarme pensando que, a fin de cuentas, el plan seguía dentro del plazo previsto y que seguramente sería el lunes cuando sucediera lo que tuviera que suceder.

Me sentí aliviado cuando oí girar una llave en la puerta y aparecieron mis compañeros de piso senegaleses. Volvían a casa cargando a la espalda unas bolsas enormes con el material que aún no habían vendido, y no sé qué cachondeo se traían, que entraron entre risas. ¡Vaya moral la de aquellos jóvenes! Admiraba el optimismo que contagiaban. A pesar de llevar una vida difícil, eran poco dados a lamentarse y no se quejaban casi nunca, ni siquiera cuando les iba fatal con las ventas. Gracias a su compañía pude dar esquinazo a mi angustia, al menos durante un rato.

Nos sentamos en la cocina, que para nosotros era nuestra sala de estar, y empezaron a contarme de muy buen humor las anécdotas del día, desde las ventas más destacables hasta las espantadas a cuenta de la policía, con quien tenían que jugar al escondite constantemente. Parecían tomarse a broma el tema, coincidiendo todos en que la poli de Bilbao no era de lo peor que se habían encontrado. En eso tenían más suerte que yo.

Después de unos minutos charlando tranquilamente, uno de ellos se levantó para empezar a preparar la cena que, como no podía ser de otra manera, consistía en un plato de arroz con unos pocos condimentos. Cuando Osmán volvió a casa, hacía un buen rato que habíamos terminado, pero seguíamos de sobremesa. El maliense saludó al entrar en la cocina, cogió un plato limpio y se sentó con nosotros. Luego, volcó la cazuela del arroz y rascó el fondo con la cuchara para arrebañar bien los granos que se habían quedado pegados.

—¿Nada? —me preguntó, sentado frente a mí.

—Nada.

—No tienes buena cara.

—Me he agobiado un poco esperando, ¿tú no?

Mi compañero de cuarto se encogió de hombros y empezó a comer.

—Eso ya tiene que estar frío, ¿no vas a calentarlo? —señalé su plato de arroz.

—Da igual. Algunas cosas saben mejor en plato frío.

Levantó la mirada y me hizo un guiño.

—Por ejemplo, lo de mañana —continuó—. ¿No conoces el dicho?

Reparé en los jóvenes senegaleses: aunque no sabían de qué hablábamos, seguían escuchando respetuosamente y en silencio, como era costumbre en nuestra casa cada vez que Osmán abría la boca.

Esperamos a que el maliense terminara de cenar. Después recogí la mesa y metí los platos sucios en el fregadero.

—¿Preparo té? —pregunté, mirando al veterano del piso.

—¡Claro! —respondió, con una sonrisa.

Me reconfortaba la serenidad de Osmán.

2

El despertar de la siguiente mañana poco o nada tuvo que ver con el de la víspera. Lo primero que oí fueron los ronquidos de Osmán, y el único aroma que llenó mis fosas nasales cuando aspiré hondamente para desperezarme fue el de los sobacos de los dos tipos que dormíamos en aquel cuchitril. No había ninguna princesa esperándome en la ducha y sabía que tampoco iba a encontrar ni una triste galleta maría en el armario a la hora de desayunar, así que me quedé en el colchón hasta bien tarde. Cuando me harté de estar sin hacer nada, me levanté antes de que volviera a invadirme el malestar del día anterior y salí de casa.

Me dirigí a la biblioteca con la idea de distraerme un poco y, una vez allí, fui directamente a la sección de prensa para hojear algún periódico. No había nada nuevo, solo las mismas noticias repetitivas que había escuchado la víspera en la radio: las idas y venidas de los refugiados sirios, las monstruosidades de ISIS y la lucha en su contra tanto en Oriente como en Occidente, las inútiles negociaciones entre partidos políticos para llegar a acuerdos, algunos futbolistas haciendo declaraciones sin sustancia...

No fue mucho más motivante sentarme frente a uno de los ordenadores y abrir mi correo electrónico. Como de costumbre, no había ni una sola oferta de trabajo, estaba visto que no funcionaba la estrategia de anunciarme como vidente dejando por ahí tarjetas con mi contacto. Aparte de esa decepción, para no variar, me encontré la bandeja de *spam* llena, y también los habituales mensajes de mi mujer lamentándose por la situación en que se hallaba nuestra familia, diciéndome que, si no era capaz de enviar más dinero, si no me iban a dar los papeles ni tampoco veía la posibilidad de lograr la reunificación familiar, mejor haría regresando a Gorom-Gorom, que allí buena falta hacía el hombre de la casa.

Sentí que me asfixiaba, me levanté de la silla como impulsado por un muelle y me acerqué a la cristalera de la biblioteca buscando un poco de sosiego en las vistas de la ría. Pero en lugar de relajarme me puse aún peor recordando que, una vez, desesperado, estuve a punto de tirarme a sus aguas para acabar con todo. Ahora no estaba tan al límite, pero si nuestro plan salía mal, no haría falta un segundo intento de suicidio, ya se encargaría alguien de matarme. O eso o terminaba con mis huesos en la cárcel. Lógicamente ninguna de las dos opciones me resultaba apetecible, tenía claro que si algo salía mal tendría que largarme de Bilbao a toda hostia.

Consciente de que no me ayudaba en nada seguir comiéndome la cabeza, decidí moverme de allí. Además, aún tenía un tema pendiente.

—¿Ya te vas, Touré? —me preguntó Begoña, al verme ir hacia la salida.

—Sí, es que hoy tengo muchas cosas que hacer —expliqué a la simpática bibliotecaria.

—Mejor así, ¿no?

—Sí, claro.

—A ver si algún día tomamos un cafelito juntos y charlamos tranquilos.

—Cuando quieras.

No me apetecía quedarme más tiempo por allí, así que me despedí de la chica y continué hacia la salida. En cuanto puse un pie en la calle, un fuerte ruido me sobresaltó. No era nada, solo un balonazo, un gitanillo que estaba lanzando tiros a la escuadra contra la puerta de la biblioteca. Lo reconocí al instante: era el enano que se me había puesto chulito la primera vez que fui a preguntar por el cartel luminoso. Sin decir nada, me hizo un pase que yo le devolví con un estilo bastante lamentable.

—No eres muy bueno jugando al fútbol, ¿verdad? —me soltó el mocoso.

—No es mi deporte favorito. Aunque parece que a ti sí se te da bien —respondí—. Por cierto, ¿a esta hora no deberías estar en la escuela?

—Sí, pero estoy enfermo.

—Entonces tendrías que estar en la cama.

—En la cama me aburro.

—¿Y tus padres?, ¿ya saben que andas por aquí?

—Mi madre está ahí —señaló a una mujer gorda entre las que charlaban junto a los columpios.

—¿Y tu padre?

—En la cárcel.

Me mordí la lengua deseando no haber abierto la boca. Sin embargo, el chavalín no parecía muy dolido con aquel asunto, a fin de cuentas tener algún familiar preso no era tan raro entre los habitantes de San Francisco, y muchos jóvenes del barrio eran carne de cañón, candidatos a pasar tarde o temprano una temporada entre rejas. Al hacer esa reflexión, me pregunté si a fin de cuentas no sería ese mi propio destino.

Hice el último pase al crío, tan malo como el primero, y continué hacia delante, cruzando la plaza con la mirada fija en el suelo, no fuera a ser que encima pisara una mierda de perro.

3

Osmán estaba matando el tiempo a la puerta del locutorio, como casi siempre. Tenía un gesto muy serio, a él también se le notaba preocupado por el resultado incierto de nuestro plan.

—He venido a por lo que dejé aquí el sábado —dije, después de saludarle con un apretón de manos.

—Mira, ahí lo tienes.

Cogí el cartel, que seguía empaquetado, y lo puse junto a la puerta.

—¿Cómo va el negocio de los ambientadores? —pregunté.

—Los vamos vendiendo poco a poco. Creo que sacarás algunos eurillos.

—Sacaremos, el trato era ir a medias.

—Déjate de tratos, esta vez será para ti todo lo que salga —se quedó callado un segundo y relajó su gesto antes de continuar—. Eso sí, como te hagas rico, pienso obligarte a llenar hasta los topes el frigorífico de casa.

—Vale, y además pagaré la mitad del alquiler de la habitación.

—¿Qué dices?, ¿la mitad? De eso nada, pagarás el alquiler completo. Y si te siguen saliendo chollos como éste del cartel y los pinos, igual hasta le compramos el piso al casero.

Osmán señaló con la cabeza hacia nuestra casa, en el segundo piso del número 43 de la calle San Francisco, a la vista desde la puerta del locutorio. Por encima de la barandilla oxidada del balcón, que parecía a punto de caerse a trozos, asomaba un cactus alargado que sobrevivía a duras penas, inclinado en su maceta.

—Esta época de vacas flacas está durando demasiado —me lamenté.

—La vida está llena de altibajos, Touré. Acuérdate de tu edad dorada, aquellos días en los que una soprano rica se encaprichó contigo. Todavía estás de buen ver y puede que una historia parecida se repita algún día, ¿por qué no?

Recordaba a la vieja del Coro de Ópera de Bilbao, claro, y también a otras mujeres como ella que me habían llenado los bolsillos a cambio de sexo. Pero aquellos tiempos parecían haberse esfumado para siempre, y ya llevaba una buena temporada viviendo gracias a la solidaridad de mis compañeros de piso.

Por suerte, mi colega cambió de tema:

—¿Qué vas a hacer con el cartel?

—Llevarlo al *Florines*.

—A ver cuánto les sacas...

—No creo que me ofrezcan mucho y tampoco estoy de humor para empezar a discutir con ellos, que me den lo que quieran y se acabó.

—Si te pagan con pulpo, acuérdate de mí, ¿eh?

—¡Pues claro! Lo traeré aquí para compartirlo.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Osmán, pero apenas duró unos segundos, el tiempo que

tardó en mencionar el tema que de verdad nos preocupaba. Con la vista puesta en la cámara fija de la pared, me susurró:

—Todavía no tienes noticias de *Sa Kené*, ¿verdad?

—No. En cuanto me llame te aviso.

—De acuerdo.

Recogí el cartel y me dirigí al bar de los gallegos.

Cuando entré en la pulpería, Luis y Anunci estaban charlando desde la barra con los únicos clientes que había en ese momento, una cuadrilla de chiquiteros bilbaínos fieles al vino de tapón de plástico, la bebida más popular entre los blancos de San Francisco.

A los dueños del último restaurante gallego que quedaba en el barrio se les abrieron los ojos como platos cuando me vieron entrar con un paquete bajo el brazo. Me puse en el extremo más alejado del mostrador y los dos vinieron intrigados hacia mí.

—¿Eso es lo que yo pienso? —me preguntó Luis.

—Sí.

El hombre no podía disimular su asombro, y ella le dio un pequeño codazo al tiempo que decía:

—Ya sabía yo que Touré no nos fallaría.

—Pues confieso que yo no tenía mucha fe en él —respondió el marido, sin dejar de mirarme sorprendido.

Durante los segundos que tardó en reaccionar la pareja, solo se escuchó el parloteo de los chiquiteros, hablando precisamente de vino. Uno de ellos comentaba indignado que en los nuevos bares de la zona baja del barrio, esos locales para modernillos y “hámsters”, no servían nada por debajo del crianza, ni siquiera vino del año, lo cual era vergonzoso, además de caro. El resto de la cuadrilla le daba la razón, y algunos proponían boicotear a aquellos locales que se iban abriendo en los alrededores de la calle Aretxaga.

—¡Pues venga! —dijo Luis, volviendo a lo nuestro—. ¡Ahora sí!, ahora ya podemos hablar de dinero, porque todavía querrás que te pagemos, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué prefieres —intervino Anunci—, cobrar en metálico o en especie?. —Me guiñó un ojo sin que se percatara su marido.

—En metálico.

—¿Cuánto? —preguntó el hombre.

—Lo que queráis.

Se les quedó la cara a cuadros. Estaba claro que no esperaban esa respuesta, se miraron entre sí perplejos, y al final fue él quien tomó la iniciativa:

—Bueno, pues teniendo todo en cuenta... —empezó a decir mientras abría la caja—, me parece justo darte la mitad de lo que nos costó a nosotros el cartel. ¿Estás de acuerdo, Touré?

—Sí —respondí, sin preocuparme de calcular qué cantidad podría suponer aquello.

—Nosotros nos gastamos unos noventa euros. Por lo tanto... —sacó un billete de cincuenta—, te corresponden, más o menos, cuarenta y cinco. ¿Tienes cinco euros sueltos?

No tenía cinco euros, ni sueltos ni atados. Siendo exactos, en mi bolsillo no había ni un solo céntimo, y así se lo hice saber al gallego cuando extendió el billete hacia mí. Él se quedó indeciso, con el dinero entre los dedos hasta que Anunci le dio el último empujoncito.

—Bueno, Touré se portó de primera con nosotros y se merece una propinilla, ¿no te parece?

Y entonces sí, después de un instante de duda, aquel precioso papelito llegó a mis manos. No me lo podía creer, pero era cierto, mi trabajo de detective acababa de traerme la mejor paga que había recibido en mucho tiempo.

Dejé el cartel encima de la barra, y mientras Luis lo desembalaba y comprobaba que estaba en perfecto estado, la mujer se me siguió insinuando a sus espaldas, sin dejar de lanzarme indirectas: que si podía volver de visita cuando quisiera, que si me invitaría a comer un pincho o a tomar un trago...

No tenía mucho interés en seguir allí y, en cuanto pude, me despedí de la pareja. De camino a la calle pasé junto a la cuadrilla de chiquiteros, que seguían debatiendo sobre los cambios que estaba sufriendo el barrio. Me di cuenta de que, al fin y al cabo, hablaban de la dichosa “gentrificación”.

Hacía tiempo que no tenía el bolsillo caliente y decidí que aquello merecía al menos una pequeña celebración. En un local cercano había una oferta de mini *pizzas* a un euro, así que, sin pensarlo dos veces, entré y pedí una. Al vendedor marroquí no le hizo ninguna gracia que le pagara con un billete de cincuenta. Toqueteó el papel por las dos caras, examinó con mucho cuidado cada esquina, lo miró al trasluz... y al final me dio el cambio.

Luego, como allí no vendían alcohol, cogí la comida y me fui al bar latino de al lado, donde había botellines grandes de cerveza al mismo precio chollo de las mini *pizzas*. Pedí mi consumición desde la calle a través de una ventana que conectaba con la barra, y allí mismo, al fresco, empecé a comer tan a gusto.

Desde fuera podía ver a la clientela que había dentro del garito. El cien por cien eran sudamericanos, la mayoría hombres, y alguna que otra mujer, todos con una cogorza considerable, todos de jarana, riéndose, gritando para hacerse oír por encima de la música, exageradamente alta. A aquella gente le daba igual si era sábado por la noche o lunes a mediodía, cualquier momento era bueno para salir de juerga. Alucinaba con su capacidad para beber sin límite y, me preguntaba de dónde rayos sacarían el dinero para emborracharse un día sí y otro también.

La *pizza* me pareció deliciosa, y aún mejor me supo la cerveza, tanto que después de terminarlas decidí repetir la jugada. Sin el pellizco del hambre apretándome el estómago, saboreé mejor la segunda ronda, con más calma, entretenido en mirar a la gente que pasaba por la calle: los chiquiteros bilbaínos de siempre, casi una especie en peligro de extinción; los gitanos, que nunca se alejaban más de cien metros de la plaza del Corazón de María; la habitual mezcla de razas donde se incluían magrebís, orientales, otros africanos como yo... Y algún que otro elemento de origen desconocido, como un mendigo lleno de mugre que llevaba un carrito y un gancho para rebuscar dentro de los contenedores. En ese momento, el tipo estaba contemplando una lámina enmarcada que alguien había tirado a la basura. Me llamó la atención el interés que ponía en la imagen —un paisaje montañoso—, mucho debía de gustarle para quedarse así de embobado, y cuando apoyó el cuadro en el suelo, pensé que se alejaría un poco para verlo mejor; pero qué va..., de repente se lió a patadas con él hasta que lo rompió. Luego retiró los cristales, sacó la lámina y desmontó el marco, quedándose solo con algunos fragmentos metálicos que metió en el carrito antes de continuar su ruta.

La segunda *pizza* no me duró mucho más que la primera, y como aún no me sentía satisfecho, llegué a plantearme una tercera. Mientras me decidía, unos gritos se elevaron sobre el alboroto de la clientela en el interior del local. Pensé que probablemente se trataría de alguna bronca, y no estaba equivocado. En cuestión de segundos, un hombre pequeñajo sacó a empujones a otro más canijo todavía, y una vez en la calle, le cascó un par de sonoras bofetadas. “¡Te he dicho que dejes en paz a mi mujer!”, le reprochó a voces. El agredido llevaba un pedo del diez y dudo que ni siquiera notara los guantazos, porque no hizo absolutamente nada. Se quedó como un pasmarote, sin decir ni mu, y

al final se fue de allí con los carrillos colorados, balanceándose calle abajo por la misma acera, camino del siguiente bar latino, donde entró chocando contra el marco de la puerta.

A mí todavía me faltaba mucho para llegar a aquellos niveles de borrachera, y pensé que podría permitirme alguna birra más. Justo cuando llamaba con un gesto al camarero, empecé a oír una melodía que se me hizo conocida. Tardé en reaccionar hasta que por fin me di cuenta de que era mi propio teléfono lo que sonaba entremezclado con la música del bar. Y así, de repente, se fue al carajo el relax de los últimos minutos. Al identificar la llamada entrante, el corazón empezó a golpearme queriendo salirse del pecho. No perdí tiempo y apreté el botón verde.

—Hola, Cristina.

—Ya he preparado la medicina.

—Entonces... ¿continuamos según lo previsto?

—Sí, recuerdas lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Lo recuerdo muy bien.

—Pues adelante. A ver si podemos celebrarlo pronto con una buena cena.

Dimos por concluida la llamada y, tras dar un buen trago a la cerveza que el camarero acababa de poner frente a mí, repasé mentalmente las fases de nuestro plan. A mí me correspondía el primer paso, el que iba a condicionar todos los siguientes: conseguir una cita con la *Rata*. Respiré hondo y marqué el número de la persona que más odiaba en el mundo.

—¿Qué hostias quieres? —no me pilló por sorpresa aquel recibimiento.

—Tengo algo para ti.

—¿Qué es?

—No te lo puedo decir por teléfono.

—¿Por qué no?

—Es demasiado importante, prefiero contártelo en persona.

—¿Tiene algo que ver con el negrata de la guitarra?

—No.

—¿Ya le habéis dado mi recado?

—Todavía no.

—¡Os di de plazo hasta ayer por la noche!

—Ya, ya lo sé... De eso también quería hablarte —fui improvisando—, pero lo importante es lo otro.

Oí un resoplido al otro lado del teléfono.

—Bueno, ¿vamos a quedar o qué? —me arriesgué.

—Está bien, vale... —cedió, por fin, arrastrando las palabras como si tuviera dolor de cabeza—. Espero que merezca la pena eso tan importante que tienes que contarme; de lo contrario, te vas a arrepentir.

—Es algo muy gordo, en serio. ¿Quedamos esta noche? ¿Sobre las once?

—De acuerdo.

—¿En el lugar de siempre?

—En el lugar de siempre.

Pensé que ya iba a colgar, pero no fue así:

—¿Te va a acompañar Xihab? —me preguntó.

—Hombre, en principio no hace falta —me esforcé en aparentar un aplomo que no tenía—,

pero si quieres que él también vaya, sin problema.

—Lo único que quiero de ese moro es su *whisky*. Si no va a ir contigo, pídele una botella y me la llevas tú.

—Yo me encargo, no te preocupes.

Esperé unos segundos en silencio, casi ahogado, tratando de disimular unos nervios que a duras penas podía contener, hasta que finalmente la *Rata* colgó. Resoplé aliviado, y me premié con un largo trago, pero no guardé el móvil porque todavía tenía que hacer un par de llamadas más. Primero marqué el número de Xihab para avisarle de que ya podía ir a recoger el material de la farmacia, luego hablé con Osmán y le hice saber que el plan seguía adelante según lo previsto.

Con la maquinaria de nuestra venganza en marcha, a mí solo me quedaba esperar, y me dispuse a pasar la tarde sin moverme de allí, tomándome unas cuantas cervezas. A medida que el sol descendía, aumentaba mi impaciencia. Habíamos quedado a las once, no veía la hora de terminar con aquello.

De repente vi a Sergio bajando por la calle San Francisco hacia el lugar donde yo me encontraba. Su aparición resultaba tan imprevista como inoportuna. En nuestro plan no había sitio para él; si no conseguía darle esquinazo, acabaría siendo una traba o podría verse salpicado de alguna forma. Así que, mientras el ciego se acercaba tanteando la acera con su bastón, yo me quedé inmóvil donde estaba, junto a la ventana del bar, y creo que hasta contuve la respiración cuando llegó a mi altura. Por suerte pasó de largo, sin decir nada. Sin embargo, aún no pude respirar aliviado, el chaval se detuvo a pocos pasos volviendo la cabeza hacia mí:

—¿Touré?

“¡Mierda!”, pensé. Pero aguanté en silencio, agarré mi botella y, sin responder, entré al bar haciéndome el tonto. Observando desde el fondo del local pude ver la cara de desconcierto del chico, que todavía tardó unos segundos más antes de echar a andar otra vez y desaparecer calle abajo.

Me había librado de churro y pensé que lo mejor sería quedarme dentro de aquel tugurio un rato, escondido entre la clientela latina. Fui a sentarme en el extremo más solitario y oscuro de la barra, mentalizándome para soportar un rato la bulla de los borrachos, algunos bailando torpemente, otros dándolo todo en un patético espectáculo de karaoke. “Paciencia”, me dije, cada vez estaba más cerca el momento de la libertad... o de la condena.

6

Qué inoportuno, ese estúpido de Touré, llamar para darte el coñazo cuando aún no se te ha pasado la resaca. Hoy apenas te has centrado en tu trabajo, solo has echado un vistazo a las pantallas de vez en cuando. Tienes la boca como un estropajo y te va a estallar la cabeza, no te apetece hacer nada, mucho menos abandonar tu puesto. ¿Qué demonios querrá tu topo negro? Esa botella de *whisky* que va a llevarte es lo único que te anima a levantar el culo del asiento cuando ya falta poco para la cita. Es por lo que vas a ir, no por esa supuesta información que dice tener, seguro que se trata de alguna bobada. Descuelgas la cazadora y sales a la calle.

* * *

Llevaba casi una hora esperando, escondido en la oscuridad, a la entrada de un garaje frente al edificio donde estaba el centro de vigilancia. Había tenido mucho cuidado en llegar hasta allí discretamente y sabía que estaba fuera del alcance de las cámaras de seguridad; pero mi nerviosismo crecía por momentos, la *Rata* podía salir de su madriguera en cualquier instante.

La espera estaba siendo una tortura, los minutos se me hacían eternos y mientras tanto resultaba imposible no darle al bolo. Me empezaron a asaltar las dudas, cuanto más pensaba en aquel plan, más pegas le veía. Podían torcerse tantas cosas... Intenté tranquilizarme. En aquel momento, más que nunca, necesitaba actuar con serenidad.

Por fin, salió de su guarida. Yo di un paso atrás y me pegué todo lo que pude a la pared para ocultarme en la penumbra. El vigilante caminaba a paso tranquilo, aunque iba sacando pecho y con la nariz apuntando al cielo, mostrando una arrogancia cuando menos chocante en un tío tan birria.

Cogí el teléfono sin perder tiempo. Primero avisé a Osmán y luego a Xihab.

* * *

Al llegar a la calle San Francisco, te encuentras con una pareja de *ertzainas* reprendiendo a una chica gitana que se entretiene en escupir desde el balcón a la gente que pasa por debajo; pero la muy sinvergüenza, en lugar de agachar las orejas, contesta de malas maneras. Hasta que tus colegas la amenazan con una multa de trescientos euros y, entonces sí, entonces parece que el padre de la joven ve necesario salir a ver qué pasa.

Continúas tu camino, aún sufres un tenaz martilleo en tus sienes y encima ahora tienes náuseas, pero no te dejes engañar por los efectos del *whisky*, lo que te provoca malestar es el asco que te da toda esta gente, el asco que te dan esos moros apalancados a la entrada de un portal, mirando a un *Ipad* mientras se parten de la risa. Un mocoso que debe de ser hijo de alguno de ellos anda alrededor

con un triciclo. La acera es estrecha y el puto niño casi te atropella antes de llegar al borde de la calzada. El padre ni se entera, ya tiene bastante con las imágenes de la pantallita, y tú no haces nada por avisarle del riesgo que corre el crío tan cerca de la carretera.

A escasos metros de los moros hay otro grupo, esta vez de negros. Son grandes como moles y están taponando el camino, pero no se apartan y te ves obligado a pasar como puedes entre ellos. Los gritos que pegan te taladran la cabeza. Estos analfabetos tienen la puta costumbre de hablar a voces y ahora están de pali que con unos fulanos que hay al otro lado de la calle, ¿es que no pueden mantener una conversación como la gente normal? Con estos vozarrones de fondo casi ni se oye el camión de la basura acercándose desde la plaza. El conductor va muy atento a su compañero, que recoge las bolsas apiladas al borde de la calle. Seguro que no ha visto al pequeño del triciclo, que acaba de salir a la carretera. Tú te limitas a observar, y cruzas los dedos... Pero no hay suerte, uno de esos negratos escandalosos se percata del peligro y, de un salto, engancha al niño por la espalda. Qué lástima, lo ha salvado por los pelos de acabar aplastado bajo las ruedas. Al padre de la criatura se le ha cortado el rollo, y con la cara desencajada por el susto, se acerca al moreno para darle las gracias; pero tú no te quedas para disfrutar de esa escena de hermanamiento ejemplar entre razas, por ti pueden irse todos a la mierda.

Sigues hacia delante y, al pasar cerca de la única entidad bancaria del barrio, te extraña no ver un solo yonqui en los alrededores. Por un instante, imaginas que se ha cumplido tu sueño y que esos despojos humanos han desaparecido para siempre; pero no caerá esa breva. Lo más seguro es que anden por ahí, tal vez en la Comisión Antisida, en esa sala de estar que les abren para que vayan a ver la tele o a tomar café por la jeta.

Al llegar al cruce de la calle Hernani, continúas bajando hacia la orilla del río. ¿Qué hostias querrá Touré?

* * *

Mientras cruzaba a buen paso por el puente de la Merced, en dirección a un lugar discreto desde el cual poder observar todo lo que iba a suceder en el muelle de la Naja, pensé en lo que estarían haciendo mis compañeros. Cada uno de ellos tenía a su cargo una misión muy delicada: Osmán, con la ayuda de un par de colegas, ya estaría terminando de tapar con pintura los objetivos de las cámaras en todos los puntos estratégicos de nuestra operación; y Xihab debería de estar soltando una buena arenga a los yonquis, recordando a Manuel y llorando su pérdida.

Apelar a la memoria del líder recién fallecido, ensalzar su arte y figura..., esas eran las claves para calentar a sus seguidores mientras les daba a probar los polvos que *Sa Kené* había manipulado a partir de las pastillas de MDPV. Los yonquis solo necesitarían un poco de motivación, y en cuanto estuvieran a punto, el bereber les diría quién era el asesino de su querido colega, y dónde podrían encontrarlo...

* * *

Ya estás en el extremo del muelle de la Naja, el rincón más solitario del barrio, uno de los pocos

lugares invisibles para las cámaras, el mejor sitio para reunirse discretamente. Te disgusta llegar y no encontrar a nadie esperándote. Como Touré no aparezca pronto, lo va a pagar muy caro. Enciendes un pitillo y miras a tu alrededor: no hay más que sombras, solo se distingue la silueta lejana de un tipo en la margen opuesta de la ría. La superficie del agua es casi invisible bajo la oscuridad, intuyes los corcones nadando entre la porquería, todo es silencio...

Hasta que oyes unas voces acercándose. Parece que alguien se aproxima; sin embargo, no es quien tú esperas. Atisbando en la penumbra, ves un montón de gente avanzando hacia ti rápidamente, tu ceño se contrae cuando crees distinguir a Xihab a la cabeza del grupo. Sí, es él, puedes identificarlo con seguridad, a pesar de que se haya calado el gorro hasta las orejas. ¿Pero qué cojones está haciendo? Un mal presentimiento te obliga a mirar al otro lado de la ría, esa silueta solitaria, ese perfil de alguien corpulento... En un destello de lucidez, deduces quién puede ser. ¿Qué...? ¿Qué clase de encerrona te han preparado estos hijos de puta?

—¡Ahí está!, ¡es él! —Xihab azuza a la masa, y no hay duda, te está señalando.

Llegado a un punto, el moro se detiene, pero todos los que vienen por detrás echan a correr desbocados hacia ti. No es necesario que avancen mucho para que reconozcas en ellos a los yonquis del barrio, los mismos que pasan los días tirados por ahí, vegetando mientras se apagan poco a poco, sucios, molestos y antiestéticos. Normalmente no son más ofensivos que un mosquito; ahora, sin embargo, han estallado como demonios y vienen aullando a tu encuentro, poseídos por un frenesí desatado. ¿Qué coño está pasando? El instinto de supervivencia te sacude, te dice que huyas... Giras la cabeza nerviosamente a un lado y a otro, y no te lo puedes creer: estás acorralado en un callejón sin salida. Tu única opción sería saltar al agua... Apenas tardas un segundo en decidirte, pero ya es demasiado tarde.

Desde la orilla de las Siete Calles se avistaba perfectamente el muelle de la Naja al otro lado de la ría, y así pude ver a los yonquis de San Francisco abalanzándose sobre la *Rata* como una manada de lobos rabiosos, con una agresividad impensable en ellos.

El policía se libró de los primeros atacantes a puñetazos; pero eran demasiados para una sola persona, pronto se le echaron encima y consiguieron derribarlo. Entonces, ciegos de ira, empezaron a golpearlo, y a clavarle las uñas en la carne, a tirarle como bestias del pelo, de los brazos, de las piernas... Le arrancaron la cazadora y rasgaron sus ropas mientras él se retorció, forcejeando inútilmente en el suelo y, cuando sintieron el palpar de su sangre, le asestaron las primeras dentelladas. Los chillidos de la *Rata* se ahogaban entre insultos y gritos coléricos. Jamás hubiera imaginado que una droga pudiera provocar semejante reacción.

Xihab llegó y se puso a mi lado sin decir nada. Permanecimos unos instantes en silencio, con la mirada fija en lo que estaba sucediendo al otro lado del Nervión. Mi colega no parecía muy afectado, al contrario, se diría que incluso estaba disfrutando del espectáculo. Sin embargo, a mí se me estaban revolviendo las tripas. Le dije que ya había visto suficiente, que quería largarme de allí. Pero él no me escuchaba, seguía mirando la escena sin pestañear, como hipnotizado.

Así que nos quedamos a ver cómo terminaban de destrozarse a la *Rata*. Cuando sus gritos se apagaron, los yonquis todavía continuaron desgarrando su cuerpo hasta saciarse, como en un festín de buitres. Luego, poco a poco, se fueron levantando para irse por donde habían llegado, dejando los restos de la víctima en el suelo.

Me quedé mudo, fue Xihab quien reaccionó primero:

—Tendríamos que echar el cuerpo al agua.

—¿Para qué? —dije, reponiéndome de la impresión—. Lo van a encontrar de todas formas y mejor estar lejos de aquí cuando eso suceda. ¡Vámonos ya!

Xihab asintió y empezamos a caminar de vuelta a la Pequeña África. No nos cruzamos con nadie por el camino y, pasado el puente de la Merced, cuando pensaba que nos separaríamos para ir cada uno a su casa, el bereber volvió a insistir:

—Tendríamos que tirarlo al agua.

—¿Otra vez?! Pero ¿para qué vamos a perder el tiempo?

—Por si acaso, para quedarnos más tranquilos.

No me parecía una buena idea; sin embargo, Xihab se puso tan pesado que al final cedí, aunque yo por nada del mundo quería ver de cerca lo que había quedado de la *Rata*. Y, desgraciadamente, mi deseo se hizo realidad, porque cuando llegamos al final del muelle de la Naja solo encontramos algunos jirones de ropa en el suelo manchado de sangre. Nos miramos uno a otro, alucinados, sin poder creer que el cuerpo hubiera desaparecido, y tras el desconcierto inicial, sin decir nada, empezamos a buscarlo como posesos.

Alguien debía de haber retirado el cadáver mientras volvíamos desde las Siete Calles; aunque

¿quién iba a llevárselo?, ¿para qué? Aquello era un sinsentido..., aún así, la otra posibilidad que se me ocurría era todavía más disparatada: ¿Y si la *Rata* seguía con vida? No había que descartar nada por increíble que pareciera. Suponiendo que se hubiera largado por su propio pie, no podía estar muy lejos, teníamos que darnos prisa. No se distinguía claramente un rastro de sangre que seguir mucho más allá del lugar donde se había producido el ataque y nos centramos en registrar el muelle y sus alrededores, pero sin éxito: no encontramos nada, ni a orillas de la ría ni en las escaleras que hasta allí bajaban atravesando la oscuridad. Entonces nos detuvimos un momento intentando mantener la cabeza fría: si el poli ya no estaba allí, ¿por dónde habría salido? Echamos a correr hacia la bocacalle más cercana, Hernani.

Al llegar al primer cantón nos pareció que alguien descendía hacia nosotros. Nos ocultamos entre las sombras de un portal a ver quién se acercaba y enseguida nos dimos cuenta de que no había motivo de preocupación, solo se trataba de una señora rubia que empujaba un carrito cargado con bolsas de supermercado. Cuando pasó junto a nosotros, vimos que llevaba la cara marcada de golpes y que andaba de un modo extraño, con el cuello muy estirado y la mirada fija al frente.

La mujer desapareció al doblar la esquina hacia el muelle de Marzana. Entonces nos olvidamos de ella para retomar la búsqueda, cada vez más nerviosos, temiendo la aparición de una patrulla en cualquier momento, aun cuando no se veía un alma por la calle. Tras la búsqueda inútil por Hernani nos dirigimos a Dos de Mayo, y allí, por fin, avistamos a la *Rata*. Casi no se mantenía en pie, iba cuesta arriba, prácticamente arrastrándose como un insecto despatarrado. Era duro el hijo de puta.

Lo alcanzamos rápidamente. Yo llegué un metro por delante de Xihab, pero retrocedí sacudido por las náuseas al ver el estado del *ertzaina*. Su cara estaba hecha un amasijo en carne viva, una de sus orejas no era más que un colgajo asqueroso, y la otra había sido arrancada de cuajo, quedando en su lugar un agujero por donde salía un líquido sanguinolento. Iba medio desnudo, la poca ropa que le quedaba estaba hecha harapos, sucios e insuficientes para cubrir su cuerpo, encorvado, lleno de magulladuras, heridas y sangre.

—Vais a pagarlo muy caro, malditos cabrones —masculló con un venenoso hilillo de voz.

—A mí me parece que no —contradijo mi compañero.

La *Rata* levantó la mano derecha, totalmente despellejada, hacia la cámara más cercana y siguió escupiendo su rencor.

—Lo están grabando todo, estáis acabados —hizo una mueca que quizás trataba de ser una especie de sonrisa triunfal.

—Están grabando oscuridad, las hemos pintado todas de negro —respondió el bereber, derribando al policía de una patada—. El que está acabado eres tú —añadió con desprecio, buscando con su mirada cargada de odio los ojos de la *Rata*, inmóvil en el suelo—. Los virus que te han metido en el cuerpo esos yonquis con sus besitos y caricias van a hacer que te pudras. ¿O qué te crees?

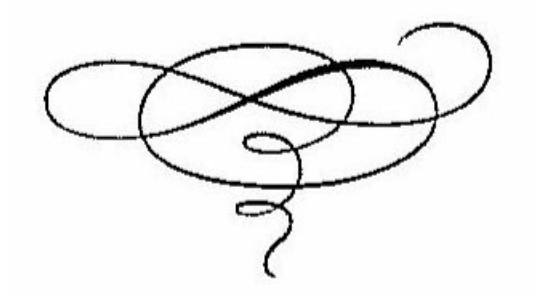
Miré alrededor, no se veía a nadie, pero no debíamos fiarnos demasiado de nuestra buena suerte, que era precisamente lo que estaba haciendo Xihab.

—De todos modos —añadió éste—, una muerte tan lenta sería demasiado cruel, incluso para un perro sarnoso como tú, ¿no estás de acuerdo?

Había que espabilar, busqué algún portal abierto donde meternos a terminar con aquello de una vez por todas antes de que nos pillara alguien. Pero no fue necesario, cuando encontré una puerta abierta y me giré llamando a Xihab, este ya había rodeado el cuello de la *Rata* con su cinturón y estaba tirando de la correa con todas sus fuerzas, arrodillado sobre el pecho de aquel ser repugnante

que se agitaba en convulsiones.

VI
EL DESTINO



1

Días después me encontraba con Sergio, comiendo un kebab en el *Tetuán*, a unos cincuenta metros del *Berebar*, en la misma calle San Francisco. El rubio de Cuenca se chupaba los dedos disfrutando de la comida; pero a mí me costaba tragarla, tenía un nudo en la garganta y el estómago cerrado. Aún me despertaba entre pesadillas cada noche desde que nos cargamos a la *Rata*, no podía quitarme de la mente sus últimos minutos de vida, y además estaba en un sin vivir, acojonado porque en cualquier momento la Ertzaintza podría encontrar alguna pista que nos implicara. Y encima aquel asunto no era lo único que me atormentaba...

—¡Cojonudo! —soltó Sergio, entre mordisco y mordisco—. El mejor que he probado nunca.

El colega conquense siguió engullendo feliz aquella carne que vendían como cordero, y Ahmed sonrió alegre desde el otro lado de la barra:

—La gente dice que es el mejor de Euskadi —añadió.

El mejor kebab, el del *Tetuán*; el mejor pulpo, el del *Florines*... y no solo eso, además, muchos aseguraban que en ningún sitio se comían champiñones como los del *Arias*, y que casi ni en África se podía encontrar un cuscús tan bueno como el del *Marhaba*. ¡Si al final me iba a creer que éramos unos privilegiados por vivir en aquel agujero!

La noticia del *ertzaina* asesinado apareció en todos los medios de comunicación. Mientras algunos se limitaban a informar de lo ocurrido, otros alimentaban el morbo, por lo que se habló del tema durante mucho tiempo. Cuando se supo de los presuntos asesinos y las circunstancias del suceso, se puso de moda hablar de las drogas de diseño y sus efectos, con lo que muchos periodistas y tertulianos sabelotodo tuvieron material para largo. Encima, por entonces, la llamada “droga caníbal” ya había provocado unos cuantos casos muy impactantes, lo cual echó más leña al debate.

El cuerpo de la *Rata* fue encontrado en el mismo lugar donde acabamos con su vida, en la parte baja de la calle Dos de Mayo. Afortunadamente, parece que nadie vio nada, pero, de todos modos, aún sin testigos que nos inculparan, cuando la Ertzaintza empezó con las primeras detenciones e interrogatorios, Xihab se fue a Alemania de visita, tal y como habíamos planeado. No creíamos que ninguno de los yonquis pudiera identificarlo; salvo para quienes le conocían del *Berebar*, nuestro amigo solo era un moro más entre los miles como él que había en el barrio. Aún así, no estaba de sobra ser prudentes, lo mejor era que el camarero se tomara unas vacaciones lejos de Bilbao hasta estar bien seguros de que realmente no había peligro. Mientras tanto, el resto debíamos seguir con nuestra vida habitual, y eso, en mi caso, suponía simplemente dejar pasar el tiempo, sin nada que hacer salvo aparentar normalidad.

—¿Sabes por dónde anda la chica magrebí que estuvo con nosotros en el *Berebar*? —me pilló desprevenido la pregunta del vendedor de cupones.

—¿Por qué te interesas por ella ahora?

—Hace mucho que no la vemos y, como Cristina me ha dado calabazas, quería preguntarle si querría compartir piso conmigo. ¿Sabes si todavía sigue en ese sitio de acogida..., *La Posada*...?

— *La Posada de los Abrazos* —le ayudé—. Ya no está ahí. Ha cambiado de hotel, ahora está en la cárcel. El juez no se ha tragado su versión.

Sergio cambió de repente la expresión de su cara.

—¡Joder, qué putada! —dijo apesadumbrado—. Entonces mi proposición tendrá que esperar.

—Tanto como decida el juez.

El chaval se concentró en saborear lo que quedaba de su kebab y yo continué dando vueltas a la cabeza, intentando ordenar mis pensamientos. Si todo iba bien, se abriría una nueva etapa para mí, y aún no terminaba de creerme que, después de todo aquello, volvería a ser dueño de mi destino. Lo que más desvelos me causaba eran los reproches de mi mujer en sus últimos mensajes, eran como aguijones que no me dejaban en paz. Quizás ella tuviera razón, quizás fuera mejor rendirse y regresar a Burkina Faso. Mariam y los chicos se alegrarían, seguro, pero ¿qué pensarían de mí el resto de familiares y vecinos? Volver con las manos vacías después de tantos años sería un terrible fracaso, todo el mundo vería en mí a un perdedor y tendría que resignarme a vivir avergonzado el resto de mi vida. Además, sabía que si volvía a África no habría marcha atrás, no me veía pasando otra vez todas las calamidades del viaje hacia el paraíso europeo, encima siendo más viejo y más débil. La única ventaja que suponía un hipotético regreso a Gorom-Gorom era que, si se llegara a descubrir mi implicación en el asesinato de la *Rata*, allí estaría a salvo de la policía.

—¡Y ahora vamos al grano, Touré! —Mi acompañante acababa de terminarse el kebab y estaba lamiendo la salsa que se le escurría entre los dedos—. ¿Has decidido ya de una vez si aceptas mi propuesta de formar una pareja de detectives?

—¿Pero va en serio?

—¡Hombre, claro! Totalmente en serio.

Aparté mi plato sin haberlo terminado.

—Hay que valorar muchas cosas —le dije—. ¿Damos un paseo mientras lo hablamos?

—Con tu cuerpo y mi cabeza podríamos hacer grandes cosas.

—Seguro que sí.

—Iríamos a medias con las ganancias, por supuesto.

—Por eso no te preocupes, hay otros temas a tener en cuenta.

—¿Cuáles?

—Ya te lo explicaré por el camino. ¿Nos vamos?

—¡Vamos, sí!

Sergio cogió su bastón, se colocó la tira de cupones invendibles, ajustó el auricular y alargó una mano buscando el apoyo de mi brazo.

—¿Qué te parece un paseo al borde de la ría? —le propuse.

—Bien.

Había mucho tráfico en Bailén, así que bajamos por la calle Dos de Mayo, más tranquila. Allí seguían los grupitos de magrebís, charlando frente a los locales de sus paisanos; allí seguía, también, en la pared de la tetería *Al-Jazeera*, la placa camuflada que denunciaba la gentrificación de San Francisco. Al pasar por el lugar donde acabamos con la *Rata*, miré de reojo la cámara más cercana. El objetivo estaba limpio, sin rastro de pintura. ¿Habría alguien observándonos desde el otro lado en ese momento? Según la versión oficial, las cámaras solo eran un medio disuasorio, no había nadie vigilando por detrás y se limitaban a grabar; pero todo el mundo en el barrio sabía que eso no era cierto.

Cuando llegamos al borde de la ría, empezamos a caminar siguiendo la tranquila corriente de las aguas. Sergio estaba eufórico, no dejaba de enumerar las ventajas de asociarnos. Sin embargo, yo casi no le escuchaba, tenía otra cuestión en la cabeza y respondía con monosílabos cada vez que él me preguntaba algo.

Llegamos hasta el extremo del muelle de la Naja y nos detuvimos allí. Todavía podía verse en el suelo algún rastro de sangre. Como a golpe de *flash*, vinieron a mi mente algunas imágenes de lo sucedido en aquel lugar.

—Hoy te noto raro, Touré —me dijo mi acompañante cuando nos detuvimos—. Pareces preocupado, ¿puedo preguntar qué te pasa?

En lugar de responder, me solté de su brazo, fui hasta la barandilla y me quedé mirando a los peces nauseabundos que nadaban junto a la salida del alcantarillado.

—¿No te dicen nada tus privilegiados sentidos? —le pregunté ásperamente.

Sergio se quedó cortado por el tono poco amigable con que me dirigí a él. Luego continué igual de borde:

—¿Sabes nadar?

Se quedó mudo unos segundos, pero supo reaccionar:

—Los de Cuenca somos muy malos en eso, porque el mar nos queda muy lejos, el agua de los ríos está helada y encima no sabemos lo que es una piscina.

Intentaba mantener el sentido del humor por encima de todo, pero su sonrisita se borró de golpe cuando me acerqué a él y le pedí algo que no esperaba:

—¿Me dejas escuchar un trozo de novela?

—¿Desde cuándo te gusta leer, Touré?

—Ahora tengo mucho tiempo libre, demasiado, y, siguiendo tu consejo, he pensado que, para no aburrirme, puedo ocupar algún rato con los libros. Ahora quiero escuchar un trozo, para probar. Anda, trae para acá un momento.

—No puede ser, se me ha estropeado el aparato y no se oye nada.

No me apetecía seguir con chorradas, así que agarré el cable de su auricular y de un tirón le saqué del bolsillo aquella radio, transmisor, grabadora o lo que demonios fuera. Lo arrojé todo al agua sin pensarlo un segundo. Luego me puse cara a cara frente a él, sintiendo que se me aceleraba la respiración.

—¿Cómo lo has sabido? —dijo, con una frialdad que me sorprendió.

—Usando la cabeza. No soy tan inteligente como tú, ni de lejos, pero al final me he dado cuenta de que eres un puto farsante —Su rostro no mostraba ninguna emoción, continuaba serio, con aquella mirada vacía perdida en un punto indefinido—. Tus vibraciones para detectar a las personas son tan falsas como mis poderes para adivinar el futuro. Era tu amigo policía quien te avisaba por el auricular si yo andaba cerca, el mismo que me tenía controlado a través de las cámaras. Él te envió hacia mí el otro día, cuando casi nos encontramos en el bar latino.

El tipo seguía en silencio.

—Tu misión era hacerte colega mío, convertirte en el topo del topo. Tenías orden de introducirte con el micrófono abierto y los oídos bien atentos en los puntos más calientes del barrio. He acertado, ¿verdad? —esperé unos segundos a ver si él decía algo, pero allí solo se escuchaba el murmullo de las hojas de los árboles agitadas por la brisa—. Te conocí cuando estabas junto a los yonquis y al poco tiempo, la *Rata* me encargó cargarme a uno de ellos. ¿Qué casualidad, no? Pero

entonces yo creía en ti y no sospeché nada, ni siquiera cuando te pillé hablando con los policías.

Él permanecía inexpresivo y yo miré alrededor. No había nadie más por allí, tampoco al otro lado de la ría. Continué relatando evidencias:

—El chino borde y los gitanos de la plaza no son tan ingenuos como yo, y en cuanto te acercaste se olieron que eras un chivato, incluso puede ser que tú mismo te descubrieras ante ellos para coaccionarlos. Por eso conseguías cualquier cosa, así de fácil recuperaste el material robado —volví a hacer una pausa para ver el efecto de mis palabras, pero el tío no movió ni una pestaña—. Después yo mismo te metí en el *Berebar*, yo mismo puse tu micrófono frente a mis amigos, fue así como la *Rata* escuchó mi conversación con Isidro acerca de las cámaras boicoteadas. Puse su vida y la de Aliou en peligro, nunca podré perdonármelo. Pero tú... ¿Cómo puedes tener esa falta de escrúpulos?

Además del profundo dolor que me causaba la traición del que creía mi amigo, estaba herido en mi orgullo por no haberme dado cuenta antes de sus amaños, me sentía un gilipollas total.

—Touré —dijo, al fin, con tono compungido.

—¿Qué?

Me cogió de un hombro y, frente a frente, atrajo toda mi atención con su mirada muerta.

—Perdóname.

Me dejó confundido, aquella única palabra me desarmó durante unos segundos, unos segundos de debilidad que hubiera pagado muy caros de no haber oído un “clic” que me hizo reaccionar de inmediato, poniendo instintivamente un brazo entre mi cuerpo y el suyo. En ese momento, un dolor agudo atravesó mi mano de camino al corazón, y respondí automáticamente con un puñetazo en la mandíbula del tipo, más que suficiente para dejarlo tirado en el suelo con el bastón extensible convertido en puñal a su lado.

Arrojé el arma al agua de una patada, cerré la mano herida apretando fuertemente para detener la hemorragia y, con la respiración entrecortada, me quedé mirando a Sergio, que se arrastraba como un gusano mientras intentaba inútilmente ponerse en pie. Sentí la rabia subiendo a llamaradas dentro de mí, me dieron ganas de tirarme encima de él y estrangularlo. A fin de cuentas, ¿no lo había llevado hasta allí con esa intención?

Me costó mantener la cabeza fría para valorar la situación. Tal vez alguien había escuchado el inicio de nuestra conversación a través del transmisor, tal vez ese alguien ya venía en ayuda de Sergio... En cualquier caso, ¿qué consecuencias tendría matarlo en ese momento, aun cuando nadie llegara en su auxilio? No había testigos, pero quedarían rastros de mi sangre sobre la víctima, en sus ropas, en la propia escena del crimen... ¿Merecía la pena complicarme aún más la vida por culpa de un mierda como aquel?

—¿Para quién trabajas ahora? —pregunté mientras él, aturdido por el golpe, se quedaba sentado sobre el pavimento.

—Para nadie, después de la muerte del *ertzaina* de las cámaras estoy libre. Por eso quería formar una pareja de detectives contigo. Y todavía mantengo mi proposición, va en serio.

El tío los tenía bien puestos, estaba claro. ¿Qué iba a hacer con él? Ya había tomado conciencia de lo que supondría para mí cargármelo allí mismo. ¿Y si lo dejaba ir, sin más? Aquel tipejo era muy listo, tal vez sospechara de mi participación en la muerte de la *Rata*, pero no tenía pruebas para denunciarme. Conseguí serenarme poco a poco, hasta decidir que lo mejor era dejar todo tal cual para no agravar más la situación.

—¿Estás orgulloso de lo que has hecho? —le reproché.

Quería hacer que se sintiera culpable, al menos traspasarle un poco de mi malestar... Pero parecía que todo le resbalaba, porque permaneció inmóvil en el suelo, sin decir nada.

—Creía que éramos amigos, ¿por qué me has hecho esto? —insistí.

—¿Por qué se hace todo? —respondió, al fin—. ¿Por qué venden cupones los ciegos?, ¿por qué tocan los músicos callejeros?, ¿por qué estás tú aquí y no en África?...

Ya era suficiente, me faltaba estómago para seguir con aquello y le hice la callar escupiéndole a la cara.

—Si vuelvo a verte por San Francisco, estás muerto —le dije muy despacio, para que mis palabras se grabaran bien en su mente.

Sergio no abrió la boca. Yo tampoco añadí nada más, simplemente me di media vuelta y me largué.

2

Puede que el vendedor de cupones regresara a Cuenca, no lo sé con certeza, el caso es que no volvimos a verlo por San Francisco. Los días pasaban, y mientras algunos de los yonquis detenidos continuaban encerrados a la espera de juicio, nadie molestó a los verdaderos responsables de la muerte de la *Rata*. Xihab estaba tan a gusto en Alemania que decidió aprovechar hasta el último día sus tres meses de permiso, más tiempo del que los tres colegas que nos habíamos quedado en Bilbao estábamos dispuestos a esperar para celebrar nuestra liberación. Por eso, Osmán y yo aceptamos de buen grado la propuesta de Cristina para juntarnos una noche de viernes en la pulpería *Florines*.

Empezamos a cenar temprano. El comedor estaba casi completo y bastaba una mirada rápida alrededor para percibir que el panorama iba cambiando, que no era exactamente el mismo de siempre. El resto de las mesas estaban ocupadas por gente extraña, muy pocos del barrio; y en la barra, los chiquiteros clásicos bebían junto a otros clientes procedentes del Bilbao Blanco. Parecía que San Francisco se estaba poniendo de moda, al menos algunos locales, y que el ambiente de la renovada zona de Aretxaga se estaba extendiendo poco a poco hacia arriba. Para algunos bares y restaurantes como el *Florines*, que llevaban muchos años de capa caída, aquella especie de reconquista por parte de los bilbaínos blancos era una bendición. Fue Luis quien utilizó aquel término, “La reconquista de San Francisco”, cuando *Sa Kené* le comentó que últimamente se veía mucha gente nueva en el local. Sin embargo, a mí me vinieron a la cabeza las teorías de Isidro Zelaia sobre la gentrificación, y me pregunté hasta qué punto cambiaría todo y cuánto espacio quedaría en el futuro para los miles de extranjeros pobres que malvivíamos por allí.

Mientras su marido conversaba muy animado, Anunci fue sirviendo las raciones, casi todo lo que se ofrecía en el cartel luminoso de la puerta, acompañando cada plato con su joven voz y una acogedora sonrisa que se amplificaba cada vez que se cruzaban nuestras miradas.

Ninguno de los tres comensales mencionamos el motivo de aquella celebración, pero en nuestras caras se notaba el alivio de ver cada vez más lejana la posibilidad de alguna complicación.

La comida del *Florines* me pareció estupenda, mucho más rica aquella noche que en la época de los táperes de Anunci, y pude disfrutarla de verdad. Además, para rematar la cena, nos sacaron un pastel al que llamaban “tarta de Santiago”, regado con un licor dulce.

Estaba buenísimo, pero apenas lo había probado cuando, de repente, se me quitaron las ganas de comer, justo en el momento en que alcé los ojos y aparecieron por la puerta dos personajes que casi tenía olvidados: Etxebe y su colega el *Calvo*. Llevaban la misma actitud de siempre: el primero con esa sonrisita falsa que a nadie engañaba, el segundo con esa cara de doberman rabioso a punto de saltar al cuello.

Entraron hasta el fondo del bar y se quedaron junto a la barra, a la entrada del comedor donde estábamos terminando de cenar.

—¡A ver ese trío! ¡Que aproveche! —nos dijo el *ertzaina* al que le gustaba hacerse el simpático—. ¿Todo bien?

Mis compañeros disimularon mejor que yo que nos acababan de avinagrar la tarta, y Etxebe siguió hablando con la vista fija en mí:

—Touré, cuando termines ese postre tan rico, te acercas a tomar un chupito con nosotros, ¿vale? Tranquilo, que no tenemos prisa.

Los *ertzainas* pidieron un par de cafés y apoyaron los codos encima del mostrador. Yo me incorporé para ir donde ellos enseguida, pero Osmán me sujetó por un brazo:

—No te apures tanto, hombre —dijo—. Que esperen un poco, al menos hasta que terminemos el postre como debe ser.

Hice caso al veterano maliense, volví a poner el culo en la silla y seguí comiendo la tarta aunque ya no me pareció tan sabrosa al recordar los malos ratos que me habían hecho pasar aquellos tipos. Me hicieron la vida imposible durante mucho tiempo, en una época en la que podían aparecer en cualquier momento para freírme a preguntas, acojonarme con la deportación o chantajearme. Después dejaron de andar por el barrio y entonces, a partir del encontronazo que tuvimos con los mafiosos nigerianos, la *Rata* ocupó su lugar en el *ranking* de cabrones dispuestos a joderme la existencia. Y ahora que por fin me había librado de ese hijo de puta, ahí estaban esos otra vez. ¿Qué hostias querrían de mí ahora? Cuanto antes lo supiera, mejor. En cuanto vaciamos los platos me levanté intercambiando una sonrisa forzada con *Sa Kené* y fui adonde los dos policías.

Me hicieron sitio en la barra para que me pusiera junto a ellos, y entonces el *Calvo* pidió a Luis un chupito de orujo que puso frente a mí sin consultarme siquiera.

—Estás invitado —dijo, sin cambiar su cara de pocos amigos.

Vací el vaso de un trago.

—¿Y vosotros?, ¿no vais a acompañarme? —el vino que había tomado durante la cena me ayudaba a hablarles sin complejos.

—Estamos de servicio, hombre —intervino Etxebe.

—¿De servicio en el *Florines*? ¿Cómo así?

—Solo queremos hacerte un par de preguntas, nada serio.

—Bueno, pues venga.

—¿Dónde está Xihab? —preguntó a bocajarro el *Calvo*.

—Se ha ido a Alemania, a visitar a su mujer.

—¿Y cuándo piensa volver?

—Ni idea.

Miré hacia el interior del restaurante. Parecía que Cristina y Osmán estaban tan tranquilos, bebiendo los chupitos que les había sacado Anunci.

—Ya te habrás enterado de que han matado a uno de los nuestros, claro —dijo el *Calvo*.

—Sí, lo sabe todo el barrio. Lo siento mucho.

—Ha sido sonado, sí... y despreciable —Etxebe cogió el testigo de su compañero—, pero al menos tenemos a los culpables —hizo una pausa que me pareció eterna—. Esos yonquis descerebrados ya están entre rejas.

—Estupendo. Les caerán unos cuantos años, ¿no?

—No lo creo. En un asesinato colectivo es muy difícil determinar en qué medida participó cada uno, quién dio el golpe de gracia... Y, encima, esa gentuza tiene un montón de atenuantes y eximentes, así que, seguramente, volverán a la calle dentro de poco.

“Me alegre”, pensé.

—¿Conocías al muerto?

—No —¿o era mejor responder que sí?—. Bueno, eso creo, al menos.

—Te voy a contar un secreto: el tipo no era... cómo decirlo..., muy querido entre sus compañeros. Tampoco era un policía modélico, y siempre iba por libre. Vamos, que no se ha llorado demasiado su muerte.

Me di cuenta de que tenía que medir cada palabra.

—¿Y por qué me contáis a mí todo esto?

—Para que lo sepas, sin más.

Los dos polis clavaron sus ojos en mí. ¿Cuándo iban a decirme el verdadero motivo por el que habían ido a buscarme?

—Bueno —añadió Etxebe mientras pagaba a Luis con un billete de diez euros—, ahora nos tenemos que ir.

Permanecí en silencio. El *Calvo* me miró con el gesto de asco que ya de por sí tenía su cara de perro, y su compañero, después de guardarse el cambio en el bolsillo, le hizo una seña para salir del bar.

—De ahora en adelante vamos a arreglarnos muy bien, ¿verdad, Touré? —dijo Etxebe justo antes de irse.

—Depende de lo que sea para vosotros “arreglarse bien”.

—Tranquilo, nosotros somos gente civilizada. Nos conformamos con verte de vez en cuando. Como hoy, tomamos algo, charlamos un ratillo... y ya está, luego cada uno por su lado. Te parece bien, ¿verdad?

No respondí.

—Hasta pronto —se despidieron y entonces sí, me dieron la espalda y se largaron.

Volví a la mesa para sentarme con mis amigos.

—¿Tú también quieres un chupito, Touré? —me preguntó Anunci.

—Sí, por favor.

Los siguientes minutos los pasamos en silencio. *Sa Kené* pidió a la gallega que dejara la botella de orujo en la mesa y la fuimos vaciando poco a poco. Estaba hartado, asqueado de tener que andar siempre dando vueltas a la cabeza buscando la mejor forma de encarar un futuro incierto, pero aquel era mi destino, el destino de los perdedores. Miré a Cristina y creí ver en sus ojos los de Mariam, y en sus pupilas vi reflejado el rostro de un hombre triste, la imagen borrosa de un africano que no sabía qué hacer con su vida.



JON ARRETXE (Basauri, 1963), es doctor en Filología Vasca, licenciado en Educación Física y ha completado, en los conservatorios de Bilbao y Vitoria, sus estudios de piano y canto.

Este polifacético y exitoso autor tiene la creación literaria por oficio, pero también ofrece conferencias sobre sus libros o viajes, y además canta ópera, siendo integrante de los coros de ópera de Bilbao y Pamplona.

Desde la publicación de su primera obra, en 1991, su producción combina principalmente la literatura de viaje (*7 Colores*, *Tubabu*, *El sur de la memoria...*) y la novela negra (*Shahmarán*, *La Calle de los Ángeles...*). A este género pertenece *Sueños de Tánger*, trabajo publicado en la colección Cosecha roja.